



Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculo rojo.com



NO QUIERO IR A LA ESCUELA

MANEL MOLES CANAL



NO QUIERO IR A
LA ESCUELA



Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculo rojo.com



Primera edición: marzo 2014

© Derechos de edición reservados.

Editorial Círculo Rojo.

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Colección *Novela*

© Manel Moles Canal

Edición: Editorial Círculo Rojo

Maquetación: David Ruiz Muñoz

Fotografía de cubierta: © Fotolia.es

Diseño de portada: © Antonio López Galdeano

Producido por: Editorial Círculo Rojo.

ISBN: 978-84-9076-023-9

DEPÓSITO LEGAL: AL 207-2014

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Editorial Círculo Rojo no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).»

IMPRESO EN ESPAÑA – UNIÓN EUROPEA

PRESENTACIÓN

Me llamo Frank. Soy diseñador gráfico. Tengo cuarenta y tres años y, dejando de lado cualquier falsa modestia, debo decir que a pesar de mi edad tengo un aspecto más que aceptable... Complexión atlética, alto, sin ser desgarrado, con una estatura que me permite mirar a los demás a la cara sin tener que levantar la cabeza y una cabellera sin claros, que por las sienes va cogiendo una cierta tonalidad grisácea. Estas primeras canas, en combinación con mis gafas de pasta, mi manera de vestir, mi barbilla delicadamente cuidada y mi postura me dan un aire intelectual realmente interesante.

Estudié en Ámsterdam, en la Universiteit. De allí volví con Lilian..., mi hija. Aquella etapa fue un poco borrosa, difusa, como el humo del cannabis de las pipas de los coffeeshops...

Lilian es mi hija, aunque a veces parece que sea yo el hijo y ella la madre. Es una chica fuerte, físicamente y de carácter. Llena de energía y con las ideas claras. Como diríamos, no está para hostias... Su relación con los demás es seca, dura, operativa y eficaz. Directa a la yugular, vaya..., excepto con Anaís, su amiga íntima. Se conocen desde el instituto y comparten mucho

tiempo juntas. Anaís es etérea como un ángel y su manera de ser y de comportarse también es celestial, más allá del bien y del mal. Anaís tiene un hermano, Rudolph. Si ella es más bien como un elfo del bosque de Lothlórien, él es exactamente como una mezcla de *trol* y de espantapájaros. Es delgado y descuidado, y sus movimientos son totalmente descoordinados, como si cada parte de su cuerpo se moviera por su cuenta. Tiene el cabello negro y rebelde (normalmente con uno o dos lavados de menos), una barba amorfa y la mirada intranquila. Los tres montaron hace un tiempo su propio negocio de informática. Rudolph administra sistemas. Anaís diseña interfaces de usuario y Lilian se encarga de la seguridad de los sistemas informáticos. Una vez, alguien le preguntó a qué se dedicaba y ella le contestó: «A la seguridad»; (nunca ha sido muy generosa con las palabras, Lilian). El pobre chico miró de arriba abajo aquel cuerpo de Valkiria Wagneriana y soltó un: «¡Ah, claro!» demasiado explícito, incluso para Lilian... Sus ojos oscuros, hermosos como los de su madre, resplandecieron un instante con un brillo letal y, antes de que nadie pudiera reaccionar, el puño de Lilian encontró la mandíbula del aspirante a Casanova y puso fin, de manera abrupta, a la conversación recién iniciada.

Es la misma niña que, cuando tenía cinco años, dijo con voz clara y convencida: «Yo me voy con papá». «¿Por qué?», le preguntó su madre. «Para cuidarle», fue su respuesta. Y esto ha hecho en estos últimos dieciocho años, mientras se convertía en la chica impresionante que es ahora, más alta que la mayoría de mujeres (y que muchos hombres), de complexión fuerte, mirada penetrante, cuerpo equilibrado entre la voluptuosidad y el atletismo, y fisonomía bella y letalmente peligrosa.

Tengo otro hijo. Un niño, Xavier. Ahora tiene diez años. Es guapo. Si Lilian proviene de las tinieblas difusas de mi postadolescencia (por decirlo de alguna manera), Xavier es producto

de mi madurez (o eso pensaba yo). Lilian es oscuridad, dolor, esfuerzo y superación. Xavier es luz, alegría, frescura, frustración. Y sufrimiento, mucho sufrimiento...

Una vez, mi pequeño, la luz de mi corazón, mi esperanza, mi razón más profunda de vivir, en fin, él, estaba en su clase de piscina, con sus tres añitos recién cumplidos. La profesora explicaba a los niños la actividad que llevarían a cabo, y él, con la inocencia que le caracteriza, se despistaba tras cualquier contraste de luz, cambio de color o pequeña salpicadura de agua.

A la deriva de su interés disperso, se desplazaba dubitativo a la espalda de la profesora, acercándose al borde de la piscina. Se agachó, puso su culito en el suelo, dejó caer las piernas hacia el interior de la piscina (con la intención de sentarse en la punta, supongo), y sin previo aviso resbaló y cayó dentro... ¡sin burbujita!

Las piscinas de hoy en día han copiado el esquema de los acuarios. Los padres nos situamos detrás de un cristal grueso y observamos las peripecias de nuestros hijos dentro del agua, como si de un espectáculo de masas se tratara. El gimnasio donde nos encontrábamos estaba situado en un bloque de pisos urbano, y ocupaba la primera planta y los sótanos. La piscina estaba en el nivel más bajo, junto a la sala de gimnasia. El suelo de la primera planta, situado justo encima de la piscina, había sido sustituido por una estructura de vidrio, de manera que los padres podíamos observar las criaturas con toda comodidad. Desde aquí había tenido la oportunidad de ver varias veces cómo Xavier hacía la mariposa. No. No me refiero al estilo de natación, sino a hacer la mariposa realmente. Mientras sus compañeros se dirigían rápidos hacia el otro extremo de la piscina, él divagaba oscilante a derecha e izquierda, empujando su chu-

rrito de goma-espuma, y gozaba de aquel placentero rato de agua.

Y allí estaba yo... A sólo diez metros de distancia de mi hijo en línea recta, pero a más de cien reales (atravesar dos plantas, bajar tres tramos de escaleras, pasar por la sala de máquinas de ejercicios y por la polivalente, atravesar el vestuario y la doble puerta aislante, esquivar la bañera de hidromasaje y la ducha de agua fría, y recorrer aún unos cuantos metros antes de llegar donde Xavier, después de aquel recorrido, me esperaría ya de cuerpo presente). Un vidrio grueso (por seguridad) e insonorizado impedía cualquier comunicación con alguna de las dos monitoras que había en ese momento en la piscina (sin tener en cuenta el alboroto que debía haber con dos clases en plena actividad). Y nadie más lo había visto caer. El vértigo se apoderó de mí. Por un momento, toda mi vida pasó delante de mis ojos y me vi a mí mismo gritando como un loco, aterrorizado y sin poder articular palabra inteligible, mientras mi hijo se ahogaba sin remisión en la piscina.

De repente, sólo un instante después de caer al agua, justo el tiempo necesario para que mi mente se desbocara en emociones y pensamientos desesperados, pero sólo unas milésimas antes de que estos se materializaran en un espectáculo impotente y descontrolado, la cabeza de mi hijo apareció en la superficie y, sin esfuerzo aparente, mediante una variación del estilo de natación tan popularizado por cánidos de todo el mundo, recorrió lentamente los escasos dos metros que le separaban de tierra firme. Se agarró al asidero de la piscina, se aupó, volvió a poner el culo en el suelo y, ahora sí, consiguió sentarse en el borde con las piernas colgando en el agua.

Diez metros más arriba, unas gruesas gotas de sudor resbaban por mi frente y por el interior de mi camiseta, mis ojos desorbitados, la boca abierta, la sensación de impotencia y soledad aún expandiéndose dentro de mi cuerpo y el convencimiento difuso de que me olvidaba de algo ... Ah, sí, de respirar...

AYER

Quar

Verano de 2009

Conocí a Quar en un camping, ya hace unos cuantos años. Pensé que sería una buena idea ir de camping con mis hijos. Estos sitios tienen piscina y están llenos de niños. Xavier podría hacer amigos y entretenerse, y yo podría aprovechar para estrechar lazos con mi hija, después de unos años un tanto (bueno, de hecho, muy) conflictivos. Pero las cosas normalmente no son como nosotros nos imaginamos que deben ser. Resumiendo... Mi hijo no consiguió hacer ningún amigo. De hecho, se enganchó a mí como una lapa, desbordado por la cantidad de gente, el bullicio y el movimiento que había en el camping, y deshaciéndose en lágrimas por cualquier pequeño incidente. Este fue un factor imprevisto, que dificultó el que debía ser un feliz reencuentro con mi hija. Lilian, conocida en todo el mundo y parte del extranjero por la extraordinaria reducida longitud de su paciencia, pronto se hartó de escuchar los constantes lloriqueos de su hermano y decidió dejarnos con nuestra íntima re-

lación de dependencia no resuelta y desaparecer con sus amigos.

Y allí estaba yo, con mis gafas de pasta, mi figura atlética (quizás un poco delgado entonces) y mi bañador bombacho, sentado en el borde de la piscina pequeña, moviendo los pies en el agua y con la mirada fija en las olas que provocaba, con un niño enclenque y miedoso de seis años agarrado a mi brazo, clavándome sus uñitas, asustado porque había una avispa muerta en el agua.

Podría decir ahora que fue su mirada o un reflejo de su sonrisa lo que me hizo verla, pero me temo que fue algún pequeño objeto que jugaba a deslumbrar con un espejo o algún otro objeto brillante a la pobre gente que, como yo, se encontraba abstraída en sus más profundos y siniestros pensamientos. Al levantar la mirada, y después de dedicar unos momentos a volver a focalizar mi visión, la vi. Estaba sentada a la sombra de las moreras de la parte más recogida de la piscina infantil y tenía en sus brazos una criatura de unos nueve meses. Cubría parcialmente su cuerpo con un fular y mantenía en brazos a un bebé (después supe que era una niña). A su lado, un niño de unos dos años jugaba con unos muñecos de plástico. Quer no era mi tipo, en absoluto. Tenía la cara redonda, las mejillas rojas y el pelo corto, negro y liso. Su cuerpo era pequeño y carnoso, y su piel era blanca y fina (aquel verano, ligeramente rosada por el sol de la playa). Todo ello, me llevaba al recuerdo de los campos y la montaña, como si de una especie de Heidi de los Pirineos se tratara.

Pero su sonrisa era divina. Contemplaba tiernamente a su hija y movía los labios como si murmurase una canción de cuna, le explicara a su hija cómo la quería o recitara los secretos de la

felicidad humana, desde la más profunda y satisfecha serenidad; toda la sabiduría de la diosa Artemis susurrada en los diminutos tímpanos de la ninfa que descansaba en sus brazos. La pequeña estaba tomando el pecho. Dulcemente, con una ternura que nunca habría imaginado posible, como si el bullicio y el ajetreo de los alrededores se encontrara en otra dimensión, madre e hija fusionadas en un todo indisoluble y ajeno, conectadas profundamente, formando un espacio de paz en medio de un mundo en guerra.

La cabeza del bebé tapaba totalmente el pecho de Quar, pero eso no impedía que el ojo de mi mente lo visualizase tan claramente como si lo tuviera a escasos centímetros. Un pecho redondo, grande, bien formado, firme sin ser duro, suave sin ser flácido, con un pezón oscuro y moderadamente grande, sedoso al tacto, que exigía al bebé un esfuerzo inicial, pero que después compensaba con creces este pequeño capricho.

En algún momento de la lactancia, quizás antes del cambio de pecho, o quizás cuando la niña ya no mamaba y sólo jugaba con el pezón, Quar levantó los ojos y me miró. Sus ojos eran profundamente grises, con la serenidad del mar después de una tormenta, y con un mensaje oculto y misterioso escondido en su interior. Me sentí atrapado *in fraganti*, culpable de mis pensamientos. Un calor de vergüenza y agonía nació en mi estómago y me subió por el pecho hasta estallar en mi cara, proporcionándome lo que creo que ha debido ser la tonalidad roja más intensa que he logrado en mi vida (superior incluso, a la de aquel día que me quedé dormido en la playa tres o cuatro horas).

De repente, me di cuenta de dos aspectos. Primero: aquella *Mona Lisa* catalana no me miraba a mí. Segundo: ya no notaba las uñas de mi hijo clavándose en mi brazo.

No soy una persona temperamental ni tampoco demasiado dada a exteriorizar mis sentimientos. Me gusta definirme a mí mismo como un individuo reflexivo, racional, dialogante, capaz de mantener la calma y la sangre fría en cualquier situación (sangre de horchata, que decía alguien). Pero aquella mañana de julio se había empeñado en tambalear mi capacidad de resistencia, haciéndome pasar de una emoción fuerte a otra aún más explosiva, sin solución de continuidad.

El pánico irracional se apoderó de mí. ¡Estábamos en una piscina! ¡Y mi hijo no sabía nadar! (No, todavía no había aprendido, aún hacía la mariposa arriba y abajo pegado al churro). ¿Cuánto tiempo llevaba observando aquella chica que daba el pecho? ¿Unos segundos? ¿Algunos minutos? ¿Tres semanas? Quizá mi hijo había ido a la piscina grande, había caído y se había hundido. Y estaba allí, en el fondo, con los ojos abiertos y la mirada perdida, los pulmones llenos de agua, invisible para la gente que lo rodeaba, ajena a la tragedia que se estaba desarrollando a sus pies.

Me incorporé de un salto, mientras salpicaba de agua a las madres y criaturas que había a mi alrededor y captaba involuntariamente la atención de buena parte de las personas que estaban en el área infantil. Con el rostro crispado por la ansiedad, intentaba alzar la vista por encima de los que me rodeaban, procurando capturar con los ojos la raquítica figura de mi hijo en medio de aquel mar de cuerpos, bañadores, bikinis y toallas. La tensión en el área infantil iba en aumento. Mi actitud provocaba empatía en los demás padres, al mismo ritmo que crecía mi angustia. Me veía como el protagonista de una nueva tragedia griega, mi dramática figura alzándose en el centro del escenario, rodeado de actores secundarios que se contagiaban progresivamente de mi desgracia.

Y, a mi lado, dos niños jugaban tranquilamente, ajenos al alboroto y a la agitación que mi desesperación estaba causando. A pesar de mi alteración, pude apreciar el cruel contraste de la situación. Y también pude percibir otro hecho: uno de los niños era Xavier.

Definitivamente me tuve que dar por vencido. Aquella enrevesada y caprichosa mañana de julio había conseguido romper mi resistencia emocional. Allí, frente a mí, estaba él, relajado, jugando al lado de otro muchacho que había sacado del agua la avispa muerta y la observaba con atención. Después de la vergüenza y del miedo, ahora la sorpresa y la felicidad invadían mi cuerpo. Contemplar a mi hijo jugando y riendo con otro niño fue, para mí, una de esas pequeñas sensaciones que me quedará grabada para siempre en la memoria como uno de mis momentos más felices.

Este nuevo amiguito suyo (el primero del camping y, quizás, el primer verdadero amigo de toda su vida) era un niño vivo, despierto, de mirada curiosa, piel morena, y cabello rubio y corto. Miraba con atención el insecto muerto, al tiempo que lo tocaba con el palito y charlaba sin parar. Mi hijo había conseguido otro palito y también movía arriba y abajo el pequeño cadáver, mientras escuchaba las explicaciones de su compañero y dejaba ir sus propios comentarios. Pronto comenzaron a buscar y a remover los filtros de la piscina buscando nuevos cadáveres, hasta crear una colección abigarrada de cuerpos ahogados de los diferentes artrópodos que encontraron. Verlos jugar juntos, como si se conocieran de toda la vida, era un regalo del cielo, prácticamente una visión increíble. El juego imaginativo y simbólico de Xavier no encontraba mucha correspondencia en los chavales de su escuela, y sólo en limitadas ocasiones podía sol-

tarse en este sentido. Pero ese día, en medio de aquel barullo de gente desconocida moviéndose arriba y abajo, de todas aquellas criaturas gritando y corriendo, él había podido desplegar su inventiva y abandonar los miedos que lo ataban y limitaban. Y el artífice de aquel pequeño milagro había sido un niño de piel morena y cabellos claros llamado Marc.

Madre soltera

Si esto fuera una novela diría: «¡Venga ya! ¡Ves a explicarle a otro este cuento! ¿Ahora resulta que Marc es hijo de Quar? ¡Sí hombre...! Hasta aquí hemos llegado..., eso no se lo cree nadie», cerraría el libro y me dedicaría a algo de más provecho... Pero esto no es una novela, y en la vida real estas cosas pasan ... Por eso no me sorprendí cuando vi correr a mi hijo y a Marc hacia donde estaba Quar, revolver las bolsas, coger unas pistolas de agua, volver a la piscina y buscar incrementar por una vía más directa la incipiente colección biológica que acababan de iniciar.

Los próximos tres días, Marc y Xavier estuvieron a caballo entre nuestro bungalow y el que ocupaban Quar y sus hijos, lo que supuso que ella y yo terminásemos compartiendo casi tanto tiempo como ellos. Así supe que vivía cerca de Moià, en una granja con sus padres, y que se dedicaban a la producción de quesos ecológicos y biológicos de cabra y de oveja, entre otros menesteres. De esta forma, a lo largo de esos tres días, fui el asistente involuntario de un apasionante (y apasionado) seminario monográfico sobre productos lácteos y derivados.

Su voz ligeramente chillona y vehemente, las constantes gesticulaciones, la proximidad, la manía de darme golpecitos y empujoncitos mientras hablaba, a ratos me divertía y a ratos me agobiaba, a veces me interesaba y otras me desconcertaba. En cualquier caso, conversar con ella (si se puede llamar conversación a un diálogo casi unidireccional) era intenso y dinámico, muy lejos de cualquier calificativo sinónimo de aburrimiento o apatía...

También conocí otros aspectos de su vida. Los nombres de sus hijos (Ada, la pequeña, Bernat, el mediano), la universidad

donde había iniciado los estudios de biología, cuándo se sacó el carnet de conducir o, incluso, que no tenía pareja...

—Un momento... Pero, entonces, ¿tus hijos?

—¿Qué pasa?

—¿No tienen padre?

—Reconocido no. ¿Por qué?

—Pero, ¿cómo te quedaste..., quiero decir, en estado...? ¿Por fecundación *in vitro*?

—No. Por el arcángel San Gabriel. ¿Que no has visto que soy la Virgen María?—Y volvió a darme un golpe en la pierna y a reír como si esto de la Virgen María hiciera gracia... Le tendré que cobrar una tasa o una cuota, porque se lo pasa pipa a costa mía ... —. ¡Je, Je! No, no. Por el método tradicional. Es más económico y placentero.

—Pues si algún día quieres tener un cuarto, puedes contar conmigo si necesitas ayuda para, ya sabes... —No, no he dicho esto, ¿verdad? Sólo lo he pensado... Me ha pasado por la cabeza decirlo, pero lo he frenado a tiempo..., ¿o no?

— ¡Ja, ja! Por ahora estoy servida con tres, pero me apunto tu ofrecimiento— pues no, no lo he frenado a tiempo... Vaya..., ¡quisiera fundirme!

Según me explicó después, Marc nació de la relación sentimental que mantenía con un compañero de la universidad, un tal Josep Anton, con el que aún conservaba el contacto y muy buen rollo, aunque sus vidas habían seguido caminos diferentes. De hecho, según me dijo, Josep Anton era también el padre de

Bernat y Ada. Como el tema comenzaba a incomodarme ya de manera significativa (sobre todo después de mi desafortunado ofrecimiento como semental), consideré oportuno cambiar el objeto de nuestra conversación. Y qué mejor, en un intento de recuperar un poquito las maneras y la compostura, que hablarle de Julia.

Julia. Preludio

Julia fue la responsable de que casi perdiera la custodia de Lilian. Es la madre de Xavier y mi pareja sentimental durante los últimos quince años. Me gustaría decir que, todo este tiempo, ha sido una madre para la Lilian. Pero no ha sido así. De hecho, ni siquiera lo ha intentado. Y no por dejadez. Ni por pereza. Julia es suficientemente consciente de sus puntos fuertes, de sus limitaciones, así como de sus intereses e intenciones, y tiene muy claro que ni puede ni quiere representar la figura de madre de mi hija.

Conocí a Julia cuando ella todavía trabajaba en el Departamento de Atención a la Infancia de Badalona. Yo acababa de regresar de Ámsterdam y me había quedado a pasar unos días con un amigo en su casa. Algún vecino puso en conocimiento de las autoridades que, en medio de la suciedad, el desorden, el humo y otro material académico que llenaba el apartamento, había una niña pequeña, y Julia, acompañada de dos agentes del orden, llamaba a la puerta en el mismo momento en que la Lilian, con un par de volúmenes de electrónica digital avanzada entre su culo y la silla, y el biberón de Nativa Crecimiento al lado, nos miraba directamente a los ojos a través del humo que llenaba la habitación antes de igualar y superar la apuesta, confiada en su *full* de seises y ases.

Mis padres intervinieron y se hicieron cargo de la criatura, para salvar a Lilian de acabar en un centro de acogida y evitarme la cárcel.

Volví así al pueblo del Berguedà donde había nacido veinticinco años antes y donde había pasado mi infancia y adolescencia. Y allí estaba yo. Licenciado en Bellas Artes por la Universidad de Ámsterdam, con una hija de cinco años y una confusión mental colosal.

Dentro de esta confusión, las visitas de seguimiento de Julia constituían un rayo de luz que atravesaba las tinieblas. En algún momento, en los meses posteriores al traslado a casa de mis padres, empecé a pensar que Julia era muy constante en sus visitas, sobre todo teniendo en cuenta las casi dos horas de viaje (sólo de ida) que separaban mi pueblo de Badalona. Interés profesional en el trabajo bien hecho, interés personal por la Lilian, y quizás algo más...

Julia ya no trabaja de asistente social. Abandonó el trabajo estable en el Ayuntamiento de Badalona y aceptó una oferta para trabajar como consultora de recursos humanos de una constructora con proyección internacional. Pocos años después de nacer Xavier promocionó a responsable de recursos humanos de la sección internacional. Este hecho hace que pase largos periodos de tiempo lejos de casa, lejos de mí y de su hijo.

—¿Y por qué no te vas con ella? — me disparó Quar, desde detrás de los granizados de limón que estábamos tomando en la terraza del bar de la piscina del camping.

—¿Eh? —La había entendido perfectamente, pero era una pregunta un tanto sorprendente, ¿no?

—Es tu mujer. Os amáis. ¿Por qué no vas con ella y así estáis juntos?

—Pero yo tengo mi trabajo aquí.

—Me has dicho que trabajas desde casa y, encima, tu principal cliente es la compañía de tu mujer.

—Pero imparto cursos...

—¿Cuántos al año? ¿Dos o tres?

—Este año haré tres, sí.

—Pues vienes, lo haces, y luego te vuelves. Lilian ya es bastante grande, va a la suya. No te necesita todo el día a su lado.

—Y Xavier, ¿qué? ¿También lo dejo aquí?

— ¡Te lo llevas contigo!

— ¡Pero eso no puede ser! ¡Debe ir a la escuela! —Empezaba a molestarme aquel interrogatorio. ¿Qué me estaba diciendo? ¿Que yo no quería a mi mujer? Las cosas no son tan sencillas. Los adultos tenemos responsabilidades. No podemos hacer lo que queramos, aunque lo deseemos con todas nuestras fuerzas. O a ver si se cree que Julia ha cogido un trabajo en el extranjero por que ha querido. ¿Qué se piensa? ¿Que ella no preferiría estar aquí con nosotros? Pero no puede ser. Y yo no puedo irme tras ella así como así. ¿Qué hago yo allí?

Y por encima de todo está el bienestar y el futuro de Xavier. A pesar de estar a punto de hacer ocho años (los hace en noviembre), aún es un niño muy infantil, con problemas para leer correctamente y para entender lo que lee, poco interesado en los contenidos del colegio y que se despista con facilidad. No conecta con sus compañeros de clase, más proclives a juegos con una vertiente más bien deportiva y competitiva, muy alejado de su juego imaginativo y simbólico. El hecho de ser de final de año, su físico enclenque y su tendencia a deshacerse en lágrimas ante cualquier disgusto tampoco ayudan mucho a su integración en la clase. Períodos largos de ausencia de la escuela podrían provocar un daño irreversible en su desarrollo y en su integración.

Quar me miraba intensamente, con expresión seria, sin decir nada. Las últimas palabras salieron de mi boca con una voz muy

fuerte, casi agresiva. Continué hablando, para intentar suavizar nuestra conversación.

—Tengo que pensar en Xavier. Ya has visto cómo es. Va muy justo en el colegio. Si lo empiezo a marear arriba y abajo y a hacerle perder clases, ¿qué? ¿Qué pasará? Comenzará a suspender asignaturas y a repetir cursos. Eso no puede ser.

Quar continuó examinándome unos segundos sin cambiar su expresión. Luego miró hacia donde jugaban Xavier y Marc y los observó unos instantes.

—Marc no va a la escuela— me soltó.

La quesera me da clases de educación

— ¿Qué quieres decir que no va a la escuela? ¿Ahora?

— Ahora son vacaciones, burro. Él no va nunca.

— ¿Nunca? ¿Durante el año tampoco?

— Se educa en casa—me hizo saber Quar, como si eso lo explicara todo.

— ¡Ah! —Exclamé, como si yo lo entendiera. Y no lo comprendía en absoluto. ¿Marc no iba al colegio? ¿Por qué?

— Ya lo ves. Si no vas con ella es porque no quieres — «Sí, o porque no quiere ella», pensé, y por mi mente flotaron pensamientos oscuros llenos de dudas, sospechas y malos augurios.

Por la noche, mientras cenábamos, volví a sacar el tema de la escuela, en parte por curiosidad, en parte para variar de tema de conversación y dejar un poco de lado el apasionante mundo de los quesos, su elaboración y comercialización.

— ¿Y cómo es que Marc no va al colegio? ¿Tiene alguna enfermedad?

— Es un tema que tuve claro desde que supe que estaba en estado. Si el niño nacía, no lo llevaría a la escuela.

— Pero, ¿por qué motivo?

— ¿El motivo? Pues, no lo sé... ¿Por qué lo llevas tú?

— Hombre, pues, para que aprenda, se socialice, haga amigos... ¡Narices! Porque los niños van a la escuela, ¿no?

— Por eso Marc se educa en casa, para que aprenda, haga amigos, se socialice...

—Pero en casa, ¿quien le enseñará matemáticas o inglés?

— ¿Qué crees, que una quesera no puede enseñarle nada a su propio hijo?

—Pero los profesores han sido preparados para esto...

—Ellos han estudiado para lidiar con clases de veinticinco o treinta chicos de la misma edad. Yo tengo a mi cargo dos niños y una niña de edades muy diversas. Es diferente... En nuestro caso, los aprendizajes pueden ser totalmente personalizados y adaptados, respetar sus necesidades, intereses y ritmos, de una manera mucho más precisa de lo que se puede hacer en clase.

—Bueno, debo reconocer que yo mismo me he encontrado muchas veces cuestionando el método de la profesora de mi hijo, a la hora de presentar los contenidos y de trabajarlos, claramente inadecuado para Xavier. Pero la escuela no se reduce sólo a eso. ¿Y el grupo de iguales? Este grupo es necesario para que la persona se desarrolle. Esto lo sé yo y también lo sabes tú.

Quar me miró y me sonrió con ternura, con una mezcla de compasión y de diversión.

— ¿Lo ha encontrado, tu hijo, en su clase, ese grupo de iguales? — *Touché*. Sus compañeros tienen su edad, una altura parecida, visten y se peinan de manera similar, pero las coincidencias sólo son superficiales. No, Xavier no tiene un grupo de iguales en su clase. Me encantaría que así fuera, pero no lo es.

—Imagínate un grupo de gatitos—siguió Quar—. Cuando están con su madre, ¿qué hacen? — ¿Gatitos? ¿Qué dice ahora, esta? Yo que sé qué hacen y, de hecho, me importa un pimiento. Ahora que me había dejado hecho una caca con eso del grupo

de iguales, se empieza a enrollar con animales, ¡a saber con qué maquiavélica intención!

—No lo sé... ¿Jugar?

—Imagínate ahora cuando su madre no está. ¿Qué hacen?
— ¿Los gatitos también van a clase? ¿Tienen su propio grupo de iguales? ¿Dónde ha ido su madre? ¿La han secuestrado? Quizás ha muerto atropellada, aplastada bajo la rueda de un camión. Pobrecitos animalitos, solos y atemorizados, acurrucados en un rincón, todos juntitos, temblando de miedo... ¿Lloran los gatos?

—Jugar no creo que lo hagan, no...

—Cuando los gatos están con su madre, están tranquilos, y se pueden dedicar a jugar y a aprender. Cuando ella no está, cuando su entorno no es seguro, los pequeños están en tensión. Tienen otras prioridades (sobrevivir) por delante de aprender... Ya no juegan.

—No creo que sea comparable. Aprender y estudiar no es un juego.

—Todos los mamíferos superiores dedican una parte muy importante de su tiempo, cuando son pequeños, a jugar. Estoy segura de que no es casualidad. Y dudo que la única utilidad del juego sea pasárselo bien.

Marc y Quar fueron el primero y el último contacto que he tenido con la educación en casa y el mundo *Homeschooling*, hasta hoy.

Pero antes de seguir, si no tienes inconveniente, me permitiré un par de palabras sobre mí mismo...

BARCELONA

1994-1995

Un tiempo después de mi regreso “triumfal” a casa de mis padres, cuando la presión de Servicios Sociales había remitido (Julia había dejado su trabajo en el Servicio de Infancia, y su sucesora se limitaba a hacer alguna llamada de seguimiento de vez en cuando), empecé a pensar que quizás estaría bien intentar encontrar alguna manera de amortizar la inversión (importante inversión) que mis padres habían realizado en mi formación. Dejé a Lilian con ellos y bajé a Barcelona, a procurar descubrir alguna ocupación que me permitiera explotar mis indiscutibles habilidades artísticas, a la vez que sirviera para colaborar en la maltrecha economía familiar.

Era pleno verano y la Ciudad Condal hervía de turistas, de color y vida. Con los compañeros con los que compartía piso recorríamos las calles de Barcelona, para impregnarnos de la vitalidad y la alegría circundante, explotar nuestras cualidades para la música y el dibujo, y ganar una cantidad no muy exagerada de dinero, pero sí más de lo que había imaginado posible con estas actividades. Tocábamos por las calles, realizábamos dibujos y caricaturas para los turistas, hacíamos de estatuas vivientes y llevábamos a cabo todas las actividades que nos pasaban por la cabeza y que nos permitían subsistir evitando tener de dedicarnos a trabajos que no estaban a la altura de nuestras cualidades, mientras esperábamos la oportunidad que tenía que llegar tarde o temprano.

No sólo Barcelona estaba dentro de nuestro radio de acción. En tren y autobús nos desplazábamos de pueblo en pueblo; seguíamos la línea de la costa, recorríamos las zonas turísticas, las ferias y las fiestas mayores, a lo largo y ancho de la geografía

catalana. Nuestros itinerarios eran caprichosos, carentes de sentido, y a menudo nos obligaban a hacer maratónicas jornadas de viaje para cruzar Cataluña de punta a punta, para pasar después días enteros estancados en un lugar. Seguíamos las intuiciones de Mario, un colombiano que se hacía pasar por brasileño (su fisonomía y su físico ayudaban a hacer creíble el engaño), que se ganaba la vida haciendo exhibiciones y clases magistrales de capoeira, junto con Freddy (este sí, brasileño de nacimiento). Pero no nos quejábamos. Allí donde íbamos, encontramos alojamiento y comida y, aunque el «negocio» podía haber sido mejor a veces (sobre todo en cuanto a las caricaturas, la cenicienta del grupo), nos podíamos sentir bastante satisfechos de cómo nos estaban yendo las cosas aquel verano.

Aparte de Mario y Freddy, compartía aventuras con Núria, Marta y Pere, jóvenes promesas de la música contemporánea. Ofrecían un espectáculo vivo y vistoso, un repertorio de composiciones propias que combinaba la música clásica con los ritmos modernos, todo mezclado con un trasfondo flamenco y una danza desbocada, con raíces étnicas africanas, que volvía locos a los turistas.

Después de lo que había pasado en Ámsterdam, escasamente un año antes, y del conflicto con Servicios Sociales de hacía unos meses, aquella actividad continua (espectáculos, trabajo, viajes, fiestas, más trabajo, más viajes, más fiesta...) me permitía distraerme de mis preocupaciones y, poco a poco, volver a conectar conmigo mismo.

Hacer caricaturas de los turistas no era precisamente mi objetivo, cuando inicié mis estudios artísticos. Además, es un trabajo exigente, que te obliga a estar totalmente concentrado para captar los aspectos más «personales» del cliente y plasmarlos en

el papel de una manera cómica, pero no ofensiva. Primero me requería un esfuerzo importante; mi trazo era inseguro y, hasta cierto punto, repetitivo. Pero, poco a poco, fui cogiendo confianza y firmeza. Incluso me permitía bromear con el cliente o sus acompañantes mientras dibujaba. Nada más ver a la persona, ya aparecía en mi mente su parodia. Sólo quedaba plasmarla en el papel. Cuando no tenía a nadie sentado en el taburete del modelo, me levantaba y buscaba alguna nueva víctima entre la gente que pasaba por allí, utilizando todo mi talento teatral para crear expectación y generar alguna risa. Cuando encontraba a alguien con un rostro bastante significativo (por decirlo de alguna manera), ofrecía hacerle la caricatura gratis. Al terminar y ver el resultado, el sujeto indefectiblemente siempre quería llevarse la caricatura (¿para destruirla quizás?). Pero aquella era mía... Si quería una, tenía que volver a sentarse y volvíamos a empezar la operación. Siempre sin perder la sonrisa. También hacía retratos, dibujos de paisajes, todo lo que fuera necesario para mantener ocupados mi brazo y mi mente. Con cierta frecuencia recibía encargos personales, y me desplazaba con mi «equipamiento» al domicilio del nuevo cliente o clienta. En estos segundos casos, en los de las clientas, frecuentaba la sensualidad, el erotismo, la provocación y, con mayor facilidad incluso de la que hubiera deseado, también el sexo.

Hacer el amor con otras mujeres me ayudaba a conectar conmigo mismo y con el presente, el tiempo y el lugar en que me encontraba en ese momento. Sentirme vivo, activo, deseado... Pero también lanzaba sal en la herida aún abierta por la desaparición de Judit. A veces, un pecho pequeño e irreverente, un comentario agudo y punzante, o una caricia especialmente placentera provocaba que mi mente me traicionara y recordara su cuerpo, su risa, sus ojos y su ausencia. En aquella época todo era todavía muy reciente y, de vez en cuando, me sorpren-

día a mí mismo con lágrimas en los ojos. Es un tema que todavía no he superado, y que probablemente no deje nunca atrás. En cualquier caso, tampoco tengo ganas de hablar ahora... Quizás más adelante, no sé...

Pero me estoy yendo del tema.

Mario y Freddy hacían exhibiciones de capoeira. Representaban un combate a medio camino entre la danza y las artes marciales, al ritmo de la música étnica afroamericana. Sus cuerpos de ébano, cincelados por artistas griegos, sus extremidades largas y ágiles, sus movimientos armoniosos, ligeros, suaves, llenos de energía y de equilibrio, transportaban al espectador a un mundo épico, violento, lleno de belleza salvaje.

En sus exhibiciones era explícita la alegría y la satisfacción que sentían mientras realizaban sus desplazamientos, disfrutando de cada instante y de cada esfuerzo. Era igualmente notoria su bisexualidad fuera del escenario, donde se comportaban con la misma naturalidad como una apasionada pareja homosexual en ocasiones íntimas, como dos colegas de fiesta cuando recorriamos los bares nocturnos de la costa, o como rivales irreconciliables cuando ambos pugnaban por los favores de la gata de ojos sensuales de turno. Este tipo de flexibilidad emocional me fascinaba y me escandalizaba a la vez, sorprendiéndome la actitud imprevisible de mis dos morenos e intensos colegas. En cualquier caso, al poco tiempo ya me había acostumbrado a sus especiales hábitos y, para mí, eran entrañables compañeros en quienes podía confiar plenamente y a los que ofrecía todo mi apoyo y ayuda cuando era necesario.

Marta y Pere eran el corazón del grupito musical que nos acompañaba. Y Núria, el alma incombustible. Los tres habían recibido una larga y estricta formación musical desde su infancia

más temprana, antes incluso de lo que su memoria podía recordar. Se habían conocido en los cursos superiores del Conservatorio del Liceo y habían decidido dar una utilidad práctica a tanto conocimiento acumulado. Pere, adiestrado en el uso magistral del piano, daba vida propia al teclado electrónico, y se atrevía cuando hacía falta con acordes latinos y flamencos con su guitarra. Marta poseía una voz suave, ligeramente rota, con gran resonancia y profundidad, que llenaba el espacio de los locales donde actuaban o se extendía por las calles circundantes, cuando tocaban por pueblos y ciudades. Junto con su voz, colaboraba un violín anárquico, que producía sonidos de extraordinaria belleza, pero demasiado irreverentes para un instrumento de su estirpe. Núria, educada pero no doblegada, a pesar de los largos años de práctica y de entrenamiento musical, blandía su flauta travesera como si de una espada vengadora se tratara, desplazándose al ritmo extasiante de la música, mientras exigía al máximo a su instrumento fálico. Cuando dejaba la flauta, su cuerpo enloquecía. La mezcla de sangre mora y gitana, que los años de mestizaje no habían diluido, tomaba el control y, en una especie de tránsito espiritual, su voluptuosa figura de bailarina del vientre entraba en conexión con las fuerzas de la naturaleza, mientras sus pies desnudos golpeaban el suelo, como réplica dinámica y visual a la música salvaje y liberada que sus compañeros hacían aflorar desde las profundidades de los sentimientos humanos. Este dinamismo explosivo y esta energía difícilmente controlada encontraba una canalización adecuada en los instrumentos de percusión africanos, con los que Núria completaba su repertorio escénico, una plataforma mágica que le permitía contagiar al público la vitalidad de su cuerpo.

Siempre pensé que Núria sentía algo más que una sana camaradería hacia Pere, a pesar de que ninguna de sus acciones,

actitudes o palabras pudiera indicar lo contrario. Pero no todo se puede ver con los ojos. Algunas cosas, sobre todo cuando se trata de sentimientos y de emociones, se notan con el corazón. Este era un amor imposible, como ella y yo sabíamos. Pere y Marta mantenían una de esas relaciones de pareja en la que el resto del mundo existe sólo como teatro necesario para su relación. Nada más. El mundo empezaba y terminaba allí donde sus cuerpos y sus pensamientos se encontraban. El resto, espectadores privilegiados del amor eterno y verdadero, un néctar divino reservado sólo para unos pocos elegidos que, como ellos, han encontrado la vía de la santísima contemplación de la felicidad sin límites en el genio y la figura de su pareja. Las pocas veces que nuestras ocupaciones profesionales, el ritmo alocado de nuestra existencia y nuestras ganas de disfrutar de todo lo que nos rodeaba nos permitían hacer vida de grupo, Pere y Marta mostraban una actitud reservada, ligeramente distante y condescendiente, como la que correspondería a una pareja de vástagos de la realeza Atlántida que, por accidente, han acabado conviviendo con un grupo de gorilas africanos. Núria, en esta estratificación social en la que involuntariamente habíamos sido incluidos todos los integrantes del grupo, pertenecía a un escalón intermedio; como alguien que, sin pertenecer a la realeza, tampoco había caído tan bajo como para ser considerado una especie de simio salvaje. En cualquier caso, los *capoeirinhos* y yo nos manteníamos alegremente impermeables a esta clasificación. Pero Núria no...

Fuego, hielo y pimienta

Mi relación con Núria era, digamos, complicada.

Por un lado, eran frecuentes nuestros encuentros sexuales, hasta el punto en que podría pensar que teníamos un vínculo parecido al de una pareja. Pero la relación sentimental que Núria mantenía hacia mí era la misma que podía tener con su cepillo de dientes. Yo era el vehículo con el que ella podía apagar el ardor de su bajo vientre, al igual que una buena jarra de cerveza fresca apaciguaba la sed ardiente de su garganta. Nuestros encuentros eran apasionados, intensos, salvajes y exigentes, y nos dejaban a ambos cubiertos de sudor, agotados, sin aliento, vaciados de toda nuestra energía, pero llenos de una sensación de placer y de ingravidez liberadora.

Por otra parte, y sin solución de continuidad, éramos amigos, íntimos, confidentes, pero, como ya me dejó claro la primera vez, sin derecho a nada más. Esta dualidad me desconcertaba y así se lo transmití. Su respuesta fue directa y contundente, al tiempo que halagadora con el orgullo de macho, cruel con el concepto de mí mismo como persona. Según ella, era difícil encontrar amantes que pudieran satisfacerla, pero yo no era en absoluto la persona con quien quería compartir su vida. En cualquier caso, valoraba mucho mi amistad y, si este tema debía ser un problema, prefería que nuestras citas nocturnas pasaran a formar parte del pasado.

Rápidamente hice un análisis de las opciones disponibles y le dije, sin pérdida de tiempo, que para mí no era ningún problema, en absoluto, a pesar de no entender nada de lo que me estaba contando. Aunque a veces salía de nuestras sesiones sexuales dolorido y mareado, me había vuelto un adicto convencido de sus caderas. Por otra parte, disfrutaba enormemente de

su amistad y complicidad, y de la acidez de sus comentarios. En cualquier caso, y visto desde la perspectiva de una cierta distancia, nuestra relación (o lo que fuera) podía ser la ideal para muchos hombres: sexo, amistad y ninguna responsabilidad.

Núria lo tenía muy complicado, en el plano sentimental, me refiero. Su ideal era una calcomanía del príncipe azul de los cuentos, herencia supongo de su infancia, con un físico extraordinario (lo necesitará...), y que sólo tuviera ojos y pensamientos para ella. Yo añadiría, de mi cosecha particular, que debería parecerse mucho a Pere, por lo menos, en lo que respecta a la fisonomía. A este ya de por sí utópico objetivo (el príncipe azul es un mito, sí, lo siento, no existe ni ha existido nunca..., lo lamenta), se añade su bendita habilidad para asustar sin contemplaciones cualquier acercamiento iniciado por alguien que muestre interés en conocerla. Tanto daba si el individuo en cuestión era alto o bajo, joven o maduro, tímido o extrovertido, musculoso, delgado o más bien gordito, agresivo o benévolo, atractivo o difícil de mirar. Todos los intentos recibían el mismo guantazo virtual en medio de la cara.

—Núria, así no encontrarás nunca tu príncipe azul —debo decir que yo me burlaba bastante y sin demasiados miramientos de su ideal de pareja, incluso, a veces rayando el mal gusto. Por su parte ella no se ofendía, sino que encontraba mis comentarios divertidos y curiosos, como si se tratase de un loro que estuviera vocalizando impertinencias, y no de un igual.

—¿Este? ¡Este tío es gay! —No sólo éste. Para ella, todos los tíos eran gays. Era uno de sus golpes escondidos y, por qué negarlo, mi preferido.

La caída de las hojas

Otoño de 1995

La temporada turística llegó a su fin. Nuestro grupo dio por terminada la deambulación itinerante y volvimos con la mochila más llena de experiencias que de dinero hacia la Ciudad Condal. Ahora compartía piso con un grupo de estudiantes, todos ellos más jóvenes (y sensatos) que yo. En aquella época conseguí un trabajo, entintando dibujos de libros de texto escolares de infantil y primaria para una editorial de Esplugues. Era un trabajo a tiempo parcial no muy bien pagado, pero me permitía tener la sensación de que por fin estaba progresando.

Las tardes y los fines de semana continuaba haciendo caricaturas y retratos a los turistas o por encargo.

De vez en cuando, Núria y yo coincidíamos en una de nuestras maratonianas jornadas sexuales o quedábamos para charlar en alguna terraza del barrio de Gràcia, aunque yo nunca tenía idea de lo que me encontraría, después de su llamada... De hecho, me parece que ella tampoco lo sabía, y actuaba sobre la marcha. Algo que sí sabíamos a ciencia cierta es que aquella dependencia mutua no nos llevaba a ninguna parte y que teníamos que tomar medidas. Quizás no una cura de desintoxicación radical, pero sí al menos una reducción de la frecuencia de nuestros encuentros.

Y así fue. Progresivamente fuimos espaciando nuestras citas para tomar un café y charlar. Las otras, las que permitían que nuestra piel desnuda conectara, intentábamos no tenerlas a menudo, aunque quizás no con mucho éxito.

A finales de año, Núria marchó fuera del país por motivos de trabajo y el espacio físico puso fin definitivamente a una relación sin futuro ni pasado.

Lilian crece 1995-1996

No puedo evitar sentirme culpable cuando pienso en Lilian y en aquella época. No disponía de medio de transporte propio para desplazarme. De hecho, ni siquiera me había sacado el carnet de conducir. En Ámsterdam no lo necesitaba, y aquí los eventos me habían desbordado totalmente. En cualquier caso, dependía del transporte público para ir a ver a mi hija. Más de tres horas y unas 3.000 pesetas hasta llegar a Berga, donde mi padre, con su todoterreno «he visto tiempos mejores», venía a recogerme. En los meses de verano, mientras nos manteníamos en itinerancia por diferentes lugares turísticos de Cataluña, fueron dos o tres veces escasas las que pude acercarme a casa de mis padres a compartir algunos ratos con mi hija, siempre aprovechando las idas y venidas de nuestro deambulante devenir.

Al comenzar el nuevo curso, quise conceder algo de normalidad a nuestra relación de padre e hija, y me marqué como objetivo pasar un fin de semana al mes con ella, como mínimo. Normalmente subía yo a visitarla, apretando mi agenda para estar allí a la hora que salía de la escuela. Pero si el fin de semana debía ser largo y tenía días festivos asociados, intentaba convencer a mi padre para que se aventurara más allá de los límites en que se sentía seguro y bajara la niña hasta la estación de Manresa-Baixador, donde la esperaba para llevarla a Barcelona, y compartir con ella algunos días de mi vida cotidiana.

Le había preparado a Lilian un caballete pequeño y una cuidada colección de lápices de segunda mano, que guardaba en una caja de cartón forrada con papeles de colores. Los sábados por la mañana nos sentábamos los dos en alguno de nuestros lugares preferidos (cerca de la catedral teníamos varios) y nos

preparábamos para una dura jornada de trabajo. Después, dos o tres horas de esforzada labor, en las que Lilian y yo realizábamos caricaturas y retratos con similar profesionalidad y concentración a los turistas que, divertidamente sorprendidos, observaban una niña de seis años haciéndoles un retrato. Al terminar, dejábamos los utensilios y, si hacía buen tiempo, salíamos a pasear y a comer fuera. Nos acercábamos al Port Vell o a la playa de la Barceloneta, o nos perdíamos por el parque de la Ciutadella, por Montjuïc o por Collserola. Compartir el tiempo con ella era, para mí, un verdadero regalo. Caminar cogido de su manita, sentir su vitalidad y energía, y escuchar su continua palabrería apasionada sobre cualquier aspecto o vivencia que le hubiera llamado la atención, me transportaba a otro tiempo y otro lugar, en el que todo parecía estar en orden, en armonía. Pero aquel tiempo ya había pasado y ahora tenía que ser consciente de las pocas ocasiones que tenía para estar con mi hija y disfrutarlas plenamente. Cuando estos pensamientos llegaban a mi mente, contemplaba a Lilian con ternura. Y ella, indefectiblemente, me miraba, me devolvía la sonrisa con una cálida simpatía, y en sus ojos veía que ella también se daba cuenta de la situación y quería disfrutarla al máximo.

Julia. *Adagio*

En una ocasión en que mi hija y yo, como otros sábados, nos sentábamos detrás de nuestros lienzos, una mujer de largas piernas, ataviada con un vestido de ejecutiva de color marrón, se acercó al taburete de nuestros modelos. Ya nos preparábamos para empezar el duro trabajo, cuando al oír su voz al dirigirse a Lilian, nos dimos cuenta de que la conocíamos.

—¿Cómo estás, Lilian? —La niña se quedó mirando fijamente a la recién llegada con los ojos exageradamente abiertos, sin saber qué contestarle. Había pasado casi medio año desde la última vez que la había visto. Sus visitas periódicas a casa se habían interrumpido cuando abandonó el Departamento del Servicio a la Infancia, y con ellas, cualquier otro contacto.

Lilian se levantó y se abrazó a Julia. Durante los cuatro meses que había durado la supervisión, ambas habían establecido una conexión íntima de amistad y de confianza. En cambio, entre la ex-asistente social y yo la relación era fría, funcional, casi burocrática. La imagen que ella se había formado de mí era realmente despreciable. Varias veces me había manifestado que consideraba que yo no estaba preparado, ni psicológicamente, ni a nivel madurativo, para hacerme cargo de mi hija. Por mi parte, ella era la culpable y la responsable de uno de los peores períodos de mi vida, un calvario interminable y humillante que me golpeó de lleno cuando todavía no me había recuperado de la pérdida de Judith, la madre de Lilian. Y esto lo hacía, a mis ojos, doblemente cruel e injusto.

La niña había empezado a charlar y a explicarle un montón de cosas para ponerla al día en un par de minutos. Sin parar de hablar, le enseñaba el caballete, los lápices y los dibujos que había hecho.

—Mira papa, ¡ha venido Julia! —Lilian la tenía cogida por el brazo y me la mostraba expectante, esperando mi reacción.

—Hola Julia —me acerqué y le di dos besos.

—Hola Frank.

—¿Cómo estás?

Antes de que ella pudiera responder, la niña decidió que nuestra conversación ya duraba demasiado y, sin preámbulos, la arrastró hacia el taburete y la hizo sentarse. Después, se colocó detrás de su caballete y cogió su lápiz preferido.

—Venga, Julia, ponte guapa que te dibujaremos.

Ella la miró sorprendida, como si no acabara de entender qué le decía. Entonces se dio cuenta de la determinación y del rostro de concentración de Lilian, mientras preparaba el material, y soltó una carcajada, consultó la hora en su reloj y la observó.

—¡Je, je! Me gustaría, pero tengo que irme.

—No sé si lo aceptará, eso—le dije—. Lilian es de las que no admiten un no por respuesta.

—Lilian, querida, tengo que irme—respondió Julia, mientras se levantaba del taburete.

—Julia, no te muevas. Y ponte bien el cabello, que así estás muy fea—Julia me observaba entre divertida y desconcertada. Yo me limité a encogerme de hombros.

—Sólo son diez minutos. Tranquila, no hace daño —dije, mientras cogía mis útiles de dibujo y me sentaba detrás de mi caballete

Julia nos miró sucesivamente a la niña ya mí, y nos sonrió.

—Muy bien, pero dibújame bonita, ¿eh?

—¡Si no te estás quieta, saldrás movida! —refunfuñó Lilian.

Julia se acomodó y se revisó la ropa, recolocando su falda y alisando su chaqueta corta. Cruzó las piernas y se inclinó hacia adelante. Apoyó los brazos sobre sus muslos y el mentón en su mano derecha, dirigiendo una mirada intensa y provocadora hacia Lilian.

—¿Así estoy bien?

—¡Perfecta! —exclamó Lilian. Y comenzó a mover vigorosamente su lápiz por encima del papel.

Volví a sentarme en mi lugar, detrás del caballete, y empecé a preparar el material para hacer el dibujo.

—¿Caricatura o retrato? — pregunté mecánicamente.

—Retrato, papa, por supuesto —respondió la niña.

Levanté la cabeza y me encontré la mirada penetrante e incisiva de Julia, en su pose seductora, clavada en mí. Un escalofrío involuntario e imprevisto me recorrió la espalda y bajé los ojos. Cuando volví a levantarlos, la mirada de Julia ya no estaba fija en mí. Su rostro estaba orientado hacia Lilian y yo veía su cara ligeramente de perfil. Desde mi posición, la estudié. Era la primera vez, desde que la conocía, que no la veía como una asistente social. Hoy era una modelo a quien hacerle un retrato. Y la observaba por primera vez como una mujer. Una mujer ya en la treintena, con la mirada dura y unos labios delgados, severos, propios de una boca acostumbrada a tomar decisiones

sin vacilar. Pero también con un cuerpo esbelto y atractivo, ojos marrones profundos, y cabello castaño claro con media melena, que rodeaba su rostro anguloso y fuerte. Un rostro capaz de mostrar una máscara fría e impersonal, casi carente de sentimientos, que ahora, por la persistencia de una criatura de seis años, se abría como una flor y exponía una belleza sofisticada, pulcra e intensa, casi virgen en su expresión, refinada y pausada en la puesta en escena. Y sugerente. Exquisitamente sugerente.

Intenté captar en el papel esta Julia, la que percibía, la que había emergido tras la máscara y se mostraba en todo su esplendor. El brillo de sus ojos, la intensidad de su expresión, la sonrisa ligeramente irónica. Y también una nota de tristeza titilante en lo más profundo de sus pupilas.

Dibujar su rostro me permitía recorrer virtualmente su cara, su pelo, y especular, imaginar cómo sería el tacto de su piel bajo mis caricias. Mi mente siguió con la exploración imaginaria, prolongando las caricias más allá, pasando los dedos por su nuca y bajándolos por su espalda..., en mi imaginación, su cuerpo ya sin ropa.

Me sentí invadido por una repentina e intensa excitación sexual, y me obligué a mí mismo a abandonar las elucubraciones imaginarias y a centrarme en la realización del retrato.

Después de las felicitaciones pertinentes por parte de Julia a los dos artistas, y de guardar los dibujos en una carpeta y entregárselos, empezamos la habitual discusión sobre el precio. Ella quería, a toda costa, pagar los extraordinarios retratos que le habíamos hecho y yo me negaba rotundamente a cobrarlos. La discusión podría haberse eternizado, si no hubiera sido por la decisiva intervención de Lilian.

—¿Y si nos invita a comer y ya está?

Y allí estábamos los tres, tomando un aperitivo en el Maremágnum. Julia y yo escuchando desbordados la conversación incansable de la pequeña.

Entre mordisco y mordisco de Lilian a su hamburguesa aprovechábamos para intercambiar alguna frase.

—La del dibujo... ¿soy yo? —me preguntó Julia

—Estabas en el taburete, ¿no? —le contesté

—Sí, claro. Es que no me reconozco.

—Quizá no me ha salido del todo bien hoy..

—No, no. El dibujo es perfecto. Está muy bien hecho. Es la expresión. No la reconozco.

—Pues es la que tenías —mi respuesta había sido seca, cortante. Quizás más de lo que yo quería. Sus ojos se oscurecieron. Bajó la mirada.

—No pretendo que comprendas lo que hice —me dijo Julia, con un hilo de voz.

—No he de entender nada. Era tu trabajo. Hiciste lo que consideraste correcto. Es por lo que te pagaban, ¿no?

—No es tan sencillo. No es simplemente un trabajo. De las decisiones que tomas, dependen vidas humanas. Unas veces aciertas y otras te equivocas... — me pareció que ya no hablaba de mí ni de mi hija. Julia y yo estábamos lejos de ser amigos. Pero, por un momento, fui empático con sus sentimientos y

con un profundo sufrimiento aún no resuelto que se escondía en su interior. No sabía qué decirle, así que opté por no decir nada.

Lilian lograba terminar sus patatas fritas con ketchup en ese momento y retomaba, de repente, su palabrería. Su voz alegre y ligeramente llamativa volvía a repasar las anécdotas de las experiencias artísticas y las vivencias del día, con el encuentro con Julia como hecho estelar. Nuestra conversación quedó interrumpida. Los ojos de Julia recuperaron su vivacidad y la tristeza que, por un momento había visto, se desvaneció.

En el momento de despedirnos, después de otro conato de asalto a la hora de pagar la cuenta, Lilian me obligó a darle a Julia nuestro teléfono y nuestra dirección, así como a apuntar su número de teléfono. Ahora Julia viajaba a menudo. Sería difícil encontrarla en su domicilio. Pero disponía de contestador automático, o sea que si le dejábamos un mensaje, ella lo escucharía y nos contestaría.

—Quiero que sepas que pienso que eres un buen padre.

—¿Perdona? — ¿A que venía esto ahora? Después de todo el proceso, de la necesaria intervención de mis padres, de llegar a verlo todo perdido, de estar separado de mi hija y de los cuatro meses de supervisión, ¿ahora resultaba que era un buen padre?

—Sigo pensando que eres un inmaduro y que no te estás haciendo cargo de tus responsabilidades. Pero eres un buen padre. Sólo hay que ver cómo te mira tu hija.

—Bueno, quizás es porque ella es una buena hija. En todo caso, gracias, supongo.

—De nada, supongo.

Lilian y Julia se abrazaron y nos despedimos, no sin antes prometer, bajo la insistencia (o, incluso, coacción) de la pequeña, que nos volveríamos a encontrar pronto.

Este ‘pronto’ se alargó unos meses y sucedió en unas circunstancias, cuando menos, especiales.

Verano en Ibiza

Verano de 1996

Núria no participó en el recorrido itinerante de aquel verano. Todavía estaba fuera (que yo supiera, claro). Pere y Marta se buscaron una nueva compañera para esa temporada, Yolanda. Por un momento, mi imaginación divagó en una repetición de las experiencias del verano anterior, con cambio de protagonista, y en lugar de compartir cama con Núria, hacerlo con su sustituta... Divagación que duró escasos segundos ... El tiempo que tardé en conocer Santi, su pareja.

Yolanda era prima de Marta y, al igual que ella, también se comportaba como una princesa de sangre azul rodeada de plebeyos. Pero mientras Marta y Pere paseaban su supuesta superioridad con cortesía y deferencia, Yolanda te golpeaba con ella en la cara a la mínima oportunidad, restregándote su estirpe, los éxitos de su familia y su saneada economía. Vestía ropas oscuras y extremadas, que dejaban entrever partes íntimas de su cuidada figura. Su indumentaria poseía el cuidado toque de las piezas de marca que quieren aparentar informalidad o incluso rebeldía, sin renunciar a la clase y el estilo propios de un estrato social elevado. Rápidamente la catalogué dentro del grupo de «niñas pijas ricas en busca de aventuras».

En cuanto a Santi, enseguida tuve claro que, por la composición del nuevo grupo, pasaríamos mucho tiempo juntos. Y, también, que difícilmente podríamos llegar a considerarnos amigos.

Santi era un tío tamaño XXL, voluminoso y musculoso. A medio camino entre el motorista y el cabeza rapada, con la cabeza pequeña y ovalada, y el cabello corto y negro. Tenía la pro-

fundidad emocional de un yogur, y una sonrisa perenne y servicial que le servía de máscara para ocultar sus verdaderos sentimientos, si es que tenía alguno.

No se estaban cumpliendo mis expectativas, ni por lo que respetaba a mis compañeros, ni por el tiempo que hacía (uno de los principios de verano más lluvioso de los últimos años). Comenzaba mal el verano. Y tenía que acabar peor.

Después de pasar algunas semanas haciendo coincidir nuestras estancias con las fiestas mayores de algunos pueblos de las cercanías de Barcelona, compramos billetes de barco con destino a Ibiza. Como ya era habitual, me tocó compartir asiento con el violonchelo de Yolanda. Detrás mío Mario y Freddy mantenían una animada conversación en portugués. A mi derecha, Pere y Marta revisaban lo que parecía una especie de partitura, escrita en una servilleta de papel. Tras ellos, Yolanda dormía profundamente, con la boca entreabierta y respirando pesadamente, mientras se apoyaba en su compañero, Santi, que estaba despierto y me miraba. Cuando nuestras miradas se cruzaron, me dedicó su sonrisa servicial y neutra. Contesté, ligeramente azorado, con otra sonrisa, y aparté la mirada. Al poco rato, y debido a la poca conversación de mi compañero de cuerda, caí en un sopor ligero, que fue seguido de un sueño más profundo.

Desperté al mediodía, cuando la embarcación ya había atracado y mis camaradas recogían sus pertenencias. Yolanda trataba de recuperar su violonchelo y apoyaba pesadamente su pecho en mi cara. Cuando me vi liberado de esa presión, me levanté lentamente del asiento, aún aturdido por el lapso de sueño profundo, y empecé a recoger mis cosas.

A las puertas del barco nos esperaba un día nublado y frío, impropio de un verano ibicenco. Me puse por encima un jersey

fino de color beige y empecé a bajar las escaleras con mis pertrechos. Me mezclé con los demás pasajeros, sin prestar demasiada atención a mis compañeros, que quedaban atrás. Al llegar a la estación marítima, fui vagamente consciente de la presencia de un improvisado control policial. Continué avanzando lentamente, arrastrando pesadamente mi maleta con ruedas, mientras me prometía un buen baño de agua caliente en el apartamento que habíamos alquilado. De repente, los ladridos ensordecedores de un pastor alemán me sacaron bruscamente de mi ensimismamiento. Salté hacia atrás, alejándome de aquella bestia que me ladraba incisivamente a escasos centímetros y, cuando la indignación y el enojo empezaban a superar la sorpresa y ya preparaba una protesta encendida y visceral contra la presencia imprevista e inadecuada de ese animal, noté que alguien me tomaba la maleta. Ahora sí, ya nos estábamos pasando de la raya. Un perro salvaje me atacaba sin previo aviso y, en medio de la confusión, alguien me robaba la bolsa. Aquello ya era demasiado. Se trataba de una broma o...

Entonces, delante de mí, un policía nacional penetraba en mi campo visual y lo ocupaba plenamente, mientras ponía su mano en mi hombro, con firmeza, y me pedía, con una suavidad y amabilidad que no se reflejaba en su rostro, si podía acompañarlo.

La escena se serenó en mi mente, y, lentamente, fui consciente de la situación. Un perro policía había detectado un olor sospechoso en el momento en que yo pasaba por su lado, un agente se había apropiado mi maleta y la estaba inspeccionando en aquel mismo instante. Ante mí, otro policía, que por la manera de comportarse me dio la sensación que era el de más alta graduación, mantenía aún su mano en mi hombro, asegurándose de que no iría a ninguna parte. Otro subalterno, a mi iz-

quiera, sujetaba firmemente el pastor alemán que momentos antes había estado a punto de devorarme. Un cuarto agente se desplazaba a mi derecha, para cerrar cualquier esporádica vía de escape que pudiera existir.

El «capitán» (por llamarlo de alguna manera) sostenía la mirada fija en el funcionario que examinaba mis pertenencias. Entonces, este levantó la mirada de entre mis calzoncillos y camisetas y dirigió una significativa afirmación hacia su superior. La mano del «capitán» se cerró con firmeza, cogiéndome incluso con violencia por el hombro, al tiempo que el policía de mi derecha me sujetaba el brazo y entre ambos me arrastraban, prácticamente sin que mis pies tocaran el suelo, hacia las dependencias privadas de la estación marítima, donde me tomaron declaración.

Me mostraron un paquete roto, hecho de varias capas de papel y plástico, y atado con cinta de embalar, lleno de un polvo espeso, casi húmedo, de color hueso. No necesité mucha imaginación para adivinar de qué se trataba.

Depositaron el embalaje en la mesa, delante de mí, y se quedaron allí, observándome, mediante una interrogación muda.

—Es droga, ¿verdad? —les pregunté. El silencio fue su única respuesta.

—No había visto nunca eso — dije, señalando el paquete. Más mutismo.

El tiempo pasaba y el paquete y yo seguíamos allí, mirándonos mutuamente, sin saber qué decirnos.

—¿Durará mucho todo esto? Mis compañeros me esperan —pregunta absurda. Por cómo evolucionaba esa situación, podía durar toda una vida.

—Tus amigos han desaparecido. Si es que alguna vez han existido... — ¿No estaban? Por un momento, el vértigo se apoderó de mí. Fue como si, hasta ese instante, no hubiera sido plenamente consciente de la situación. Ahora sí. Allí estaba yo, en una isla donde no conocía a nadie y nadie me conocía, en las dependencias policiales de la estación marítima, interrogado por una envoltura de droga encontrada en mi maleta. Y los únicos en quienes podía confiar, los que podían explicar fácilmente que todo aquello era un error, que todos viajábamos juntos y que no teníamos nada que ver con drogas (al menos, no con el tráfico) habían desaparecido sin dejar ni rastro. Por supuesto, acudían a mi mente explicaciones perfectamente lógicas. Seguramente en aquel mismo momento me estaban buscando y era cuestión de minutos que aparecieran en mi rescate. Pero la verdad estaba allí, demasiado evidente como para no verla. Mis compañeros me habían abandonado y actualmente seguramente estaban buscando una manera de volver a Barcelona, si es que no habían iniciado ya el regreso, con el rabo entre las piernas. Incluso era posible que el contenido del embalaje artesano que la policía había encontrado en mi equipaje perteneciera a uno de ellos. Me sentí solo, desamparado, cansado, sucio... Y traicionado, profundamente e injustamente traicionado. Mi resistencia se rompió. Escondí la cabeza entre mis brazos y empecé a llorar.

El «capitán» se aproximó y me incorporó en la silla. Me acercó un paquete de pañuelos y me preguntó si me encontraba bien. De nuevo, su voz suave y tranquilizadora. Y, otra vez, la expresión dura de su rostro desmentía cualquier amabilidad. Y no, no me encontraba bien. La cabeza me daba vueltas. Sentía el estómago como si hubiera recibido un puñetazo inesperado. Tenía ganas de vomitar. No. Más aún. Quería morirme.

—No tenemos nada en tu contra —sus ojos inexpresivos fijos en mí, mientras acababa de limpiarme las lágrimas y me sonaba la nariz. Y, nuevamente, el silencio.

Las horas pasaban y yo seguía allí, sentado en la silla, con la mirada fija en aquel fardo silencioso, inmóvil, culpable y acusador al mismo tiempo.

—Si no colaboras con nosotros, pasarán meses antes de que vuelvas a salir a la calle — ¿profecía o amenaza?

—No nos importas tú, ni de dónde ha salido esta droga, ni dónde irás o qué harás cuando salgas de aquí. Sólo queremos saber una cosa. Quién es el destinatario de este paquete — ¿no lo pone en el envoltorio, junto al sello? Tal y como me encontraba en ese momento, les hubiera explicado el consignatario, el remitente y la familia política y de sangre de ambos. Si lo hubiera sabido, claro. Pero no tenía ni idea.

Los policías iban haciendo turnos. Los que hablaban ahora habían tomado el relevo hacía ya un buen rato. Mi «amigo», el «capitán», el de la mirada dura e inexpresiva, probablemente ahora estaría en su casa, viendo la televisión o jugando con sus hijos. En cierto modo, me sentía como un enfermo en el servicio de urgencias de un hospital. Cada pocas horas, me visitaban caras nuevas y la historia se repetía.

No sé cuántas horas o días estuve encerrado allí. En algún momento supongo que cerré los ojos. Quizás, incluso, me dormí. Al volver a abrirlos, la droga ya no estaba.

En aquella habitación no entraba la luz del día. Una lámpara fluorescente estaba siempre encendida, proporcionando una sensación de continuo temporal, de irrealidad artificial.

De nuevo estaba allí el «capitán», haciendo la ronda, como un médico que visita a sus pacientes. A un gesto suyo, otro agente se levantó y se acercó a mí.

—Acompáñeme, por favor.

Me levanté con dificultad, mis músculos entumecidos a causa de la falta de movimiento. El policía abrió la puerta de la habitación y me acompañó por un pasillo, a través de varios accesos, hasta llegar al exterior, donde esperaba un coche de policía y dos agentes más. La calle estaba desierta y oscura. Debía ser entrada la madrugada, probablemente más cerca del amanecer que de la medianoche. Me hundí en el asiento de atrás, mientras los funcionarios del orden ocupaban sus asientos. El vehículo se puso en marcha. Por la ventana veía las luces giratorias azules del coche iluminando los edificios que flanqueaban las calles por donde nos desplazábamos.

El vehículo se detuvo en otra calle, oscura y desierta como la primera. Atravesamos una puerta de cristal hasta una especie de sala de espera, donde un agente operaba un ordenador detrás de un mostrador. Recorrimos un par de accesos más hasta llegar a una galería en la que había un ascensor. Uno de los policías que me acompañaba pulsó el botón. Dos plantas más abajo, salimos a un pasillo blanco. Pasamos por delante de otro mostrador, donde un agente mantenía la vigilancia mediante una serie de monitores. Los subalternos me condujeron a una celda en la que había un aseo con ducha y una cama. En un rincón había parte de mi ropa, colocada encima de una silla. Del resto de mis pertenencias, ni rastro.

Me pude duchar, tumbarme un rato en la cama y disfrutar de un poco de intimidad, antes de que los agentes volvieran a buscarme. Hicimos el recorrido a la inversa, de nuevo a la calle

y al interior del coche de policía. La ciudad de Ibiza se había despertado y hervía de vida. El sol, que el día de mi llegada se mostraba esquivo, hoy lucía con todas sus fuerzas. Vi la fecha en el letrero luminoso de una farmacia. Había pasado los últimos dos días encerrado en las dependencias de la estación marítima.

El vehículo se detuvo ante los juzgados de primera instancia de la ciudad y los policías me acompañaron a la sala penal, donde el juez, tras una breve intervención del fiscal y del que hacía el papel de abogado defensor, decretó prisión sin fianza, a la espera de juicio.

Otros funcionarios se me acercaron y se hicieron cargo de mi custodia. Me acompañaron fuera del edificio hasta un furgón policial. El conductor lo puso en marcha y lo dirigió hacia el extrarradio de la ciudad, en dirección al interior de la isla. Tras un trayecto de unos cuatro kilómetros, llegamos a la que sospechaba que sería mi residencia por un período aún por determinar.

La sucesión de acontecimientos continuaba, y me mantenía como protagonista pasivo, un simple espectador de todo lo que estaba sucediendo a mi alrededor. La situación se escapaba totalmente de mi control y no veía por ninguna parte un punto seguro al que aferrarme. La gente con la que había llegado a Ibiza había desaparecido sin dejar rastro. En la isla no conocía nadie. Y los agentes con los que había tratado en los últimos días mostraban, sin excepción, una actitud fría, burocrática y formal.

Nadie me había ofrecido la posibilidad de llamar por teléfono, aunque creo que si lo hubiera pedido no me habrían puesto ninguna objeción. ¿Pero llamar a quién? ¿Para explicar

qué? ¿Que la policía me había detenido con más de un kilo de droga encima? ¿Y que yo no sabía de dónde había salido? Podía elegir entre parecer un mentiroso o un total idiota.

Tras el registro, fui acompañado al interior de la cárcel. La prisión de Ibiza es una construcción de planta cuadrada, con cincuenta y dos celdas y un centenar de reclusos confinados. La celda que me había sido asignada sólo tenía una cama. No tenía compañero, entonces.

Si hasta ahora había podido negar la realidad de lo que me estaba sucediendo, la reja que cerraba la pared norte de mi celda me recordaba de manera contundente en qué lugar estaba. Recorrí con mi mano la superficie de uno de los barrotes de la puerta. Sólido, frío, macizo. Me retiré de la entrada y me dejé caer en la cama.

No habían pasado aún diez minutos, cuando oí ruido de puertas metálicas que se abrían y se cerraban mecánicamente. Vi acercarse por el pasillo a un joven con vaqueros y camisa. Su rostro me sonaba. Cuando se me acercó, le reconocí. Era el fiscal (¿o el abogado defensor?) que había actuado en mi vista previa, hacía escasamente dos horas. Se detuvo ante mi celda e hizo un gesto hacia el extremo del pasillo. Se sintió el ruido de un motor eléctrico que se activaba y el acceso se abrió lentamente. El visitante pasó al interior y me indicó que me sentara. Cogió la única silla que había. Yo me senté en la cama. No sabía cómo se llamaba. De hecho, no tenía idea de si era el acusador o el defensor. Pero, en ese momento, la verdad es que no me importaba en absoluto. Me había dado por vencido sin remisión, resignado a un destino que escapaba a mi control, sin fuerzas ni ánimos para intentar cambiarlo.

—Tu situación es difícil.

—¿Ah, sí? Y qué te parece si ahora, para variar, me dices algo que yo no sepa. ¡Estoy en la cárcel, cojones! —Lo siento, pero no podía más. Llevaba dos días infernales, y ahora este dandi me salía con obviedades.

—Es tu primer delito y la cantidad que te han decomisado, aunque sea importante, no es ningún cargamento. Con un poco de suerte, te caerán menos de dos años y no tendrás que cumplir pena— ¡Ah! Eso no lo sabía. ¡Por fin una buena noticia! ¿Una luz al final del túnel?

—Es decir, sólo tenemos que esperar a que se haga el juicio y entonces podré volver a mi casa y olvidarme de toda esta mierda, ¿no? —No suelo decir palabrotas, pero no sé si era por la tensión acumulada, por el lugar donde me encontraba o por todo ello en conjunto, lo cierto es que me apetecía soltar unos cuantos tacos.

—Exactamente. Y ese es el problema — ¿irse a casa es un problema? No para mí, te lo aseguro.

—¿Concretamente...?

—El juicio. Debemos esperar a que se lleve a cabo.

—¿Y...? —Pero ya me lo veía venir.

—Lo retrasarán tanto como puedan. La policía cuenta con la colaboración del fiscal, y el juez no pondrá inconvenientes— entonces este no es el acusador. Vamos progresando...

—¿Y con qué objetivo, este retraso? ¿Quieren mantener ocupado este hotel o qué?

—¡Ja, ja, ja! Ya verás en unos días que, de clientes, precisamente, no faltan. No, no es por eso.

—¿Y por qué demonios es, entonces?

El dandi, que no era fiscal (supongo que sería el defensor de oficio), me miró fijamente durante unos segundos, con expresión seria. Se movió en su silla, poniéndose cómodo y apoyando su espalda en el respaldo. Sacó un paquete de tabaco, cogió un cigarrillo y se la puso en los labios. Me ofreció uno y lo acepté.

—¿Está permitido esto? —Le pregunté mientras absorbía profundamente el humo mentolado.

—No.

Disfruté de aquel cigarrillo, como si se tratara de un pequeño tesoro, mientras saboreaba lentamente cada calada y dejaba volar libremente mi mente, más allá de las paredes que me confinaban. Nunca había sentido mucho interés en el hecho de fumar (al menos, en fumar tabaco), pero algo me decía que de allí saldría con algún vicio de más.

Mi visitante se levantó, recogió mi colilla y la tiró, junto con la suya, por el váter. Se sentó de nuevo en la silla y volvió a mirarme fijamente.

—No estás colaborando.

—¿Perdona?

—No quieren saber de dónde viene la droga. Necesitan averiguar a dónde tenías que entregarla.

—Yo sí que quiero enterarme de dónde ha salido y quién fue el cabrón que me la metió en la maleta.

—Alargarán la investigación previa tanto como sea posible, y te tendrán meses encerrado aquí.

—¿Cuánto la pueden alargar?

—Es difícil decirlo. Tres meses sin problemas. —¡adiós a la temporada de verano! También adiós al trabajo de entintador que llevaba haciendo desde septiembre y en el que había depositado tantas expectativas. Tres meses sin ver a Lilian— Si no logran tu colaboración, es probable que el fiscal pida la pena máxima, esto todavía lo complicará todo mucho más aún y es posible que acabes teniendo que cumplir pena de cárcel.

—¿Qué podemos hacer?

—Si te declaras culpable, el proceso se acelerará y saldrás con una pena mínima.

—Pero...

—Pero tendrás que hacer una declaración completa, y decir nombres y apellidos.

—Me los invento, ¿no?

El dandi me miró, serio, con la expresión de quien quiere hacer comprender un tema importante a un niño. Se levantó de la silla y se dirigió hacia la puerta.

—Esto no es un juego. Y el lugar donde estás no es ningún hotel. En un par de días te pondrán en una celda compartida y empezarás a relacionarte con los demás reclusos. Ya me dirás qué te parece la compañía.

Dio un golpe con el pie a la reja; a los pocos segundos, se escuchó de nuevo el motor eléctrico y la puerta comenzó a desplazarse. Se volvió hacia mí y me pasó su paquete de tabaco.

—Yo poco más puedo hacer.

Salió de la celda, hizo una señal hacia el extremo del pasillo y la reja se cerró.

—Estaremos en contacto —me dijo. Se volvió y desapareció por donde había venido.

Una llamada inesperada

Cuanto más tiempo pasaba en aquella cárcel, más intensa era la sensación de irrealidad y de *déjà-vu*. Sólo llevaba unas horas allí, pero era como si hubiera pasado media vida entre aquellas paredes. Los pequeños detalles cotidianos, los ruidos, el ir y venir de los guardias, los ritmos diarios, me ofrecían por un lado la impresión de haber sido transportado a otro mundo. Por otro, reconocía todos aquellos elementos por haberlos visto en películas y noticias o por haber leído sobre ellos, y me proporcionaban una extraña sensación de reconocimiento.

Los altavoces emitieron un sonido distorsionado, preludeo de un mensaje oral a los reclusos. Se oyó una voz femenina, ligeramente acoplada, por el espacio de la prisión, que llamaba a uno de los presos al teléfono. Necesité unos segundos para darme cuenta de que aquel número pronunciado por los altavoces se correspondía con lo que me habían asignado. Me levanté al mismo tiempo que se abría la puerta. Salí de la celda y quedé en medio del pasillo, desconcertado, sin saber hacia dónde dirigirme. A mi derecha, al final del pasillo, un acceso comenzó a abrirse. Dirigí mis pasos hacia allí y entré en una pequeña habitación, donde había una mesa, una silla y un teléfono. Me senté en la silla y esperé. El teléfono empezó a sonar. Lo descolgué.

—¿Sí?

—¡Cesc! ¡Por fin! —¡Oh no! ¡Mi madre! Había dedicado horas enteras, en esos escasos tres días, a pensar cómo explicarle a mi madre lo que me había sucedido. Y, ahora, sin previo aviso, allí estaba, en el otro extremo del hilo telefónico, con la voz angustiada, quebrada, cerca de las lágrimas, si no ya en medio de ellas.

—¿Cómo es que ...?— empecé a decir.

—Ayer llamó una chica. Nos explicó que la policía te había detenido. Hemos estado todo el día intentando hablar contigo. ¿Dónde estás? ¿Qué te ha Pasado? — ¿Una chica? ¿Marta? ¿Yolanda?

Le conté, lentamente y con calma, todo lo que me había ocurrido en aquellos tres últimos días y me sentí aliviado doblemente. Primero, por poder compartir con otra persona todo lo que me había sucedido, pero también, y sobre todo, porque notaba, sentía, que mi madre me creía.

—¡Te sacaremos de aquí! —me aseguró con confianza y fuerza.

Luego, la conversación finalizó.

Dos días más tarde pasé a compartir celda con dos reclusos más. Como era el último en llegar, tuve que ocupar la litera de arriba, la taquilla rota y la silla coja. Mis nuevos compañeros eran Armand, de unos cincuenta años, con barriga voluminosa, pero aspecto saludable, un hombre muy cercano y hablador, y Amín, alrededor de la veintena, delgado, introvertido, siempre con los auriculares en sus oídos.

Armand era de Tarragona y, desde hacía un par de años, se movía por Ibiza. Había trabajado en los barcos de transporte de mercancías. Con el último patrón había tenido profundas desavenencias que habían acabado con algunos huesos rotos. Parece que el alcohol también había desarrollado algún papel en el asunto, pero no acabé de sacar el intríngulis.

Amín había nacido en Olot y vivía, desde hacía unos años, en Barcelona. Le habían detenido varias veces por agenciarse

algún bolso o cartera y, la última vez, después de cometer un atraco en un comercio.

Armand estaba muy contento de que yo estuviera allí. Desde que se habían quedado Amín y él solos, no había podido mantener una conversación en condiciones, según él. El chico contestaba sus acusaciones con un suspiro resignado y poniendo los ojos en blanco.

La verdad es que el concepto de conversación de Armand era bastante unidireccional. Charlaba, gesticulaba, alzaba la voz y nos cogía el brazo para enfatizar lo que estaba diciendo, sin dejar rendijas por las que pudiéramos intervenir. Nos comentaba anécdotas de sus viajes, mezclaba lugares exóticos con personajes famosos y situaciones inverosímiles y, en ocasiones, repetía la misma historia de nuevo, cambiando los protagonistas y variando los escenarios.

En cualquier caso, había que reconocer que Armand era un buen orador. Cuando le escuchaba me sentía transportado a los lugares extraordinarios de los que hablaba. En sus palabras captaba el olor del océano, el viento salado de alta mar, el ruido de las cuerdas y los utensilios de cubierta. Era una manera más de pasar las largas horas de confinamiento.

Según pasaban los días, me iba aclimatando a la nueva situación. Explicaba mi historia a todo el que quería escucharla, sin importarme las risas y las burlas de los demás reclusos. Incluso yo mismo empezaba a encontrarle la gracia. Yo también soy un buen orador cuando me lo propongo, y relataba mi experiencia introduciendo aspectos cómicos (algunos reales, otros ligeramente adaptados) para hacerla más divertida. Durante algunos días, me convertí en el bufón de mi sección.

Pregunté por mi abogado y pedí verlo. Tenía que conversar con él. Cuando vino, esta vez con vaqueros y camiseta, le expliqué lentamente y con todo lujo de detalle mi historia, no sólo la referente a los últimos acontecimientos. También a qué me dedicaba y otros pormenores de mi vida privada. Le expliqué que hacía retratos y caricaturas, y le hablé de mi trabajo como entintador, de mis padres, de mi hija y de todo lo que me pasó por la cabeza. Él se movía incómodo en su silla. Por su expresión quedaba claro que no era eso lo que quería oír y que deseaba que llegase el momento de irse. Pero no aflojé y continué hablando, mirándole a los ojos, hasta que me sentí satisfecho.

Cuando terminé, me levanté. Él también se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Y ahora, por favor, sácame de aquí — le exigí.

—Haré lo que pueda—y sin decir nada más golpeó la puerta de la celda, esperó a que se abriera y salió—. Estamos en contacto.

—De acuerdo. Ya sabes dónde encontrarme— le dije. Se giró y se alejó. Desde otra celda, el vozarrón de Walter, un panameño de una destacada corpulencia, llenó el pasillo.

—¡Eh, Oscar! —¡Ah, mira qué bien! Ahora ya sabía el nombre de mi abogado. Íbamos progresando — ¿Qué pasa? ¿Que ahora encerráis también los idiotas o qué?

Oscar se volvió y, en su expresión, se podía leer una respuesta del tipo: «Sí, desde que llegaste tú, cabrón», pero se mordió la lengua y no le respondió nada. Giró sobre sus pies y se marchó.

Dejando a un lado lo de idiota (que es lo que yo era para el resto, sin duda), aprecié el gesto, valorándolo como una defensa de mi inocencia por parte de otros reclusos. Me sentí hasta cierto punto acogido y moderadamente aceptado, en aquella comunidad forzada.

Cuando el eco de los pasos del letrado alejándose por el pasillo se apagó, me acerqué a la puerta, le di un golpe, tal como lo hacía él, y esperé. Nada ... Me giré y vi que Amín me miraba con una ceja arqueada.

— ¿Qué? Por probar ... —le dije.

—Eres muy raro, tú.

La mañana siguiente recibí un paquete de parte de mi abogado. Contenía hojas, lápices y otro material de dibujo. Es increíble que algo tan sencillo pueda tener tanta importancia. Disponer de estos elementos me permitía volver a conectar conmigo mismo y con mi identidad, bastante diluida en aquellos momentos. Cogí una hoja y probé los lápices, haciendo algunos bocetos de animales y rostros de chicas. Armand me miraba desde su cama. Se levantó y se acercó a observar desde más cerca qué hacía.

—Guau, niño. Haces magia, tú.

Este fue el inicio de mi popularidad en la prisión. Continuaba siendo el idiota al que le habían endilgado un paquete de *caballo* sin que se diera cuenta. Pero mis ilustraciones despertaban interés. Mis compañeros de penitencia hacían cola para que les hiciera una caricatura o les dibujara una chica atractiva con poca ropa. Algunos me pedían que les hiciera un retrato para enviarlo a sus familiares o a la pareja. Y me recompensaban por el tra-

bajo realizado con tabaco, chocolatinas, golosinas, alguna lata de cerveza y otras pequeñas chucherías, prácticamente inapreciables en la vida real, pero que valorábamos mucho en el interior de la prisión.

Realmente, nunca había visto tan valorado mi trabajo. Prácticamente dedicaba todos mis ratos “libres” a dibujar, y en pocas semanas era posible ver una (o unas cuantas) ilustraciones mías en casi cada celda de la prisión. El recinto penitenciario se había convertido en una improvisada galería de arte particular, y los obsequios que recibía me permitían vivir una vida de lujo, al menos dentro de los parámetros habituales en una prisión.

Mis caricaturas provocaban sonoras carcajadas y bromas de todo tipo. Algunos guardias también se aficionaron a mis dibujos y me hacían encargos. A cambio, me concedían algunos privilegios, como acceso al teléfono o librarme de algunas tareas. También, y esto es lo que más valoré, un trato humano. No de igual a igual, por supuesto. Pero sí de persona-guardiana a persona-prisionera, y no como hasta ahora, que era tratado con la frialdad de un número. Así, tuve ocasión de conversar de forma distendida con algunos de los funcionarios de la prisión. Por esta vía me enteré de algunos detalles, como por ejemplo, que el «capitán» (en realidad teniente -teniente Alonso para los amigos-) empezaba a tener bastante claro que la habían cagado conmigo, que mi historia era cierta y que no había visto ese paquete hasta que no me lo pusieron delante cuando me detuvieron. No sólo eso. Por otras informaciones que habían obtenido, todo parecía indicar que se había tratado de una operación cebo, para mantener entretenida la policía, mientras el envío real se realizaba desde otra parte. Esto había puesto en una situación delicada al teniente Alonso. Y ahora no sabía muy bien qué hacer

conmigo. Si me liberaba, estaría reconociendo explícitamente el error que había cometido. Y si me acusaba, podía terminar empeorando las cosas. Mientras tanto, los días iban pasando y yo seguía en prisión.

Intenté contactar con mi letrado para que presionara directamente a Alonso y le obligase a tomar una decisión, pero parecía que estaba bastante ocupado y no acababa de encontrar el momento de contestar mis llamadas. Mis padres habían contratado un abogado, pero se encontraba con los mismos problemas que yo para hablar con Oscar. También intentó contactar con el fiscal o con el juez, pero desde el juzgado le remitían a Oscar. Parecía que la única opción era volar a Ibiza y presentarse físicamente en los juzgados, pero el coste de esta vía era prohibitivo, y la situación no era aún tan grave como para tener que tomar medidas desesperadas. Hacer frente a los gastos de desplazamiento y los honorarios del abogado suponía sacrificar de golpe todos los ahorros de que disponían mis padres. Y esto sólo sería el principio. Para conseguir más dinero, deberían pedir un préstamo y avalarlo con la casa. No lo podía permitir. Discutí tanto como pude con mi madre, hasta convencerla de la conveniencia de esperar un poco, antes de seguir adelante. Mientras tanto, yo intentaría apretar mi letrado, si conseguía hablar con él.

Pero la situación comenzaba a ofrecer nuevas perspectivas, y saber que mi inocencia empezaba a ser aceptada me daba ánimos renovados.

El hombre pragmático

Hablar con Oscar era imposible y la burocracia administrativa, escudándose en la época en que nos encontrábamos (plena temporada alta en la ciudad del turismo), ahogaba cualquier intento de poner en marcha un procedimiento alternativo para resolver la situación. Opté entonces por tomármelo estoicamente, repitiéndome que cada día que pasaba me encontraba un día más cerca de la fecha de liberación.

Dejé de pensar en las consecuencias negativas que mi estancia en prisión tendría en mi vida futura y me centré en mi trabajo de ilustrador en la cárcel. En aquellos momentos, disponía ya de un equipo de dibujo bastante completo. No había conseguido que me dejaran recuperar mi propio material, que suponía que aún estaba en mi equipaje, pero lo que había ido obteniendo no tenía mucho que envidiarle. El cigarrillo, a veces encendido, a veces apagado, en la comisura de mis labios se había convertido ya en una seña de identidad. En ocasiones pensaba en las dificultades que tendría cuando saliera de la cárcel para dejar el vicio que estaba adquiriendo ahora, pero fumar no era sólo una manera de relajar la mente. El tabaco era con claridad el primer elemento de intercambio y pago en el interior de la prisión, que actuaba casi como una especie de moneda no oficial. Una parte de lo que obtenía lo utilizaba para comerciar con otros bienes. Pero emplear el tabaco únicamente para intercambiarlo por otros productos me parecía una especie de falta de respeto a la persona que me la había entregado. Así que también me lo fumaba.

A pesar de las circunstancias, me sentía relativamente cómodo. Había redescubierto el placer de la ilustración. Dibujar por dibujar (bueno, y porque me lo pedían), sin expectativas,

sin exigencias, sin prisas. Sin tener que preocuparme por cuestiones económicas, al menos, directamente relacionadas con el trabajo que estaba haciendo. Me dedicaba al arte sin agobios, a mi ritmo y a mi gusto. Me había acostumbrado a los ruidos de la prisión, a los gritos y las risas de los otros reclusos, a las órdenes de los guardias, a los olores, a las costumbres y hábitos existentes, y me había habituado. Me daba seguridad.

Aquella monotonía se rompió repentinamente con la llegada de un personaje impecablemente vestido, que aparentaba unos setenta años y que se presentó como el Sr. Fortunato, abogado de profesión. En lugar de venir él a mi celda, fui llamado a encontrarme con él en la sala de visitas.

Allí me formuló varias preguntas, cortas, muy concretas, que contesté tan adecuadamente como pude. Aproveché para contarle lo que había oído sobre la investigación y el teniente Alonso. Lo consideró muy interesante. También me preguntó sobre el hecho de que el juez decretara prisión sin fianza.

—Sinceramente. No lo sé. El fiscal y el abogado hablaban con él, pero no estaba en condiciones de entender qué decían.

—Lo comprendo—tomó algunos apuntes más y empezó a recoger sus cosas.

—Una pregunta. ¿Quién le ha enviado? —En aquellos momentos aquel hombre era un verdadero misterio para mí. Estaba convencido de que mi madre me había hecho caso y no había hecho venir al abogado que los asesoraba. Además, aquel hombre era unos veinte años más viejo que el abogado que habían contratado mis padres. No parecía tampoco el sustituto de Oscar.

—¿No lo sabes? Pues entonces no es adecuado por mi parte revelarlo—¿juegos de misterio antes de las once de la mañana? No tenía ganas, gracias.

—¿Y ahora, qué? ¿Cuáles serán los siguientes pasos?

—Tengo hora con el juez a las doce. Yo cuento que antes de comer ya podrás salir —¿perdón? ¿Salir dijo? ¿Dónde? ¿Al patio? No, claro que no. No se refiere al patio. Se refiere a fuera, fuera de verdad. Al mundo real. A la libertad.

Supongo que lo más adecuado era que dijera algo, como «gracias» o «por fin», pero me quedé allí plantado, con la boca medio abierta, intentando procesar lo que acababa de decirme. Fortunato se levantó, me saludó, abrió la puerta y se marchó.

Volví hacia mi celda con la cabeza dándome vueltas, con una sensación de vértigo en el estómago. No es que no quisiera salir de allí. No, ni mucho menos. En realidad lo deseaba tanto, que incluso ya había dejado de pensar en ello para no torturarme. Pero en aquellas semanas había creado una existencia allí dentro. Había hecho amigos, había pasado ratos buenos y malos, me había adaptado, había colaborado, había adquirido compromisos, y ahora, en cuestión de horas, de muy pocas, abandonaría todo aquello, así, repentinamente, sin previo aviso. Entonces me di cuenta que no estaba preparado. Aún tenía muchos dibujos por hacer y todas mis pertenencias esparcidas. Tenía que devolver cosas que me habían prestado y recuperar otras más que había prestado yo.

Entré en mi celda y me senté en la cama de Amín. Armand me miraba desde su cama.

—¡Te vas! —¡Ostras! ¡No era ni una pregunta! ¡Lo debía llevar escrito en el rostro!

Todavía no me había planteado ni explicarlo, y aquel viejo lobo de mar ya lo había adivinado. Me sentí más turbado y desconcertado. Amín salía del lavabo, con sus eternos auriculares, acabando de atarse los pantalones. Cuando me vio, se quedó inmóvil.

—¡Te vas! —¡Ostras, no! Por favor, ¿qué es esto? ¿Telepatía? ¿He convivido todo este tiempo con dos adivinos demoníacos sin saberlo?

—N ..., no sé ... Se ve que sí ... — balbuceé.

Armand se levantó y me cogió por los hombros.

—Tío, felicidades. ¡Por fin! Ostras, qué envidia que me das.

—Te la han jugado bien — me dijo Amín—, pero ahora ya está. Se acabó. Vuelves a casa — me estrechó la mano con fuerza, mientras me sonreía sinceramente. Me emocioné. Me sentía a un paso de las lágrimas. Me levanté de la cama y le di un fuerte abrazo a Amín.

—Eh, eh, mariconadas aquí no, ¿eh? —oí que Armand gritaba detrás de mí. Me giré y recibí un abrazo de oso de su parte.

Me sentía totalmente desbordado de emociones mezcladas. Sorpresa, tristeza, alegría. Y finalmente euforia. Armand se encargó de que toda la galería se enterara de mi marcha, y durante un buen rato todo fueron felicitaciones, quejas, reclamaciones de dibujos, consignas, consejos, demandas de favores y despedidas. Luego, la tormenta amainó.

Recogí mis escasos bienes. Hice la cama (¿era la primera vez desde que había llegado allí?) y miré de dejar todo lo que había usado ese tiempo de la manera más ordenada posible. Después,

me quedé junto a la puerta de la celda, esperando, y pensando: «¿Qué narices hago? Viene un abuelo, me dice que saldré antes de comer, y yo voy y me lo creo. Soy idiota.». Sin embargo, sabía que aquel era mi último día en la cárcel. Y pensaba hacer todo lo que estuviera en mi mano para no volver.

Amín estaba a mi lado, con los auriculares en las orejas, en su perenne postura pseudoautista.

— ¿Qué música escuchas? — le pregunté.

El chico se acercó y me pasó un auricular. Me lo puse en el oído. No se sentía nada. Le miré sorprendido.

—Se me estropeó el MP3 hace meses.

Cuando atravesaba los portales de la prisión, mi único pensamiento era que aquella no era una buena hora para salir. Podría haber salido un poco más tarde y comer dentro. Pero ahora ya pasaban de las dos de la tarde y allí cerca seguramente no habría bares ni ningún sitio donde comer. Aún no había salido del penitenciario y ya me encontraba con problemas. Y todo por culpa de aquel viejo ... ¿Cómo se llamaba? «*Fortunato, tienes culo de pato*». Me sorprendí con aquellos pensamientos tan estúpidos y solté una carcajada.

La última puerta giró sobre sus bornes y pude ver de nuevo el mundo abierto, con calles y carreteras que no quedaban cortadas por un muro. Entonces me giré y me dirigí hacia recepción. Saqué el paquete de tabaco de mi bolsillo (sólo llevaba uno, el resto lo había dejado en la celda para Armand y Amín) y lo deposité encima del mostrador.

—Eso se queda ahí.

Volví a caminar hacia la puerta. Me detuve en el umbral. Cogí aire, respirando profundamente, y salí de allí.

Estoy seguro de que el funcionario de la puerta de entrada (y salida, sobre todo de salida) de la prisión podría escribir un interesante libro de las anécdotas y las tonterías que hacen los presos cuando abandonan el centro. Absolutamente seguro.

Después de vivir todos esos días rodeado de gente, encontrarme ahora en medio de la calle, sin nadie conocido cerca, me hacía sentir perdido. Que la calle estuviera prácticamente desierta no ayudaba mucho a mejorar esa sensación. No muy lejos, a la sombra de uno de los árboles que crecía en la acera, una mujer esperaba apoyada en un vehículo aparcado. Era la primera que veía en semanas y no pude evitar observarla durante unos segundos. Vestía de manera sobria y elegante. El vestido entallado hacía resaltar su figura esbelta. En ese momento ella, que también me miraba, levantó la mano y me hizo una señal para que me acercara. Entonces me di cuenta de que aquella figura me era muy familiar. Me acerqué y la reconocí. Era Julia.

No sé si fue su aspecto veraniego y fresco, a pesar de la sobriedad de la vestimenta y la seriedad del rostro, rota sólo por una ligera sonrisa, si fue por el hecho de encontrarla allí, esperándome, en medio del calor de aquel agosto abrasador, si fue su perfume suave y etéreo, casi como el tacto sutil de un espíritu de la naturaleza, o porque hacía semanas que no veía ninguna mujer ... La cuestión es que me sentí profundamente impactado por ella. Me pareció la mujer más bella y maravillosa del mundo, y decidí en ese momento que tenía que ser mi esposa.

Su recibimiento no fue efusivo (Julia y efusividad son palabras contradictorias), pero sí cálido y cercano. Dejé mi equipaje

en el maletero y subí al coche, en el asiento del acompañante. Su perfume impregnaba la cabina. Notaba su presencia, el calor de su cuerpo, el aire que se desplazaba cuando ella se movía. No dije muchas cosas durante el breve trayecto a través calles de Ibiza. Me costaba contener el aliento y charlar a la vez.

Fuimos a comer a un restaurante del paseo marítimo. Aún había comensales en algunas mesas, a pesar de la hora que era. Entonces sí. Tras beberme dos cervezas, me volvió el aliento y mi lengua se soltó. Le expliqué mis experiencias de aquellas semanas en prisión, incidiendo en la parte cómica, y dejando la vertiente trágica para alguna otra ocasión.

Julia me escuchaba atentamente y a veces sonreía divertida. Aquellas sonrisas eran ambrosía para mí, y me deleitaba cada vez que conseguía que surgiera una de sus labios.

Después de mis explicaciones, que duraron el primer plato, el segundo y parte del postre, pensé que quizá había llegado el momento de que me explicara qué hacía ella allí, por qué me invitaba a comer, y si tenía algo que ver con «Don Fortunato» o si sabía de dónde había salido.

Me miró directamente a los ojos con una expresión entre el reproche (supongo que por la manera como me había referido al señor este) y la diversión.

—El señor Fortunato es el responsable del área legal de la empresa donde trabajo. Es abogado, aunque actualmente no ejerce. Pero tiene mucha experiencia y un equipo de colaboradores muy competente. Hemos tenido varias oportunidades de colaborar y trabajar juntos, y alguna vez se ofreció a ayudarme si necesitaba apoyo legal. Y con tu detención ha llegado ese momento.

Esto contestaba una de las preguntas, pero también generaba otra. ¿Por qué me ayudaba? El diablillo emocional de mi conciencia enseguida argumentó: «Está enamorada de ti», pero el diablillo racional lo hizo enmudecer: «Calla y no digas chorradas».

—Vaya ... Pues de verdad, muchas gracias. Pero no entiendo por qué tú ...

—Lilian—sí, claro. Esto daba respuesta a muchas cuestiones.

—Pero...

—En cuanto supo que te habían detenido, insistió a tus padres para que me llamaran.

—Ellos no tienen tu número. Me lo quedé yo — y vete tú a saber dónde lo tengo, pero vaya, esto no viene a cuenta ahora, ¿verdad?

—Llamaron a los Servicios Sociales de Badalona.

—¡Ah! Pero es igual. Ellos no pueden dar tu número.

—Sí. Es lo que le comentaron a tu madre, cuando llamó. Entonces volvió a telefonar y esta vez fue Lilian quien habló.

—No sé si quiero escucharlo ...

—Dijo que ella no quería el coño de número, que lo único que quería es que me dijeran que Lilian me necesitaba. Y eso hicieron. Habló con Teresa. Habíamos sido compañeras varios años. Me llamó a casa y dejó el mensaje en el contestador. Pero yo no estaba. He estado fuera estos últimos meses, por motivos de trabajo. Estoy a cargo de la contratación y la preparación del

equipo que debe ejecutar la construcción de una fábrica de papel en Irala, en Argentina. Cuando pasaron unos días, viendo que no recibía respuesta, telefoneó a la empresa para la que trabajo y pidió cómo contactar conmigo. Cuando me llamó, Teresa no tuvo en cuenta el desfase horario y mi teléfono sonó a las tres de la madrugada.

—Vaya ... Lo siento ...

—¿Eh? Oh, no, no. No hay problema. Apunté el número de tus padres, colgué y seguí durmiendo. Luego, por la noche, hora de aquí, me puse en contacto con ellos y hablé con Lilian y con tu madre. Tu hija tenía clarísimo que tú eras inocente. Fue muy convincente, persuasiva, en este punto. Tu madre me contó las dificultades que encontraban para comunicarse con tu abogado.

—Pero cómo podía saber Lilian que tú ...

—¿Que yo podría ayudarte? No lo sé. ¿Intuición femenina?

—¿En una niña de seis años?

—¿Y por qué no? —dejó ir, después de reír abiertamente—. Además, es Lilian, ¿no?

—Sí, en eso tienes razón.

—Hablé con «Don Fortunato», como tú lo llamas ...

—De acuerdo, señor Fortunato a partir de ahora.

— ... Para ver qué se podía hacer. Le pasé la poca información que tenía, pero él ya se hizo una idea. Me comentó que aún no había decidido sus vacaciones, pero que Ibiza podía ser una buena opción.

—Cuando ha venido a verme ... esta mañana ... —¡Válgame Dios! Qué lejos quedaba en el tiempo la entrevista de la mañana. En el tiempo y en el espacio. Aquella entrevista había tenido lugar en otro mundo, a años luz de distancia, en otra galaxia, aunque sobre el mapa sólo fueran unos cuantos kilómetros y sobre el reloj sólo unas cuantas horas— le he explicado lo del cebo.

—Sí. Esto ha sido decisivo.

—¿Tú también estabas?

—Sí. El juez, el fiscal, tu abogado, el teniente Alonso, el Sr. Fortunato y yo. Ha empezado a hablar tu abogado.

—Oscar.

—Sí. Nos explicaba por qué todavía no te habían dejado salir. Fortunato lo ha aprovechado para poner a cada uno en su sitio. Ha dejado caer un «Hmmm?», con una sutil expresión interrogadora, claramente destinada al juez. Entonces éste ha tenido que intervenir y llamar la atención a Oscar, con un: «Letrado, se supone que usted debe defender a su cliente».

—¡Ya le está bien!

—Pensaba que te había llevado hojas y lápices ...

—¡Bah! Es un cretino y un hipócrita.

—Ya.... Además, no pierde ni una. Estaba más pendiente de mi escote que de lo que se estaba discutiendo allí.

—Es que hoy estás especialmente atractiva—¡ups! ¡Se me ha escapado.!

—Vaya, gracias. Pero en tu caso no cuenta. Hace semanas que no ves a ninguna mujer. Tu criterio debe estar un poco atrofiado — si tú supieras ... Me aclaré la garganta.

—Sigue, sigue ... —le indiqué, intentando evitar que la conversación derivara hacia terrenos pantanosos.

—Entonces ha intervenido el teniente Alonso con un discurso sobre la trascendencia de la operación policial en curso, y sobre tu importancia como implicado y de los datos que puedas aportar a la investigación.

—Ni siquiera sé si llevaba coca o heroína.

—Heroína. Entonces Fortunato le ha interrumpido y le ha dicho lo que tú le has explicado. Lo del cebo y que ahora no sabían qué hacer contigo. Ha dicho que lo entendía, porque podía imaginarse cómo recogería todo este tema un periodista y no era una imagen muy agradable.

—¿Fanfarronada o amenaza?

—Con Fortunato nunca lo sabes. El hecho es que se han quedado blancos y se han mirado unos a otros. Entonces ha empezado a hablar el fiscal, diciendo que aún no estaban seguros de todo esto y que la investigación debía seguir su curso. Fortunato ha afirmado que sí, que lo entendía perfectamente y que estaba totalmente de acuerdo. Pero que había un punto que no comprendía. ¿Por qué sin fianza? ¿Dónde querían que fueras tú? Tienes una hija y un trabajo más o menos decente, aunque a primera vista parezcas un vagabundo.

—Gracias...

—Entonces ha comenzado la negociación del importe de la fianza, con la espada de Damocles de la prensa flotando por la sala.

—¿Y al final?

—Libertad con cargos.

—Y aquí estamos. ¡Ostras! ¡Muchas gracias, de verdad! — Julia no era ya para mí sólo la mujer más bella del mundo, con quien deseaba pasar el resto de mis días. Ahora se había convertido en una especie de «caballero andante», de salvadora, que había venido desde Argentina a rescatarme, con su ejército particular, enfrentándose a policías, jueces, fiscales y otros monstruos aterradores sin miedo y sin desfallecer. Se había ganado mi admiración y adoración eternas.

—Fortunato dice que probablemente el juez sobreseerá tu caso por falta de pruebas o que incluso, aunque es poco probable, el fiscal retire la denuncia.

—¡Pero me cogieron con el paquete!

—Técnicamente, no lo llevabas tú. Estaba a tu equipaje, y cualquier otro viajero podría haber tenido acceso durante el trayecto. Es una prueba demasiado débil para conseguir una condena, si hay un buen abogado de por medio. Y Fortunato ha dejado claro que él estará muy encima de este tema.

—¿Farol?

—¡Ja, ja! Esperemos no tener que descubrirlo.

—¿Puedo volver a Barcelona?

Abrió su bolso y me entregó una carpeta con la orden de libertad con cargos y otros documentos.

—No puedes ir al extranjero. Deberás presentarte periódicamente en alguna comisaría del Estado. Nada más.

—De acuerdo. Muchas gracias de nuevo. Todavía no me he acabado de hacer a la idea. Esta mañana era el prisionero 7089 del centro penitenciario de Ibiza y ahora vuelvo a ser yo mismo otra vez. No sé si me acordaré ...¡Je, je, je!

—Espero que sí.

—Sí, yo también. ¿Qué haces ahora? ¿Has venido también de vacaciones en Ibiza?

—No. Vuelvo a la Argentina. En un par de horas tengo que coger un vuelo hacia Madrid. ¿Y tú? ¿Vas a Barcelona?

—Sí. Iré a ver a mis padres y a mi hija, e intentaré volver a poner orden en mi vida. No es que antes estuviera demasiado ordenada, pero me temo que ahora será un caos total.

—Si hay algo que yo pueda hacer ...

—Pues sí. Seguramente Lilian querrá verte para darte las gracias personalmente. ¿Cuándo podríamos quedar? —La niña querrá darte las gracias y yo volverte a ver, claro.

—Hacia finales de septiembre volveré a estar por aquí. Os llamo, ¿vale?

Después del almuerzo, me acompañó a la estación marítima. Nos despedimos en la puerta, con un poco de urgencia, mientras intentaba ordenar mi equipaje, con la promesa de vernos cuando volviera de Argentina. Con Lilian, claro. Subió al coche y se alejó calle abajo, en dirección al aeropuerto, donde debía embarcar en su vuelo a Madrid.

Entré en la estación y adquirí mi billete. Mi ferri no salía hasta las diez de la noche.

—¿No hay ninguno antes?

—Hay un ferri cada día, excepto los lunes y los miércoles. Sale a las diez y llega a las ocho a Barcelona.

Vaya. Pues aún había estado de suerte. Busqué un lugar agradable (dentro de las posibilidades que ofrecía aquella sala de espera) y me senté lo más cómodamente posible, preparándome para una espera de más de seis horas, que pensaba aprovechar para reflexionar sobre todo lo que me había sucedido desde la última vez que había pisado aquel lugar.

Fénix

Otoño de 1996

Poner en orden mi vida no parecía una tarea nada fácil. Nunca había tenido mucho margen económico, pero mi situación financiera entonces era deprimente. Mis padres tampoco estaban mucho mejor, menos aún después de tener que hacer frente a los gastos que les había supuesto todo el tema de mi detención. Estábamos a mitad de agosto y en la editorial donde trabajaba no me esperaban hasta septiembre. Me acerqué para informarles de que ya estaba disponible (ya había tenido bastantes «vacaciones» y necesitaba volver a la normalidad cotidiana). Habían comenzado la elaboración de una nueva colección de libros e iban cortos de personal, o sea que estuvieron encantados de tenerme allí.

Hasta ese momento, mi objetivo en la vida había sido, fundamentalmente, conseguir renombre como artista. Pero ahora, dos propósitos más pugnaban en mi relación de prioridades: que Lilian viniese a vivir conmigo a Barcelona y conseguir casarme con Julia. Y ambos suponían estabilizar mi existencia.

Y para conseguirlo, debía estabilizar primero mis fuentes de ingresos.

Me impliqué más intensamente en el trabajo que ya tenía, y aparqué momentáneamente el resto de proyectos. Progresivamente, mi dedicación horaria se fue incrementando, y lo mismo ocurrió con mi retribución económica. En pocos meses, ya trabajaba a jornada completa.

Mi actividad también incluyó la asignación de tareas que conllevaban cada vez más responsabilidad. Algunas de coordina-

ción, de supervisar el trabajo de otros entintadores más noveles, de realizar alguna ilustración no muy comprometida, alguna paginación ... Me apunté a algunos cursos para completar mi formación, sobre todo en lo que se refería a diseño asistido por ordenador, ocupando así el poco tiempo libre que mi empleo me dejaba.

Finalizó septiembre y comenzó octubre. Lilian y yo esperábamos la llamada de Julia. A finales de noviembre todavía esperábamos. Rebusqué entre mis pertenencias, hasta que finalmente encontré el papel donde había apuntado el teléfono de Julia. Marqué el número y le pasé el auricular a Lilian. Era sábado. Con un poco de suerte la encontraríamos en casa. Alguien descolgó:

—Hola. ¿Que está Julia?

...

—Me llamo Lilian. Es amiga mía.

...

—Tengo seis años. En febrero haré siete.

...

—No. A ver ... —Miró a su alrededor y cogió un papel y un lápiz—. Sí, ya tengo ...

...

Lilian restó un rato en el auricular. Luego apuntó un número de teléfono en el papel.

—Sí, ahora se lo digo —y leyó el número que había apuntado.

....

—Sí, gracias. Adiós.

Y colgó.

— ¿Qué pasa? ¿Quién era? —Le pregunté.

—Ya no vive allí. Me ha dado el teléfono de su trabajo.

—¿Pero quién era?

—Una mujer.

Rápidamente hice mis especulaciones. ¿Simplemente había cambiado de casa? ¿O había un tema sentimental de por medio?

Llamé a su trabajo y pedí por ella. Se había tomado unos días de vacaciones. Me facilitaron un número donde encontrarla. Lo marqué y oí una voz femenina al otro extremo de la línea.

—¿Julia?

—No, no está. Soy su madre —¿está viviendo con su madre? Esto apunta a tema sentimental —¿Quién es?

—Me llamo Frank. Soy amigo suyo. Mi hija y yo habíamos quedado con ella para vernos cuando volviera de Argentina y esperábamos su llamada, pero como no nos ha llamado, lo hemos hecho nosotros.

— ¡Ah! Ya me habló de tu hija. Lilian, ¿verdad? Me comentó algo del problema que tuviste en Ibiza. ¡Vaya tela! ¿Ya sabes quién te lo puso en el equipaje?

—No. Por ahora no sé nada más de este tema. Y tampoco lo he preguntado, la verdad. He estado demasiado ocupado con el trabajo para preocuparme más de aquello.

—Esperemos que todo acabe bien. Pues Julia ha ido a ver un piso. Se ha separado, ¿lo sabías? —La mujer ya me hablaba como si nos conociéramos de toda la vida.

—Pues no—de hecho, no sabía ni que estaba casada —¿Qué ha pasado?

—Silvia, la amiga de Ferrán, que se ve que al final es bastante más que una amiga.

—¿Y cómo está Julia? —¿Silvia? ¿Ferrán? El marido y la amante, claro.

—Ella dice que está bien, pero no lo está. Y además, con todo el tema del trabajo ...

—¡Sí, claro, es verdad! —Esto se pone interesante ...

—Yo ya le avisé. Eso de liarte con un jefe tuyo no es buena idea.

—No, no lo es, no ...

—Que no es exactamente su jefe. Es de otro departamento. Pero, para el caso que nos ocupa, es lo mismo.

—¡Y tanto ...! —¡Ostras! No me deja ni hablar..., mejor. Menos oportunidades de meter la pata.

—Y, claro, ahora está preocupada de las consecuencias que esto pueda tener en su trabajo.

—Pero si ha sido él quien ha...

—Ya sabes cómo va esto del mundo de los negocios, chico, si eres una mujer. No nos toleran ningún error, nos exigen más

que a los iguales masculinos y, encima, tenemos que mantenernos bonitas y esbeltas.

—No hay derecho...

—No. No lo hay. Ella ha trabajado muy duro estos dos últimos años y ahora tiene miedo de que cualquiera se aproveche de su situación y quiera apropiarse lo que ella ha logrado.

—Pero esto...

—Es lo que yo le digo—¿conseguiré pronunciar diez palabras seguidas con esta mujer? —: Tus jefes ya te conocen y saben lo que vales. Pero ella me responde que no conozco a sus compañeros. Que son capaces de todo.

—Pero no...

—Pobrecita. Tan mal que lo pasó con aquel niño que se murió cuando hacía de asistenta social, y ahora esto ... —Uf, qué mal rollo. ¿Fue éste el motivo por el cual cambió de trabajo? ¿Aquella sombra de tristeza que vi en sus ojos?

—Sí. Lo...

—Ella no lo podía saber, pero no puede evitar sentirse culpable. Oye, ¿por qué no venís a casa y charlamos tranquilamente? ¡Que te debes estar gastando una fortuna en teléfono!

—Pues, no lo sé. No quisiera molestar. Seguramente usted está muy ocupada ahora y...

—Tonterías, hombre. Tengo todo el tiempo del mundo. ¿Donde estáis? Podéis venir a comer. El fin de semana hice canelones y los tengo en el congelador. ¿Le gustan a Lilian los canelones? —A ella no lo sé, pero a mí me encantan—. Y seguro que esto anima a Julia, que está muy de tu hija.

—Entonces, de acuerdo. ¿Donde vive usted? —Vivía en el centro de Badalona. El trayecto hasta allí en metro y bus, transbordos incluidos, nos supondría cerca de una hora. Teníamos tiempo más que suficiente para llegar allí antes de la hora de comer.

Es curioso cómo es posible que conozcas a una persona, hayas compartido muchos ratos con ella, pero que en realidad no sepas nada de su vida. Y cómo, de repente, en un ratito, te enteres de tantas cosas...

El piso de la señora Carmen era grande, de techo alto decorado con molduras de yeso. El piso ocupaba toda la planta del edificio y podías recorrerlo circularmente dando toda la vuelta por su interior. Tenía una terraza muy hermosa, de piedra, y llena de plantas y flores.

El padre de Julia era notario y la vivienda respiraba la sobriedad y seriedad propias de su profesión. Había un despacho y una pequeña biblioteca. Los muebles eran de estilo modernista, de madera maciza y noble.

La cocina era amplia, luminosa y acogedora, y tenía salida al balcón.

Lilian y yo nos sentamos en una mesa blanca, redonda, y la señora Carmen nos sirvió zumos y galletas. Se sentó con nosotros y continuó charlando, saltando de un tema a otro, según le apetecía. Nos habló del trabajo de su marido, de las plantas de la terraza (casi un jardín botánico) y de las vacaciones en la casa de Camprodon. Nos explicó anécdotas de Julia, de cuando era pequeña (alguna un poco íntima, de aquellas que dices: «Mamá, por favor ...»), de la facilidad que tenía para los estudios, cómo era de aplicada y de los elogios que le dedicaban los profesores.

Cuando la señora Carmen repasaba la etapa universitaria de su hija (y nos ponía al día de todos sus asuntos amorosos), la cerradura giró. Por el pasillo llegó el sonido de la puerta al abrirse, y el tintineo de unas llaves.

—¡Ya estoy aquí! —sentimos que decía Julia, mientras cerraba la puerta. El ruido de los tacones de sus zapatos golpeando el suelo nos llegaba claramente, mientras ella recorría el espacio que nos separaba.

Julia apareció en la cocina con la cabeza gacha, mirando unas cartas que llevaba en las manos.

—He aprovechado para pasar por el gimnasio antes de volver—decía mientras atravesaba el umbral de la puerta de la cocina.

—Tienes visita.

Alzó la mirada y entonces tomó conciencia de nuestra presencia. Su rostro fresco, limpio de maquillaje, su cabello ondulado todavía húmedo, la hacían aún más maravillosa, si era posible, a mis ojos. Aquella Julia era muy diferente a la que conocíamos. Allí, en la cocina de la casa de su madre dejaba de ser la mujer fría y dura, de ideas claras y directas, y se permitía recuperar la ternura y candidez de la niña que había sido y que quizás todavía era.

Por un momento se sintió visiblemente desorientada, como si no pudiera conciliar lo que estaba viendo con el lugar donde se encontraba. Después, nos sonrió y se acercó.

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa!

Lilian saltó de la silla y se lanzó a sus brazos.

Yo me levanté para saludarla. Me dio dos besos y apoyó su mano en mi brazo, mientras me miraba.

—¿Cómo estás? —Me preguntó.

—Bueno. Trabajando mucho —volvimos a sentarnos. Julia acercó una silla y se sentó con nosotros.

—Como no llamabas, lo hemos hecho nosotros—le dije.

—Y aquí estáis, ¿verdad?

—Sí, más o menos ... je, je

—Pensaba llamaros al volver de Argentina, pero primero quería que todo volviera a la normalidad. He tenido algunas situaciones difíciles estas semanas.

—Sí. Tu madre nos lo ha comentado por encima —los ojos de Julia dedicaron una mirada corta pero intensa a su madre, probablemente preguntándose qué nos podía haber llegado a explicar aquella buena mujer. ¡Ay, si tú supieras!

—Entonces ya debéis estar al tanto de todo—nueva acusadora mirada de reojo hacia su progenitora.

—Bueno, un poco. Te has separado de tu marido, ¿verdad?

—¿Ferrán? No es mi esposo. Hemos estado viviendo juntos un tiempo, pero últimamente las cosas no funcionaban y al final lo hemos dejado estar.

Lilian cogió otra galleta y miró Julia.

—Silvia debe ser muy mala. Pero a mí me pareció una mujer muy amable.

Julia abrió visiblemente los ojos y examinó de nuevo a su madre. En su rostro se podía leer visiblemente un: «¿Pero hay algo que no les hayas contado?». La señora Carmen se mantenía ajena a la creciente indignación de su hija, con una sonrisa permanente en los labios.

—Sí, es muy agradable. Somos amigas, ¿sabes? La conozco desde hace años—la tristeza afloró momentáneamente a sus ojos. Entonces se desvaneció y apareció un brillo travieso — ¡Lilian! ¿Quieres ver mi habitación de cuando era pequeña? ¡Creo que mis muñecas aún están allí!

Julia. *Presto*

No me considero una persona agresiva, ni con más empuje de lo normal. Pocas veces me marco objetivos exigentes o ambiciosos. Pero cuando decido luchar por algo que deseo, soy implacable, tenaz, meticoloso. Y ahora tenía un objetivo. Un propósito que se reafirmaba cada vez que me miraba en los ojos rasgados de Julia o conseguía robarle una sonrisa.

No soy amigo de bregar por causas perdidas ni de perseguir castillos en el aire. Pero no era el caso.

A la hora de deshojar la margarita con el «me quiere, no me quiere», mucho antes de llegar a los últimos pétalos (de hecho, mucho antes de coger la flor) ya sabemos el resultado. No con el ojo de nuestra razón, sino con el del corazón. Otra cosa es que queramos verlo o que seamos capaces de atrevernos a reconocerlo. Pero si conseguimos abrir los ojos, la verdad está allí.

Para mí estaba claro. Lo que Julia sentía por mí iba más allá de una mera amiga o incluso de una avenencia íntima. Había atracción, reprimida, sofocada, incluso negada, pero atracción en definitiva. Ahora la cuestión era conseguir hacerla aflorar.

No sería fácil. Julia había construido fuertes defensas emocionales a su alrededor. Era una mujer que necesitaba amar y que la amaran, pero que ya no quería sufrir más. Su última relación (y último fracaso) no ayudaba mucho a suavizar estas barreras, que ahora se alzaban más fuertes que nunca.

Pero protecciones más fuertes, sólo significan más tiempo de asedio.

Planteé cuidadosamente mi estrategia y la llevé a cabo. Y la Sra. Carmen era un pilar fundamental de mis operaciones.

Después de aquella primera visita y de las insistentes invitaciones de su madre a probar otros platos de su repertorio, pasé a menudo por la casa. Con naturalidad, sin insistencia y sin abusar, pero con constancia. No intentaba coincidir con Julia, para no forzar demasiado la situación, aunque tampoco lo evitaba. Mis verdaderas intenciones no escapaban a la Sra. Carmen, que se convirtió *de facto* en mi aliada más poderosa en esta empresa. Entre ambos, mediante los más ingeniosos argumentos y alguna que otra sutil manipulación, conseguimos que Julia abandonara la idea de ir a vivir sola. Sin embargo, las distancias que nos separaban aún eran muy grandes, demasiado, como para intentar todavía ningún tipo de asalto a la fortaleza.

Aún no, las defensas eran demasiado fuertes y la atracción que ella sentía por mí estaba demasiado reprimida, debilitada, encarcelada en las más profundas mazmorras de su corazón.

Alguna vez que habíamos coincidido en casa de su madre habíamos ido a tomar algo juntos por recomendación de la Sra. Carmen y habíamos tenido la oportunidad de charlar tranquilamente. Era muy agradable conversar con ella. Era (es, vaya) una persona muy inteligente, despierta, con una gran sensibilidad, y también una mujer de fuerte determinación y con las ideas bastante claras.

En estos pocos ratos que pasamos juntos conversando, Julia me habló de su trabajo actual, del anterior como asistente social, de sus aficiones y, también, de su vida sentimental. En cierto modo, se sentía culpable del fracaso de aquella última relación. Como si no hubiera puesto todo lo necesario para que funcionara. Su trabajo siempre era el primero para ella.

—Me ofrecí para el proyecto de Argentina. Y cuando volví, la relación ya era inexistente. Me gustaría culpar de ello a Ferrán o a Silvia. Pero la única responsable soy yo.

—¡Pero qué dices! ¡Tú no los obligaste a enrollarse!

—Silvia siempre ha estado enamorada de Ferrán. Desde siempre le había gustado. De hecho, lo conocí a través suyo. Y cuando él y yo empezamos a salir juntos, me dijo que tenía mucha suerte y que se alegraba mucho por mí. Es muy buena tía.

—Pero Ferrán trabaja contigo ...

—Sí. Cuando empecé a trabajar en esta empresa, se lo comenté a Silvia. Y ella me dijo que conocía a un chico que también trabajaba. Quedó con él y me lo presentó.

—Y tú te lo ligaste...

¡Ups! La mirada de Julia me dejó claro que me había pasado de la raya. No era una autoimagen que le gustara mucho, esta de la amiga «robaenamorados». Pero después de unos instantes (que se me hicieron eternos), su mirada se suavizó y se rió ...

—Sí, más o menos. En un proyecto que debía llevar a cabo la empresa en Huesca, él se hacía cargo de las gestiones con el cliente como responsable de cuenta, y yo asesoraba en la composición de los equipos de trabajo. Pasamos mucho tiempo juntos, y de allí volvimos con algo parecido a una relación sentimental. Me ofreció ir a vivir a su piso y no me pareció mala idea.

—Dicho así, parece del todo inocente ...

Julia me sonrió y me miró. Entonces bajó la mirada ligeramente y se quedó pensativa unos segundos.

Volvió a contemplarme seria pero tierna.

—Frank, ya sé qué estás haciendo... —Así me gusta, de golpe, sin preámbulos, directo a la yugular. Me quedé helado —Y te lo agradezco mucho, de todo corazón. Es muy agradable para una mujer como yo que un hombre atractivo, amable y divertido como tú la siga e intente seducirla, con la suavidad que tú lo haces —pues sí que se notaba. Que ya era la idea, ya. ¿Pero tanto? —Pero no me debes nada. Lo que hice cuando estabas en la cárcel fue por ti, sí, pero también por tu hija. Y lo hice porque quise. No me debes nada.

Y se quedó allí, mirándome sonriendo, mientras yo no era capaz de salir de mi estupor. Después, se levantó, me dio un beso en la mejilla y se fue.

Y allí me quedé, en estado catatónico. Y aún estaría en la misma posición, si no hubiera sido por la bola de mi helado que, cansada de estar contenida en el cucurucho de galleta, fue deslizándose por el glaciar de *stracciatella* hasta desprenderse de sus cadenas y caer sobre mis pantalones, en la zona de la entrepierna. La humedad y la frialdad me devolvieron de forma brusca y accidentada al mundo de los mortales, para darme cuenta de que las miradas de los ocupantes de las mesas de alrededor estaban fijas en mí, o mejor dicho, en el resto de helado que se divertía resbalando por mis pantalones. Con mucho cuidado, recogí la intrépida bola con el cucurucho y, tras levantar mi helado a modo de saludo general, seguí comiéndome aquel postre de nata, triste consuelo después de ver cómo mi elaborada estrategia de conquista se hundía sin paliativos.

Aquella sí que era buena. Estaba locamente enamorado de una mujer, y ella se pensaba que le estaba agradeciendo un favor. Donde dije «inteligente», por favor, cámbialo y pon “estúpida”. A no ser que sea una forma de darme calabazas con elegancia.

Bueno, en cualquier caso, esto invalidaba mi planteamiento inicial y me obligaba a improvisar.

La historia de su relación con Ferrán me dio una idea.

Mediante diferentes métodos y algunas artimañas, recopilé información de la empresa donde trabajaba Julia y de su organigrama. En este organigrama detecté un departamento, el de imagen, y algunas personas, diferentes cargos y trabajadores, que podrían ser objetivos adecuados para mis propósitos.

En realidad, mi idea era muy sencilla. Se trataba simplemente de entrar a ocupar un empleo en la empresa para, desde dentro, tratar de revitalizar mi relación con Julia. Una apuesta arriesgada y ciertamente costosa, pero algo me decía que ése era el camino para abrir su corazón: el trabajo. A través de dos vertientes. Primero, para dejar de parecer un «vividor» a sus ojos sensatos y prácticos (la dedicación de entintador actual ayudaba, pero no era lo suficientemente definitiva), y segundo, para aparecer como un compañero, alguien con quien compartir la tarea a llevar a cabo.

En todo caso, las demás vías parecían cerradas y era cuestión de tiempo que Julia volviera a ofrecerse para algún proyecto, más allá de las fronteras, y el espacio físico añadiera más dificultades al ya de por sí complicado propósito matrimonial que me había planteado.

Una vez identificadas las personas que serían mis objetivos, procedí a recopilar información personal. Mediante la guía telefónica, encontré direcciones y teléfonos de algunos de ellos. A partir de ahí, trabajo de campo. Después de innumerables conversaciones informales con porteras, comerciantes, vecinos y carteros, reuní una buena cantidad de datos personales inte-

resantes, aunque la mayoría eran inútiles para mis propósitos. Pero una de las referencias obtenidas me daba buenas vibraciones. Uno de los coordinadores del Departamento de Imagen, Joan, era también profesor de diseño gráfico en una academia privada.

A partir de ahí, el resto ya fue relativamente fácil. Me apunté a uno de los cursos que impartía Joan y aproveché mi habilidad con el dibujo y los conocimientos que tenía de otros cursos realizados para destacar. Intenté también congeniar y coger confianza con él. Joan era un hombre afable y tranquilo, de unos cuarenta años, con unos conocimientos y habilidades descomunales en cuanto al diseño gráfico y la informática, que gozaba ejerciendo y enseñando.

Llegado el momento y aprovechando el descanso de una de las sesiones del curso, hablé con él de mi interés por trabajar como diseñador gráfico y dejar el actual trabajo de entintador. Me dijo que encontraba interesante lo que le comentaba y me citó el sábado por la mañana, para hablarlo con más tranquilidad.

Habíamos quedado en la academia donde se impartía el curso. El aula estaba ocupada, así que fuimos a almorzar al bar de al lado.

Después de pedir un bocadillo de jamón y una cerveza sin alcohol, me miró y me sonrió.

—Tú ya no haces de entintador en tu empresa.

Touché. Joan también había hecho sus deberes, por lo que veía. No, ya no hacía de entintador. Había dos chicos que hacían esta tarea y yo la supervisaba (y corregía). Aparte de esto, ayu-

daba en la paginación cuando había puntas de trabajo, y se había consolidado mi colaboración como ilustrador. La verdad es que en aquellos últimos tiempos mi reconocimiento en la empresa y la concepción que tenían de mí mis jefes había mejorado y mucho. Y yo estaba realmente satisfecho de lo que había conseguido y de lo que estaba realizando.

—Bueno, ahora me dedico también a otras cosas.

—Y se ve que lo haces bastante bien, por lo que me han dicho. Cada vez asumes más responsabilidades y haces más dibujos, que es lo que a ti te gusta.

—Sí. Hacer ilustraciones es divertido —me empezaba a sentir acorralado.

—Entonces, cuéntame por qué quieres cambiar de trabajo —y se quedó allí, frente a mí, mientras me observaba intensamente y esperaba mi respuesta.

Me sentí totalmente sitiado. Llegar hasta aquí me había costado más de dos meses de esfuerzos, y ahora veía que todo pendía de un hilo.

—Es que con el curso he visto cosas que me han interesado mucho y quería ponerlas en práctica, y por eso ...

—Tú ya habías asistido a clases de diseño gráfico. Y ya te dedicas en tu trabajo. ¿Por qué quieres venir a trabajar a mi empresa? Por qué eso es lo que te gustaría, ¿verdad?

La sonrisa había desaparecido de su rostro y su afabilidad también. Ante mí había otro Joan, un hombre acusador, áspero, anguloso, tenso. Lo que para mí hasta ahora había sido una especie de perro San Bernardo, parecía ahora más bien un lobo

salvaje a punto de atacar. Sentí una necesidad irresistible de levantarme y huir de allí, corriendo, lanzando mesas y sillas a mi paso, gritando como un loco, tratando de escapar de aquella situación en la que me había metido yo solito.

Me sentía acosado. Las mentiras (al margen de que ya no se me ocurría ninguna más) no servían. Joan estaba demasiado bien informado. Y en sus ojos veía que no sólo me jugaba el trabajo realizado aquellos meses de intentar acercarme a Julia. La amenaza latente iba más allá, mucho más allá. No vi ninguna alternativa. Lo tenía que confesar.

Cuando llegué a la conclusión de que la única salida era hacerle partícipe de todo el tema de Julia, me relajé de golpe y me serené. Pude incluso saborear la tensa situación y disfrutar de la experiencia. La expresión de Joan se debilitó, como sorprendida por mi repentino cambio de actitud. Llegó el desayuno. Tomé mi café con leche descafeinado de sobre y mi croissant lentamente, degustando cada mordisco y cada trago, mientras él mantenía la posición, sin ni siquiera dedicarle una mirada al espectacular bocadillo de jamón serrano que tenía ante sí.

Al terminar, le miré directamente a los ojos, abandonando el personaje que había representado durante ese tiempo. Él arqueó las cejas.

—¿Y bien? —Me preguntó.

—Es por una mujer.

Joan se removió en su silla.

—¿Una mujer?

—En tu empresa trabaja una chica que me gusta y mucho. Y quiero entrar para tratar de acercarme a ella.

—Una mujer —su cuerpo se debatía bajo la tensión acumulada. El lobo se resistía a dejar la presa.

—Se llama Julia.

—Sí, conozco a Julia. Sale con Ferrán.

—Salía. Ahora ya no. Hace tres meses o así que lo dejaron.

El lobo desapareció. Joan volvía a ser el de siempre. De repente, vio el desayuno delante suyo, como si hubiera aparecido en ese momento por arte de magia en su plato.

—Hum ... Se me calienta la cerveza —y bebió un buen trago antes de partir el bocadillo por la mitad y empezar a comérselo.

—He estado haciendo todo lo que ha estado en mi mano durante los últimos meses, pero no ha servido de nada y he cambiado de estrategia. Ella está muy implicada en su trabajo y he pensado que quizás ésta podría ser una vía.

—¿Quieres venir a trabajar en mi empresa para ligar con una tía...? ¿Lo dices de verdad? —Ya había desaparecido la primera mitad del bocadillo y Joan comenzaba con la segunda, al tiempo que pedía otra cerveza.

—Tío, no cuentes nada, ¿eh?

—Cuando me dijiste que querías cambiar de trabajo, lo comenté a mis jefes. Eres muy bueno y me parecía que podía ser interesante incorporarte. También llevé una foto tuya de una de las actividades que hemos hecho en el curso. Al volver a casa María, la portera, la vio por casualidad y te reconoció. Me dijo que habías estado haciendo preguntas sobre mí.

—¡Oh!

—La empresa lleva meses negociando un proyecto muy interesante con la Generalitat. Pensé que quizás eras un espía de la competencia que te querías introducir dentro para robarnos información.

—Pues no. —No es información lo que quiero robarles, por favor, ¡sólo me faltaría eso! ¡Que ahora me denunciaran por intentar robar datos confidenciales! —¡Qué película que has montado, tío!

—A ellos les ha parecido bien mi propuesta. Si todavía estás interesado en esta mujer, quiero decir, en este trabajo, deberías ir a entrevistarte con los de recursos humanos. Ve en horario de oficina y di que vas de mi parte.

—¡Ostras! Me dejas parado. ¡No sé qué decir ni cómo agradecerle!

—Tienes potencial. Y mientras tengas esa fijación por Julia, creo que trabajarás fuerte. Después, ya veremos.

—¡Ah! Vaya ... —Otro con las ideas claras —Una cosa... Todo esto que te he explicado...

—¡Ostras! ¡Estaba increíble este bocadillo! ¿Que dices que me has contado? No sé de qué me hablas...

Las oficinas de la constructora donde trabajaba Julia y donde, con un poco de suerte, también lo haría yo, se encontraban situadas en Sant Cugat, en el barrio económico (si se le puede llamar así) de la ciudad. Ocupaban un edificio de cuatro plantas, moderno, sobrio, amplio y luminoso.

La chica de recepción que me atendió realizó una llamada y me hizo esperar unos minutos. Luego me acompañó al despacho de la persona que me tenía que entrevistar. No podía evitar sentirme inquieto, nervioso. Había dedicado muchos esfuerzos y el momento de la verdad estaba allí. Y no sabía qué me esperaba. Una entrevista informal, casi de puro trámite, o un interrogatorio exhaustivo y exigente. O una entrevista informal, exhaustiva y exigente. O un interrogatorio de trámite. Había pasado toda la noche especulando sobre lo que me encontraría y cómo debería actuar. Llevaba preparada toda la documentación que consideré interesante, y había cuidado hasta los más pequeños detalles de mi aspecto. Pulcro, pero un poco descuidado, elegante, pero informal; serio, pero también dinámico.

No era sólo el nerviosismo del encuentro y el miedo a no estar a la altura. También las consecuencias que se podían derivar. Si me aceptaban en el nuevo trabajo, ello supondría dejar el anterior. Renunciar al trabajo de la editorial para pasar a trabajar en el Departamento de Imagen de una constructora. No parecía una decisión muy acertada. En cualquier caso, arriesgada. Y ahora tenía cada vez más gastos. El nuevo alquiler, el carné de conducir, pronto el coche ...

Mientras nos dirigíamos hacia el despacho de mi entrevistador, observaba las salas por las que pasábamos; temía pero deseaba ver a Julia detrás de alguna mesa, salir del ascensor o cruzarse con nosotros por el pasillo ...

Intenté relajarme recordando que iba bien preparado, que mi aspecto era el correcto, que ya estaba todo hecho, que había considerado todas las opciones. Pero ninguna de mis elucubraciones había previsto lo que me esperaba tras la puerta del despacho donde debía tener lugar la reunión.

—¡Frank!

«Joan, eres un cabronazo».

Mi entrevistadora, la persona que debía dar el visto bueno de mi incorporación a la empresa, era la misma que había motivado que yo estuviera allí: Julia.

Ella se mostró sorprendida y divertida de verme allí. Para ella, era una agradable casualidad. Para mí, un total desconcierto. Me debatía entre la alegría de encontrarme con ella, la tensión acumulada y el miedo aún no disipado de hacerlo mal.

Sin parar de hablar, me cogió la documentación que llevaba y la pasó a su secretaria para que la introdujera en el sistema informático. Luego me invitó a sentarme en una de las dos sillas que había delante de su escritorio, mientras ella se sentaba en la otra, a mi lado, evitando el distanciamiento que supone estar detrás de la mesa.

Me pidió que le explicara cómo había terminado allí. Le hablé del curso que había hecho con Joan y que habíamos mencionado esa posibilidad.

—Sí. Me ha dado muy buenas referencias tuyas. Lo has dejado fascinado—vaya, pues Joan, disculpa por la palabrota de antes y muchas gracias por todo.

—Pues el sentimiento es mutuo. Es un mago del diseño.

—Sí. Es un monstruo y tiene una capacidad productiva impresionante. Su perfil es muy técnico. El tuyo es mucho más artístico. Pienso que os podéis complementar muy bien.

Luego me comentó algunos aspectos sobre el tema de las retribuciones, cuáles serían más o menos mis tareas, horarios, nor-

mativa interna y otros puntos relacionados con la operativa diaria en la empresa.

—¿Cómo lo ves? —me preguntó. Las condiciones económicas estaban un poco por debajo de lo que estaba cobrando en la editorial y el desplazamiento era más largo. Pero era un puesto de trabajo con mayor proyección y tendría la ocasión de aprender mucho. Además, tenía otras motivaciones ...

—¿Qué quieres decir? Yo lo veo bien, ¿por qué?

—Entonces, por tu parte, ¿ningún problema con estas condiciones?

—¿Eh? No, no. Están bien. Por mí, de acuerdo.

—Pues, ¡bienvenido! —Y me dio un beso en la mejilla. Era la primera vez que me besaban en una entrevista de trabajo.

Me acompañó a hacer un *tour* por las oficinas de la empresa y a conocer a los que serían mis compañeros a partir de entonces.

La bestia

Los siguientes meses fueron una verdadera locura. En la editorial no me dejaron abandonar, al menos, no del todo. Insistieron en que continuara encargándome de algunos de los proyectos de ilustración en los que estaba participando y me comprometí a encontrar horas para hacerlo.

En la constructora, el Departamento de Imagen trabajaba en estrecha colaboración con el Departamento Comercial y con otros técnicos y administrativos. Las veces en que había que hacer frente a proyectos de verdadera magnitud, la empresa buscaba ofrecer la mejor imagen posible. Para conseguirlo, una estrategia era organizar dos o incluso tres equipos transversales diferentes, y hacerlos competir entre sí en la elaboración de propuestas comerciales, que luego eran valoradas por la dirección o por algún comité de expertos, y éstos seleccionaban la que consideraban mejor. Se trataba de una especie de competición que afectaba a toda la plantilla. Los que no participaban directamente, tomaban partido por uno u otro equipo. Aquel posicionamiento no era gratuito. El «premio» del curioso campeonato era dirigir el proyecto, si es que era finalmente adjudicado.

En el momento de mi incorporación, la empresa se encontraba en medio de las negociaciones de un proyecto de importante magnitud para la Generalitat, que debía llevarse a cabo cerca de Girona. Habían formado tres grupos de trabajo interdisciplinares, con personal de diferentes departamentos y la participación de consultores y de arquitectos externos. Fui asignado al grupo de Joan, en el que también colaboraba Julia, y rápidamente me vi inmerso en una carrera feroz contra el tiempo y los otros dos equipos, arrastrado hacia una lucha desesperada donde ni los horarios ni la vida privada existían.

Visto ahora en perspectiva, pensar en lo que hice esos meses y la cantidad de horas que llegué a trabajar, me estremece. Pero también he de reconocer que disfruté mucho. Me implicé plenamente. Trabajaba ininterrumpidamente de lunes a domingo. Pero lo llevaba a cabo con constancia, sin agobios ni urgencias, «sin prisa pero sin pausa», como se suele decir. Enseguida me convertí en una garantía de solvencia para mi equipo. Amparado y animado por mis compañeros (Joan no perdía ninguna oportunidad de airear públicamente las cualidades de la nueva adquisición y Julia cooperaba codo a codo conmigo), cogí rápidamente confianza y velocidad de crucero, y me comportaba más como un veterano que como un recién llegado.

En las semanas previas a mi incorporación a la empresa, Ferrán había intentado regresar con Julia (a espaldas de Silvia al parecer), pero ella lo había rechazado. Según me habían contado, incluso se pudo presenciar alguna escena desagradable entre ambos por los pasillos de las oficinas. A la hora de formar los grupos, acabaron ubicados en equipos diferentes y, por las miradas de Ferrán, parecía que esta competición tenía un significado especial para él, como si se tratara de una venganza personal hacia Julia. En ese escenario, yo aparecía como el paladín, el caballero de Julia, que estaba allí dispuesto a defenderla y a luchar por su honor.

La colaboración diaria con Joan, en un entorno real y en una situación crítica, me hizo aprender muchas cosas de manera muy rápida. Por otra parte, pronto se hizo patente que disponía de una gran habilidad para entender las ideas que me querían transmitir. Nada más empezar a hablar con el técnico o comercial de turno, se formaba una imagen en mi mente, la cual normalmente coincidía bastante con la noción que la otra persona quería transmitirme. Esto, unido a mi capacidad productiva (ba-

sada en mi habilidad para el dibujo, en el conocimiento que tenía de los sistemas informáticos de diseño gráfico y en todo lo que estaba aprendiendo), hacía que lo que normalmente es un cuello de botella en los proyectos (la plasmación gráfica de los conceptos de los líderes del plan) aquí no lo fuera, o en todo caso, se tratara de un cuello de jarra, y que los *timings* se pudieran cumplir rigurosamente o incluso adelantarlos. Gracias a esta agilidad en el desarrollo, pudimos disponer de más tiempo para revisar el trabajo ejecutado. Aquello nos permitió detectar un problema que había pasado desapercibido. Cuando revisamos los esquemas y las visualizaciones en 3D realizadas, Julia y yo observamos que una de las estructuras que se debía construir tapaba una de las perspectivas paisajísticas del complejo. No era un defecto de por sí excesivamente grave, pero era muy visible, y evitarlo no requería encarecer el coste del proyecto. Pero había que disponer de todos los diseños multimedia ya culminados para poder apreciarlo.

Aquella irregularidad descubierta era muy probable que también estuviera en los diseños de los otros equipos. Aquella información fue tratada como *top secret* y Julia y yo, considerados casi héroes. Aprovechamos nuestro buen *timing* para ofrecer una solución elegante a aquel problema y nos limitamos a esperar.

Los días previos a la presentación de los programas fueron extraños. El trabajo estaba acabado, pero no nos podíamos quitar de encima la tensión y el nerviosismo. De hecho, la disminución de la intensidad del trabajo hacía nuestra inquietud más patente. A esta circunstancia se añadía el cansancio de unas semanas de verdadera locura. Mientras revisaba y retocaba algunos pequeños detalles del material desarrollado, mi cabeza y mis pensamientos derivaban hacia cuestiones oscuras e intranquilizantes. Tras la subida, venía la bajada, y me sentía fuertemente golpeado por el cansancio y los nervios.

Prácticamente había olvidado mis motivos para estar allí, en aquella empresa, en aquel proyecto, trabajando más de doce horas diarias. No había pensado mucho en Julia. Simplemente disfrutaba de su compañía, y me dedicaba en cuerpo y alma a la implementación gráfica y digital de las ideas que tenían en la cabeza mis compañeros. Pero ahora, en la bajada final hacia la meta, todo volvía a mí, y algunas cuestiones empezaban a danzar en mi cabeza. Julia se había mostrado muy cercana e íntima conmigo todos aquellos días. Habíamos establecido una relación de confianza y camaradería muy agradable. Y en lugar de estar ilusionado y feliz, me sentía desgraciado y frustrado. Entre sus responsabilidades laborales, Julia tenía la de velar por la correcta y satisfactoria adaptación de las nuevas incorporaciones. Y el pensamiento apareció, de repente, sin avisar, con la bendición del cansancio y la tensión acumulados. ¿Y si el afecto que demostraba hacia mí respondía sólo a un motivo profesional? ¿Y si su única razón era hacerme sentir bien para facilitar mi integración en la empresa? Quedaban en nada todas nuestras conversaciones, el trabajo codo con codo, las miradas de complicidad, mis intuiciones y todo lo demás. Sólo la rabia de sentirme engañado, estafado. El único sentimiento que quedaba visible, suficientemente intenso como para esconder cualquier otra emoción.

Julia llegó fresca como una rosa, alegre y vital, prácticamente dando saltitos, con una sonrisa que le iluminaba todo el rostro. Llevaba algunas carpetas bajo el brazo y un cuaderno en la mano. Esparció el material por encima de la mesa y empezó a hablar sobre algunas correcciones que había hecho, otras que quería aplicar y algunas que le gustaría consultarme.

—¿Por qué lo haces? —Le espeté sin preámbulos.

—¿Por qué hago qué? —Me miró entre desconcertada y divertida, como esperando algún chiste que no acababa de entender. Pero al ver la seriedad de mi rostro, su expresión cambió y la alegría que mostraba se oscureció visiblemente.

—Ya lo sabes. Estar por mí, todo esto. ¿Es parte de tu trabajo o qué? —Mis palabras sonaron desagradables incluso para mí. Su mirada se endureció y volvió a mostrar la seriedad de una Julia a la defensiva.

—No sé a qué te refieres—me miró durante unos segundos, intentando ubicar lo que le acababa de decir y sacar sus propias conclusiones—. ¡No eres tú quien me tiene que decir cuál es y cuál no es mi trabajo! —Recogió las carpetas, me dio la espalda y se marchó con paso firme.

De repente, me sentí como si despertara de un sueño y tomé conciencia de lo que acababa de hacer. Por un estúpido e injustificado ataque de celos, acababa de dar al traste no sólo con todas las opciones que tenía con ella, sino también con la amistad que nos unía. Me levanté y salí corriendo detrás de ella.

La atrapé dos salas más allá, justo antes de traspasar el acceso que daba a la galería.

—Julia, espera! —Este lado de la puerta todavía estaba tranquilo y poco transitado. Si pasaba al pasillo, la presencia de los demás compañeros dificultaría cualquier posible explicación sobre mi comportamiento.

—Frank, ¿qué pasa? ¿Qué me estás diciendo? —Sus ojos estaban rojizos y le temblaba ligeramente el labio inferior.

—Julia, yo... —En ese momento me sentía fatal. Me había dejado llevar por mis sospechas absurdas y había hecho daño a la persona que más amaba (con permiso de Lilian, claro).

—¿Tú qué? ¿Te das cuenta de lo que me has dicho? ¿Qué estás insinuando? ¿Que estoy jugando contigo? ¿Que me aprovecho de ti, que te seduzco porque trabajes más?

—Yo..., lo siento..., no..., no sé lo que digo... Creo que estoy muy cansado..., lo siento... —Oído así, de su voz, parecía la más absurda de las acusaciones.

Ella bajó la mirada y se mantuvo en silencio, como dudando entre irse o quedarse allí. Luego me miró con ternura y me acarició el rostro.

—Ve a casa a descansar. Aquí ya está todo hecho. Luego te vengo a ver, ¿vale?

Me sentía como si hubiera acabado de salvar un *matchpoint* en mi relación con Julia. De hecho, más bien como si hubiera sido ella quien lo hubiera salvado en el último momento. Me notaba abatido y la perspectiva de descansar parecía atrayente. Fui a casa y me tumbé directamente en la cama. Dormí hasta la noche, cuando me despertó el sonido del timbre de la puerta. Era Julia, que cumplía su promesa y venía a visitarme.

La invité a pasar y a tomar algo, mientras descongelaba dos pizzas para cenar.

Me senté en la mesa frente a ella. Volví a pedirle perdón, profundamente avergonzado de lo que le había insinuado unas horas antes.

—Lo siento. Eres una persona muy especial. No quería insultarte.

—Te has pasado mucho. No me lo esperaba.

—Sí, ya lo sé. He estado muy bien trabajando contigo estas semanas, y cuando he pensado que quizá lo hacías sólo porque era tu trabajo, me he indignado. Me he sentido... —¿Celoso...? —, no sé, traicionado. Enrabiado. Lo siento.

—Yo también he estado muy a gusto contigo. Tampoco te sientas tan mal. No es tan raro eso que dices. Alguna vez me lo han pedido, y quizá alguna vez lo he hecho ... Pero no esta vez. En absoluto —su mirada intensa, penetrante, fijada en mis ojos, me mostraba la profundidad de sus sentimientos. Me sentí turbado, incómodo —. Esta vez fui yo quien pidió participar y estar a tu lado. Y no precisamente porque estuviera especialmente interesada en el proyecto.

¿La situación se me estaba escapando de las manos? ¿Qué era aquello? ¿Se me estaba declarando? ¿O no? Mi intuición, mi arma infalible a la hora de tomar decisiones de tipo sentimental, estaba debilitada, anulada por el esfuerzo y el cansancio acumulados y no me servía de ayuda. Me sentía totalmente desconcertado. Mi confusión, aparte de ser total, también debía ser suficientemente visible, a juzgar por la sonrisa traviesa y divertida que se dibujaba en el rostro de Julia. Me centré en la pizza de beicon y setas, que empezaba a enfriarse, y en la cola, que se calentaba y reclamaba mi atención.

La conversación derivó hacia temas más mundanos (y menos delicados), hasta que llegó la hora prudente de retirarse. La acompañé a la puerta y nos acercamos para besarnos en la mejilla a modo de despedida. Pero en lugar de eso, sus labios se posaron en los míos. Fue un beso suave, tierno, casi robado, cogido por sorpresa.

—Joan me contó tu verdadero motivo para venir a trabajar a la empresa. Eres un encanto.

Entonces, aprovechándose de que me había quedado atónito, volvió a poner sus labios en los míos, sólo unos segundos, y se marchó.

Y aún estaba allí, de pie en la entrada de mi piso, con la puerta abierta, mirando al vacío, cuando el vecino del cuarto, que bajaba a tirar la basura, me saludó.

Sentencia

La mañana siguiente me levanté (bueno, de hecho, no llegué a conseguirlo) con fiebre. Y el próximo, y el otro también. Y todavía estaba convaleciente en la cama cuando se hizo la presentación de los proyectos.

Como esperábamos, los otros equipos tropezaron con el problema de la visualización. Uno de ellos, el grupo en el que participaba Ferrán, lo descubrió pocos días antes del *deadline* y habían aplicado una solución de compromiso. El otro equipo, simplemente, o no lo había visto o no lo había querido ver. La solución aportada por nosotros fue decisiva en la resolución de la selección.

El grupo de Joan y compañía recibió el encargo de dirigir la propuesta y el proyecto, en caso de que se aprobara. El equipo ganador podía aprovechar las ideas que los demás habían desarrollado y pedir su colaboración.

Pero para mí todo aquello quedaba muy lejos, tumbado en mi lecho de convaleciente, bien griposo y rodeado de pañuelos usados.

Julia. *Affettuoso*

Para Julia no era fácil empezar una nueva relación. Después del último desengaño, su tolerancia al fracaso estaba bajo mínimos. No quería precipitarse, sino que necesitaba que nuestra relación surgiera paso a paso, sin prisas, sin forzar la situación. De este modo, nuestro vínculo avanzaba tan lentamente que no se podía distinguir a simple vista ni que se moviera.

Había otros aspectos a los que debía prestar atención. En los últimos meses, casi se podían contar con los dedos de la mano las veces que había estado con Lilian. Así que recuperé el hábito de verla cada fin de semana. Julia me acompañaba siempre que podía. Entonces íbamos en su coche. Esto hacía más fácil desplazarse y que las distancias fueran más cortas.

Mi situación personal se había estabilizado mucho en los últimos meses. Tenía un trabajo (uno y medio, vaya) estable y razonablemente bien pagado, que me satisfacía, y había iniciado un vínculo sentimental con una persona a la que amaba y admiraba profundamente. Empecé a pensar que quizás ya se acercaba el momento en que mi hija pudiera volver a vivir conmigo.

Nidito de amor

1998—1999

Aún pasó casi un año antes de que Julia y yo fuésemos a vivir juntos, y unos cuantos meses antes de que estabilizásemos nuestra situación y pudiera considerar oportuno plantearle el tema de Lilian. Pero no tuve ocasión. Cuando me parecía que el momento adecuado había llegado y pensaba cómo sacar el tema, Julia se adelantó y fue ella quien me lo propuso.

Vivíamos en un apartamento en Sant Cugat, la misma población donde trabajábamos. En el momento de escoger el piso, tanto ella como yo habíamos tenido en cuenta (aunque no lo habíamos compartido) la proximidad a una escuela y que dispusiera de habitaciones suficientes por si la niña se alojaba con nosotros.

Lilian cursaba entonces segundo de ciclo inicial de primaria. Cambiar de escuela entonces podía suponer para ella un trastorno, pero cuanto más lo retrasáramos, peor.

Al finalizar el curso escolar se lo planteamos. Le encantó la perspectiva de venir a vivir con nosotros. Hicimos el traslado de sus pertenencias y se despidió de los abuelos, tras dos años de convivir con ellos. La despedida fue emotiva, y ni siquiera mi padre pudo evitar las lágrimas.

El verano fue perfecto. Pasamos nuestras vacaciones con Lilian y, durante los períodos que teníamos que trabajar, buscamos una chica que se hiciera cargo de ella y la acompañara a la piscina, al parque, a la biblioteca, al casal de verano, etc.

Luego, en septiembre, se incorporó al colegio del barrio, donde le habíamos reservado plaza el curso anterior. Hablamos

con la directora, con el jefe de estudios y con su tutora, y nos comentaron el plan de acogida para los recién llegados.

Sant Cugat es una ciudad de unos cincuenta mil habitantes, situada dentro del área de influencia metropolitana de la ciudad de Barcelona. A pesar de ello, y del fuerte crecimiento de los últimos años, ha conseguido mantener el calor de pueblo y ha evitado convertirse en una ciudad dormitorio.

La vida cultural en el interior del municipio es rica e intensa, y cuenta con una altísima participación. Y la escuela se integra plenamente en esta activa vida cultural.

Estos factores y un plan pedagógico progresista y moderno nos hacían sentir satisfechos y llenos de expectativas para el futuro de Lilian.

Con mi hija viviendo de nuevo conmigo, el tema de su educación resuelto, instalados en el nuevo apartamento, con una maravillosa pareja estable y trabajo fijo y agradable, sentía que por fin podía relajarme y disfrutar del momento: de Lilian, de mi trabajo, de Julia ...

Septiembre llevó nuevos retos a la empresa, proyectos flamantes que me permitían desplegar todo mi potencial. Graduándome, claro, porque me había quedado suficientemente claro la última vez que mi resistencia tenía un límite, y también que tenía responsabilidades familiares. Así, cada día sin excepción estaba en la puerta de la escuela cuando Lilian salía, para acompañarla a las actividades extraescolares o al parque. Luego, por la noche, desde casa, completaba mi jornada realizando las ilustraciones que me pedía la editorial.

La convivencia es difícil. Siempre hay aspectos que hay que limar, puntos en los que ceder y costumbres a las que adaptarse.

Pero dejando de lado pequeños y puntuales conflictos, el ambiente en nuestro hogar era extraordinariamente agradable y relajado. La vida fluía y yo me sentía plenamente satisfecho. Cada día era para mí un regalo. En el ámbito profesional y en el personal.

Debería haber supuesto que un nirvana como aquel no podía durar eternamente ...

Al finalizar el segundo trimestre, fui a la escuela a recoger el boletín de mi hija. En la entrega, la tutora mantenía una pequeña entrevista con los padres, para explicar en persona y de manera individualizada la información que constaba en él. Ésta me citó a última hora de clase. Pedí permiso en el trabajo y marché un poco antes. Me gustaban aquellas reuniones. Lilian era encantadora y siempre recibía felicitaciones y cumplimientos... de lo buena niña que era, de cómo era de aplicada, de cuánto ayudaba a sus compañeros... Mientras la niña vivió con mis padres, fue mi madre quien asistía a la mayoría de las reuniones con las tutoras de Lilian. Pero ahora ya podía ir yo a todas estas reuniones, y recibir los elogios que mi hija se ganaba.

Pero hoy su tutora, normalmente bromista y alegre, me esperaba con el rostro serio y una actitud distante. Me hizo pasar y me invitó a sentarme en una de las sillas de los niños (a esa hora, las criaturas tenían gimnasia y no estaban en clase). Ella se sentó a mi lado y desplegó el boletín de Lilian sobre la mesa que teníamos delante.

Desde el despliegue de la LOGSE, los boletines de los niños de primaria habían perdido los números, y la evaluación se reducía a un PA (progresó adecuadamente) o a un NM (necesita mejorar). Para obtener más información, había que ir a las observaciones. Pero en aquella hoja, en el apartado de actitud, por

primera vez en la corta carrera académica de mi hija, había muchos NM. Miré sorprendido y extrañado la tutora.

—El comportamiento de Lilian es insostenible. Conmigo más o menos se comporta, pero los especialistas no pueden con ella. Sobre todo la de música. Le boicotea las clases y, este tercer trimestre, hay que preparar la representación de fin de curso. Con una niña así no se puede trabajar. Hay que tomar medidas.

—Pero... ¿desde cuándo pasa esto? —Estaba atónito. No podía estar hablando de mi hija. Era una niña superresponsable. En su anterior escuela, la del pueblo, ayudaba a la profesora, se implicaba en las tareas de clase, se interesaba por todo lo que se trabajaba en el colegio ... Lo captaba todo a la primera y cuando terminaba su trabajo, ayudaba a sus compañeros, sobre todo a los más pequeños (la escuela del pueblo es rural, donde alumnos de diferentes edades comparten aula).

—Desde el principio. Primero causó problemas a la de inglés. Luego, se las tuvo con el jefe de estudios en el aula de informática. Ahora con la de música. Es un continuo.

—¿Desde el principio? Pero en la reunión del primer trimestre no me comentaste nada ...

—Porque pensábamos que era por la adaptación, el cambio de colegio y de pueblo, y que era mejor no darle más importancia. Pero ahora cada vez va a más y hay que cortarlo ya.

—No lo entiendo. Lilian nunca había tenido problemas de este tipo.

—Esto no es una escuela de pueblo, donde las criaturas entran, salen y hacen lo que les da la gana. Este colegio tiene dos líneas. Tenemos más de quinientos alumnos. O colaboramos

todos, o no hay quien lo soporte. Es necesario un mínimo de disciplina y de respeto, y ella no tiene ni lo uno ni lo otro.

—Pero ...

—Nosotros tenemos nuestro trabajo. Pero usted también tiene el suyo y nadie lo puede hacer por usted.— ¿y por qué me hablaba de usted ahora, si nos habíamos tuteado desde el primer día?

—Hablaré con ella. Yo ...

—Desde la escuela pensamos que debería ver a un psicólogo. Es posible que tenga algún trastorno de conducta.

—¿Un psicólogo? ¿Pero quieres, ejem ..., quiere decir?

—Si su hija tiene un trastorno de este tipo, cuanto más tiempo pase sin tratamiento, peor. La del EAP ya se ha entrevistado con la niña y no descarta ninguna posibilidad. Si lo desea, podemos mirar que la visite el psicólogo del centro.

—Hablaré con ella y con mi pareja. No tenía ni idea ... Intentaremos resolver esta situación—estaba totalmente desconcertado. No me había imaginado, ni se me había pasado por la cabeza, que Lilian tuviera problemas en el colegio. Necesitaba reflexionar. Me incliné para levantarme, pero la reunión no había terminado aún ...

—Hay más ... —Más ¿Qué es más? ¿Qué más puede haber?

—¿Sí?

—Ha protagonizado varias peleas con sus compañeras. Las niñas de esta edad y las más grandes, normalmente discuten verbalmente. Pero Lilian no. Ella les golpea. Hemos tenido que-

jas de padres. Supongo que esto debe ser normal allí en las montañas, pero aquí no.

—¡Oh! —Propio de mi hija. Ya apuntaba maneras de pequeña—. Allí en las montañas también estamos civilizados. Además, ella pasó los primeros cinco años de su vida en una ciudad.

—En Ámsterdam, ¿no? —Y no había que tener poderes paranormales para saber qué insinuaba. De prejuicio en prejuicio y tiro por vicio.

— ... —Me mantuve en silencio. Preferí no responder...

—Algunas niñas se han unido a ella y están copiando su mal comportamiento. Hemos detectado principios de *bullying* sobre otros compañeros. Y eso no lo permitiremos.

Al final, el tema de los NM no había sido lo peor. Había habido mucho más. No sólo habían catalogado a mi hija de elemento peligroso, a medio camino entre el gánster y la terrorista, sino que también me habían descalificado como padre, así, en un pispás. Y por si fuera poco, lo del trastorno de conducta. Y por no hablar de los prejuicios que había soltado la colega.

Había sido un jarro de agua fría. No. Un bidón lleno de cubitos de hielo, lo que me acababa de caer encima. De repente, había pasado del paraíso al infierno, en vuelo directo, sin escalas.

Recogí a Lilian a las cinco y fuimos directamente a casa. Le hice saltarse la clase de inglés (y dejar tiradas a dos amigas suyas con las que había quedado). Al llegar a casa nos sentamos en el comedor y le expliqué todo lo que me había comentado su tutora. Se quedó de piedra, con la boca abierta, sin saber qué decirme.

—¿Es verdad? ¿Es cierto todo esto? —Mi voz era acusadora, amenazadora. Mi disgusto y mi desconcierto iniciales se habían convertido en enojo y rabia. Y cuanto más tiempo pasaba, más se focalizaba mi indignación sobre estas emociones.

La niña me miraba asustada. Nunca me había visto enfadado. Nunca le había gritado. Una lágrima le resbalaba por la mejilla.

—Papa ...

—Déjate de “papas”. ¿Es verdad que te has peleado con otras niñas?

—Me insultaban. Me decían que ...

—¡No es eso lo que te he preguntado! —le grité— ¿Y es cierto también que le haces la vida imposible a la de música?

—Es que me trata mal. A mí y a los que ...

—¡No te he preguntado eso! —le repetí con brusquedad.

— ... no sabemos tocar instrumentos —y se marchó corriendo hacia su dormitorio, llorando desconsoladamente.

Lilian todavía sollozaba en su habitación cuando llegó Julia. Yo contemplaba a través de la ventana las nubes de lluvia que se formaban hacia el norte, mientras intentaba poner en orden mis pensamientos.

—¿Qué ha pasado? —Me preguntó, sólo entrar en el apartamento. Porque era evidente que había sucedido algo. Le pasé el boletín y le expliqué la entrevista.

Julia me escuchó en silencio. Cuando terminé de explicárselo, me embalé con quejas y exabruptos. Entonces ella puso su dedo

en mis labios, en signo de silencio. Callé, sorprendido por su acción. Me acarició la mejilla con la otra mano y me dio un beso en cada ojo. Luego, se levantó y se fue a ver a la niña.

Una hora más tarde todavía no había salido nadie de la habitación de Lilian. Me cansé de mirar el recipiente con la rosa del desierto que teníamos sobre la mesa y me fui a dormir.

Julia durmió con la pequeña esa noche. Al día siguiente, en el trabajo, a la hora del desayuno, me vino a buscar.

—La profesora de música sólo presta atención a los que saben tocar instrumentos y deja al resto de lado.

—Algo me comentó —le contesté sin mucha emoción, mientras a mi mente volvían algunas imágenes de la discusión del día anterior.

—Al principio los otros niños le daban mucho la lata. Pero no le importaba. Hasta que un día una niña se metió con su madre.

—Judit ...

—Que está muerta ...

—Sí, ya lo sé. — le dije, con cínica ironía.

—Eh, ¿te lo explico o no?

—Perdona ...

—Y le pegó una buena paliza. Desde entonces la han dejado bastante en paz.

—¿Sólo se ha peleado una vez?

—Alguna más. Pero así, fuerte, sólo aquella.

—¿Y con la de inglés?

—Se ve que Lilian un día la corrigió y desde entonces, se la tiene jurada.

—¿Qué le corrigió?

—Un ejercicio del libro. La profesora dijo que debían dibujar un elefante. Pero en el libro ponía que debían dibujar un animal cualquiera. Y ella se lo dijo.

—¿Y ...?

—La echó de clase ...

—Vaya mierda ...

—Sí.

—¿Y por qué no nos lo contó?

—No le dio importancia. No nos quería molestar. Pensó que lo podría controlar.

—¿Y su grupo de «matones»? ¿Y el niño que acosan?

—No hay ningún grupo de «matones». Se ha ido haciendo amiga de las niñas que iban más «colgadas», y como ahora ella es la más fuerte de la clase, se ha girado la tortilla.

—¿Y el niño del *bullying*?

—Se ve que éste le tocó el culo a la Lilian. Ella le dio un bofetón y le montó un buen numerito.

—¡Ah! ¿Y eso es acoso?

—Es el sobrino de la directora ...

—Vaya mierda ...

—Tu hija está muy dolida.

—No me extraña. Quizás hoy no debería haber ido a la escuela.

—Contigo ... Está dolida contigo. Dice que no le dejaste hablar. Que le gritaste. Que nunca te había visto así, que no le gusta y que no es justo.

—La vida no es justa.

—Pero ella no tiene la culpa.

—Aquella mujer me sacó de quicio. Fue horrible todo lo que me vomitó encima. Me dijo que lo había hecho fatal como padre. Bueno, no con esas palabras, pero lo insinué. Y que a la niña le falta disciplina y respeto.

—Y tú te la creíste ...

—Es su tutora, ¿no? Se supone que me he de fiar.

—¿Y a tu hija? ¿Tienes que confiar en ella o no? —No tengo respuesta para esto. Me quedé mirando hacia la puerta de la cafetería con la mirada perdida durante unos segundos.

—Y con lo del trastorno, ¿qué hacemos?

—¿Qué trastorno?

—El de conducta. Decía que la del EAP no lo descarta.

—¿Tu hija tiene un desorden?

—No lo sé, pero me explicó que si hay uno, se debe tratar cuanto antes.

—¿Con pastillas?

—No sé a qué te refieres...

—Es igual. Tengo un amigo que es psicoterapeuta. Es argentino. Ha trabajado bastante con niños. Llévala a él. No le hará daño.

—¿Qué quieres decir que no le hará daño?

—Nada. Ten. Ésta es su tarjeta. Lilian está muy afligida contigo, pero le expliqué la situación y lo entiende. Tu hija te quiere mucho. Y te ha puesto sobre un pedestal. Eres su ídolo. Aunque ayer me parece que perdiste unos cuantos puntos.

Jorge, el amigo psicoterapeuta de Julia, era un tipo realmente intenso. Podía mostrar una actividad devoradora en un momento y, al siguiente, comportarse como un oso perezoso. Invadía sin escrúpulos ni miramientos mi espacio vital, cuando así lo consideraba necesario, y disparaba las preguntas más acuciantes sin preámbulos ni falsas cortesías.

Me hizo sentir incómodo (muy incómodo) la primera vez que fui a verlo, pero extrañamente, me sentí mucho más relajado las siguientes. Sentía que podía confiar en él plenamente. Y Lilian también opinaba lo mismo.

Para Jorge no existía la terapia infantil. Si quería que se mirara la niña, también me tenía que examinar a mí. «Formáis parte del mismo sistema», decía.

A veces participábamos los dos en las sesiones y, en otras ocasiones, o bien ella o bien yo.

Personalmente no observaba resultados de la terapia que estábamos llevando a cabo, como mínimo desde los parámetros tradicionales de mi punto de vista. Pero por lo menos ayudó a calmar las cosas en la escuela. «¿Lilian ya está en tratamiento?». «Sí, sí. Está siguiendo un tratamiento ». «Ah, muy bien, muy bien. Ya se nota. Ahora se la ve más calmada».

A Jorge le gustaba expresar respecto de su terapia: *“Si quieres saber por qué te encuentras enfermo, busca un psicoanalista. Si lo que quieres es que parezca que tiene encuentras mejor, lo más conveniente es un conductista. Ah, pero si lo que quieres es simplemente arreglar lo que no funciona y cerrar temas, entonces estás en el sitio adecuado ».*

Le hablé del tema del trastorno de Lilian y le pedí su opinión.

—Trastorno de conducta, ¿no? ¿El negativista desafiante, quizás?

—Sí. Ese decían.

—¿Y cuándo le pasa esto? ¿En casa?

—No, no, Solo en el ...

—¿Cuando juega con sus amigos en el parque?

—No, que va. Sólo lo han...

—¿Y cuando va a ver a los abuelitos? ¿Muestra ese desorden?

—¿Eh? ¿Con los abuelos? No, no. Con Ellos, no. Ya te digo. Sólo ...

—Y en el cole de tu pueblo, ¿qué? ¿Allí también presentaba los mismos síntomas?

—Oh, no. Allí era muy buena estudiante. Es sólo aquí. En el cole al que va ahora.

—¡Ah! Vaya, vaya... —respondió Jorge, lentamente, como reflexionando en voz alta sobre lo que acababa de oír.

Y, de repente, tuve muy claro qué era lo que tenía que hacer.

El regreso a casa. Otra vez

Llevábamos poco más de un año viviendo en ese piso y ya la abandonábamos. Volvía al pueblo de mis padres, con Lilian, que iría a la escuela donde no tenía trastornos de conducta ni de ningún tipo. Julia volvía con su madre, la señora Carmen, y con su padre, el señor Ernesto. No era una ruptura. Pero sí estaba claro que a partir de entonces no nos veríamos tanto. En cualquier caso, teníamos algunos planes en perspectiva ...

Volvía al pueblo de mis padres, pero esta vez con trabajo. Mantenía las tareas de la editorial, que ya hacía tiempo que realizaba a distancia, y había conseguido que la constructora también me permitiera hacer lo mismo. A partir de ahí, la idea era llevar a cabo alguna acción promocional y buscar un poco más de clientela a quien poder ofrecer mis servicios.

Para trabajar disponía de un Macintosh recién salido del horno, financiado por la constructora, y de una rudimentaria conexión a Internet vía módem. Para todo lo demás, utilizábamos la mensajería. Un amigo de mi padre que tenía una empresa de este ámbito en la ronda Moreta de Berga me hacía precios interesantes en los envíos.

Lilian no terminó el curso en la escuela de doble línea. A mediados de mayo se reincorporaba, más contenta que unas pascuas, al colegio rural del pueblo y se reencontraba con sus compañeros.

Por mi parte, después de tantos años, redescubría de nuevo mi pueblo. Trabajar a distancia tiene sus ventajas, y una de ellas es que soy yo quien establezco mi horario. Así, cada día decidía a qué hora trabajaba. Y si el día era claro y soleado, postergaba el momento laboral y salía a pasear y a explorar los alrededores.

A menudo me preparaba la mochila con un bocadillo y un par de cervezas y marchaba a recorrer los caminos de montaña entre Malanyeu, Vilada y La Nou, o me acercaba a Saldes, a Queralt o hacía algún trayecto en bicicleta por la parte de L'Espunyola y Casserres o por el Lluçanès.

En aquellas excursiones recorría las ermitas del valle y visitaba los rincones más bonitos y emblemáticos de la comarca: el Pi de les Tres Branques, l'Alzina dels Colls, el Pont del Pedret..., y me sentía feliz de tener la oportunidad de hacerlo. A menudo recordaba a Lilian y lamentaba que no pudiera acompañarme. Pero tenía que ir a la escuela y, por ahora, no se puede estar en dos lugares a la vez.

Sea como sea, para mí estaba claro que ya había tenido suficiente de civilización, y que no volvería a vivir en la ciudad mientras hubiera alternativa. Y este fue mi planteamiento.

Julia, por las tareas que llevaba a cabo, no tenía la opción de trabajar a distancia. No quería renunciar a su trabajo, ni tampoco quería perderme. Llegamos a una solución de compromiso, con una relación de fines de semana y días esporádicos.

Pero su reloj biológico se había puesto en marcha. Sin quererlo, pero tampoco sin procurar evitarlo, se quedó embarazada.

Mientras su estado se lo permitió, continuó trabajando y viviendo en casa de su madre. Mientras tanto, buscamos un piso de alquiler en el pueblo.

Cuando su embarazo avanzó, Julia pidió una excedencia de dos años en el trabajo. Luego, cuando llegara el momento de reincorporarse, ya veríamos qué hacíamos.

Y nació Xavier. Prematuro, con la cabeza pelada, de pulmones poderosos y muchas exigencias. Los primeros meses fueron duros, sobre todo para ella. El parto la había dejado agotada y el bebé no dormía dos horas seguidas.

De todas formas, en ese momento Julia tampoco tenía otra preocupación, aparte de cuidar a su hijo. Mi madre, Lilian y yo nos encargábamos de todas las tareas del hogar, y colaborábamos en todos los cuidados de Xavier en los que no era imprescindible la participación de su madre. Pero el cambio de ritmo, pasar de la actividad frenética a aquella pasividad contemplativa, del dinamismo y las urgencias de la ciudad al estatismo y la rutina del pueblo rural, hacía que se sintiera como si le faltara el aire.

Entre todos intentamos hacer su estancia más agradable pero, en el fondo, sabíamos que sólo sería eso: una estancia temporal. Pasaron los dos años, más rápidos para mí, más lentos para ella. Un día, se levantó temprano, preparó sus maletas, se arregló, nos dio un beso a cada uno y se fue a trabajar.

Volvimos a la relación de fines de semana. Entre semana, Julia bajaba al área metropolitana a trabajar, y los fines de semana y en vacaciones venía al pueblo a estar con su familia. No era la solución ideal, en absoluto, pero era una organización que nos satisfacía a los dos. Manteníamos nuestra relación, continuábamos teniéndonos el uno al otro, y también podíamos seguir llevando la vida que nos apetecía tener.

Xavier va a la escuela

En los últimos años, la población se había incrementado sensiblemente en el pueblo y, cuando Xavier comenzó primaria, la escuela ya no era rural, sino un centro de una línea con casi ciento cincuenta alumnos.

La relación entre Julia y yo se había ido enfriando, afectada por la distancia y el tiempo de separación. Últimamente había vuelto a aceptar proyectos que le obligaban a marchar al extranjero. A pesar de ello, prácticamente todos los días hablaba con Xavier por teléfono o mediante algún programa de mensajería electrónica o de videoconferencia por ordenador.

Lilian, una adolescente ya por aquel entonces, conoció a Anaís y a Rudolph en el instituto. Rudolph la enganchó al mundo de la informática y se matricularon ambos en un grado formativo de este ámbito en Manresa. Anaís también fue a ese mismo instituto a estudiar, en su caso, un grado formativo de diseño gráfico.

Por mi parte, disfrutaba haciendo de padre y ayudando a mis hijos en las tareas escolares y en su educación. Había incrementado mi cartera de clientes y también había especializado mis servicios. Dos o tres veces al mes, mis responsabilidades profesionales requerían que tuviera que desplazarme a Barcelona o a Sant Cugat. Bajaba por la mañana, visitaba a algunos de mis clientes y, si procedía, iba a ver a Julia y pasaba la noche con ella. El resto del tiempo, podía permanecer en el pueblo; trabajaba en mi ordenador desde casa, colaboraba con mis padres en las tareas del hogar y del huerto, compartía el tiempo con mis hijos y gozaba del increíble entorno natural que el Berguedà me proporcionaba.

ANTEAYER

Enviarme a Ámsterdam a estudiar Bellas Artes supuso un esfuerzo económico muy grande para mi familia. Pero mis cualidades para el dibujo se habían puesto de manifiesto muy pronto, y todos los profesores y profesoras que había tenido las habían destacado. Cursé secundaria en un instituto privado especializado en la potenciación de las habilidades artísticas. Uno de mis tutores insistió elocuentemente a mis padres de la conveniencia de continuar mis estudios en una universidad de nivel, y les recomendó la de Ámsterdam. Desde el instituto se tramitaron las diferentes solicitudes de becas y la inscripción en la facultad. Una vez superada la prueba de acceso, me convertirme en un nuevo, flamante y orgulloso alumno de Bellas Artes de la Universiteit, lleno de expectativas y promesas.

Fue allí donde conocí a Judit. Es difícil describirla con palabras. Ha sido para mí la mujer más bella que he conocido nunca. Su cuerpo, proporcionado y atrayente, quedaba en un segundo plano en comparación con su rostro. Mandíbula marcada, labios perfilados y unos ojos profundos en los que perderse.

Judit nunca se maquillaba, ni tampoco era puntillosa con su ropa. Utilizaba una indumentaria cómoda y sencilla, con un estilo entre *hippy* y rural. Pero su belleza era tan extraordinaria que no necesitaba ningún accesorio. Era alta, casi tanto como yo, de piernas largas y bien formadas. Mantenía un tipo perfecto, prácticamente de deportista, sin que ello le costara ningún esfuerzo aparente. Podría perfectamente haber hecho de modelo, de eso o de lo que hubiese querido. Y lo que deseaba era pintar y dibujar. Como yo ...

Llevaba su belleza con sencillez, humildad e incluso a veces, con resignación.

El hecho de que ambos fuéramos extranjeros (ella era francesa) ayudó a que nos acercásemos el uno al otro. Enseguida conectamos. No sólo era irresistiblemente atractiva. También era inteligente y muy sensible. Y, asimismo, hasta cierto punto, bastante introvertida. Con los demás compañeros y compañeras de clase mantenía las distancias e interactuaba sólo lo mínimo e indispensable. Pero conmigo se sentía cómoda y confiada. Y yo con ella. Era como si ambos formáramos un universo paralelo, un mundo aparte, separado del resto de personas que nos rodeaban.

Judit era muy consciente de su belleza. Que no hiciera ostentación no quería decir que no tuviera presente su aspecto. En cierto modo, se consideraba especial por este motivo. Y a mí también me consideraba especial, quizás la única persona que podía entrar en su mundo exclusivo.

La línea que separa la amistad de la relación sentimental se difuminó entre nosotros, hasta que la superamos claramente y nos convertimos en pareja. Pero no en una cualquiera. Nos considerábamos «la pareja», la única real, basada en un amor sincero

y profundo, que iba más allá del alcance del resto de los mortales. En cierto modo nos sentíamos como si nuestras vidas estuvieran predeterminadas y que lo que había pasado hasta entonces no era más que el guión de una historia escrita, con un punto culminante en nuestra unión, que todavía nos tenía que deparar grandes cosas, tan especiales y verdaderas como nuestro amor.

Por eso no nos angustiamos cuando ella se quedó en estado. Lo consideramos un paso más dentro de este plan infinito.

Fuimos a vivir juntos en un pequeño apartamento de una sola habitación. Nuestros recursos económicos eran más bien escasos, pero teníamos total confianza en nosotros mismos y en nuestro futuro.

Cuando se acercó el momento del parto, nos desplazamos a Francia, a casa de sus padres, por la asistencia médica, pero una vez nació la criatura (Lilian) volvimos a Ámsterdam para seguir con nuestros estudios. Nuestras únicas fuentes de ingresos eran las becas y las aportaciones de nuestros progenitores, que por cierto no entendían nada de lo que estábamos haciendo y se escandalizaban, tanto los suyos como los míos, por haber traído una criatura en este mundo, cuando todavía no habíamos ni terminado nuestra formación. Pero nosotros no veíamos ningún inconveniente. Y, de hecho, nos iba bastante bien. Judit perdió casi todo un curso, con el parto y la lactancia, pero cuando Lilian ya fue suficientemente grande, la llevábamos durante el día con una señora del barrio que se dedicaba a cuidar bebés, como una especie de guardería casera.

Nuestro apartamento estaba en un edificio donde vivían otros estudiantes. Lilian se convirtió en la princesa del vecindario, y nunca tuvimos problemas para encontrar a alguien que se

hiciera cargo, si era necesario. Judit reanudó con renovadas fuerzas sus estudios. Era una mujer de una gran capacidad de trabajo y de lucha. Llevaba a cabo su formación, cuidaba a su hija, se encargaba de parte del trabajo del hogar y había empezado a trabajar algunas horas para contribuir a la maltrecha economía familiar. Yo también había encontrado un trabajo de fin de semana en un bar del centro. Así, sin vivir en la abundancia, sí que podíamos llevar una vida mínimamente digna, sin tener que terminar de expoliar nuestros padres.

Los conflictos comenzaron cuando acabamos la carrera. Judit buscó un trabajo mejor pagado, pero que requería más dedicación. En ese momento su prioridad era su hija, cuidarla, amarla y satisfacer sus necesidades de la mejor manera posible. El empleo de entonces no tenía nada que ver con los estudios que acababa de cursar, pero eso no parecía importarle. La pintura y el dibujo se habían trasladado de ser el objetivo primordial de su vida a ser poco más que un *hobby*.

Yo, por mi parte, no me sentía preparado todavía para enfrentarme al mundo real, ni tampoco quería prescindir de la esperanza, de la expectativa de trabajar, de ganarme la vida con la ilustración y los cuadros . Una vez terminada la carrera, me reenganché en diferentes cursos y postgrados. Ya hacía tiempo que había dejado el trabajo en el bar y, ahora, mis únicos ingresos (aparte del dinero que me pasaban mis padres) eran los que obtenía dando clases a otros estudiantes o con alguna colaboración puntual para la Universidad .

A todo esto se añadía que Judit ya había terminado su formación, ya había completado lo que había venido a hacer a Ámsterdam y quería volver a su casa, con sus padres y la gente que conocía.

Comenzaron las discusiones, las recriminaciones y las acusaciones. Después de cinco años de una relación maravillosa y fantástica, ahora todo se derrumbaba a nuestro alrededor. Nuestras prioridades en ese momento eran diferentes y hablábamos lenguajes distintos.

Nos separamos. Y ella habría vuelto a Francia, si no hubiera sido por la rotundidad de Lilian a negarse a separarse de mí. «¿Quién cuidará de papá si yo no estoy?» decía. Esto fue un duro golpe para Judit. Me fui del piso que compartíamos y la niña vino conmigo. Fuimos a un apartamento cercano, a unos escasos doscientos metros del anterior, donde había una habitación libre, y nos instalamos. Cada mañana, Judit recogía a Lilian y la llevaba a la escuela infantil a la que asistía por aquel entonces, antes de ir a trabajar. Normalmente lo hacía ella, porque yo no disponía de carnet ni de coche. Y también era la forma que tenía de ver a la pequeña cada día.

Una mañana, cuando Judit vino a buscar a Lilian, me sorprendí mirándola con intensidad. Por primera vez en bastantes meses mi obcecación se apartaba a un lado y me permitía volver a ver a la mujer de quien me había enamorado. La profundidad de su mirada, su belleza extraordinaria, la suavidad de sus movimientos. Y me pregunté en qué había estado pensando todo ese tiempo para no darme cuenta de cuánto la quería. Ella notó mi mirada y se giró hacia mí, mientras acababa de ponerle la chaqueta a Lilian.

—¿Qué pasa?

—Nada. Sólo te observaba.

Como respuesta, sonrió. Una sonrisa celestial, encantadora, que todo lo perdonaba y a la que todo se le perdonaba.

Se fueron y yo me quedé allí, con una palabra de reconciliación colgando de los labios.

Por mucho que lo intentara, no era capaz de encontrar ninguna causa ni excusa suficientemente grave como para justificar las barreras que habíamos levantado entre nosotros.

En ese momento vi claro que ella era lo único que me importaba y que deseaba intensamente estar a su lado, mirarme en sus ojos, sentir el olor de sus cabellos, notar el calor de su piel, captar el latido de su corazón. Su imagen, su sonrisa, aún flotaba ante mis ojos. De hecho, todavía hoy, diecisiete años después, puedo ver claramente su rostro cuando cierro los ojos.

Me debatía internamente entre mi orgullo y el reconocimiento de cuánto amaba a la madre de mi hija. Y, finalmente, mi amor propio cayó de rodillas y me dirigí al teléfono para llamarla a su trabajo y confesarle, directamente y sin rodeos, cómo la quería, cuánto la necesitaba y la deseaba, y lo absurdo que era estar separados, cuando entre nosotros existía un amor tan grande.

En ese instante sonó el teléfono. Un escalofrío helado recorrió mi espalda. Estaba a medio camino del aparato cuando éste sonó, como anticipándose a mis intenciones. Descolgué el auricular y contesté. La voz al otro lado de la línea hablaba un holandés muy cerrado, un factor que añadido a las interferencias de la línea hizo que no entendiera ni una de las palabras que escuchaba.

No entendí las palabras, pero sí capté el sentido global de lo que estaba oyendo. Y lo que me decía era que ya no tendría oportunidad de hacer saber a Judit todo lo que sentía por ella.

Según supe más tarde, el accidente se produjo cuando Judit se dirigía a su trabajo, después de dejar a Lilian en la escuela infantil, y se encontraba ya cerca del polígono donde estaban las oficinas de la empresa para la que trabajaba. En una de las incorporaciones a la vía principal, su vehículo quedó situado en el ángulo ciego en un camión, que invadió su trayectoria, arrollándola y aplastando la cabina del coche con la caja . La muerte fue inmediata.

El cuerpo fue repatriado a Francia. Como en un sueño, empaqueté nuestras pocas pertenencias, arreglé los diferentes temas burocráticos que había que resolver, recogí a Lilian de la escuela y nos fuimos a casa de los padres de Judit.

Sus padres vivían en un pueblo cerca de Nancy. Tenían unos sesenta años y ella era su única hija. Su muerte los había destrozado.

El sepelio fue recogido, emotivo y triste. Sobre todo triste. Incluso el tiempo parecía haberse puesto de luto, con un cielo nublado y una fina llovizna.

No podía quitarme la imagen de Judit de la cabeza, su sonrisa sincera y bondadosa, que me saludaba desde el más allá.

Nos quedamos algunos días (de hecho casi dos semanas) en casa de sus padres, retroalimentándonos con nuestra propia tristeza y conmiseración. Yo a duras penas parloteaba el francés y ellos no entendían ninguna otra lengua que no fuera la suya, pero no necesitábamos ningún lenguaje para compartir nuestras emociones y sentimientos. Nuestras emociones de aflicción y nuestros sentimientos de pérdida.

Me sentía totalmente desorientado, asustado, solo. Echaba de menos muchísimo a Judit, y estar con aquella gente que eran

sus padres, en aquella casa que había sido la suya, en aquel país que era donde había nacido, me hacía sentir cerca de ella. Estaba enganchado a su recuerdo, me resistía a dejarla marchar, a aceptar su muerte. Pasaba los días recorriendo los lugares en los que ella había vivido, y por las noches miraba sus fotografías, hojeaba sus libros, visitaba la que había sido su habitación, en la que aún estaba su ropa y otras cosas suyas.

Una mañana, mientras me entretenía jugando con los muñecos de peluche que habían sido una vez su compañía de juego, Lilian se acercó y me tocó el brazo.

—Papá, es hora de irse.

El contacto de su manita y el sonido de su voz me arrastraron fuera del ensimismamiento autocompasivo que me consumía. Fue como despertar de una pesadilla de oscuridad y de muerte, para descubrir que el mundo todavía existía, que el sol lucía y que había gente que me quería y a quien yo también amaba.

Nos despedimos de los padres de Judit, con abrazos y lágrimas en los ojos, preguntándonos si seríamos capaces alguna vez de dejar marchar su recuerdo.

Lilian y yo nos dirigimos hacia Badalona, donde unos compañeros de instituto tenían alquilado un piso de estudiantes en el que todavía quedaba una habitación disponible.

HOY

—No quiero ir a la escuela.

El Xavier de hoy no se parece demasiado al de hace unos años. Aquel niño miedoso, enclenque e infantil había dejado paso a un chaval delgado pero robusto, seguro de sí mismo y con las ideas muy claras.

—¿Perdona? —La paz cálida del hogar de aquella sobremesa de abril estaba a punto de romperse abruptamente. Desde el otro extremo de la mesa, Lilian miraba la escena con divertida expectativa. A sus 22 años, Lilian me recordaba cada vez más a su madre, aunque su complexión física era distinta, más robusta y de curvas más marcadas. Su belleza también era diferente, más salvaje y primigenia, pero sus ojos reflejaban la misma profundidad, el mismo halo de misterio.

—No quiero ir a la escuela.

—Sí, claro. Y yo no quiero ir a trabajar—el debate, la discusión, siempre y cuando sea respetuosa, es para mí una herramienta de aprendizaje impresionante. Por este motivo (y por

otros) nunca evito la confrontación dialéctica con mis hijos. Pero aquella vez me sentía incómodo con el tema. Como si no tuviera claro que dispusiera de todas las respuestas.

—Pero a ti te pagan. Y, además, tú no vas a trabajar. Lo haces desde casa— huy, se ponía interesante esta controversia. Intensa, intensa. Lilian nos prestaba toda su atención en ese momento.

—Por eso mismo. Si quieres que te paguen y que te dejen hacer tu trabajo desde casa, tienes que ir al cole y estudiar fuerte—no era el mejor argumento, pero no estaba mal.

—No veo la relación—como la de un juez salomónico, allí aparecía la voz de mi hija para mostrar las carencias de mi razonamiento.

—¿Tú no tenías que ir ya? —Le espeté.

—Me parece que me quedo un rato más—y me dirigió una sonrisa traviesa.

—No habrás sido tú la que le has metido esa idea en la cabeza, ¿verdad?

—Me ha cogido tan por sorpresa como a ti. Palabra—sí, por sorpresa quizá sí, pero que te estás divirtiendo, también.

—Yo tampoco veo la relación. Tú no aprendiste a dibujar en la escuela—replicó Xavier.

Interesante argumento. Pero, de hecho, sí había aprendido en el colegio, al menos en parte. En las largas clases de lengua, sociales o matemáticas, mi lápiz nunca estaba quieto, llenando de bocetos, caricaturas y garabatos mis cuadernos, libros y

mesas. Lo que no me quedaba muy claro era si aquello era un argumento a favor o en contra del tema en cuestión.

—Pero ¿por qué dices que no quieres ir a la escuela?

—Ejem ... —La juez de la contienda Lilian intervenía otra vez para indicar un nuevo error en mis planteamientos. Autores de *coaching* y otras modalidades de crecimiento personal consideran la pregunta «por qué» poco productiva, ya que lleva a la persona a justificarse, a volver al pasado en la búsqueda de las causas, a desviarse del tema central y limitar así las posibilidades de progresar en la discusión.

—Perdón. ¿Cuáles son los motivos que te llevan a afirmar que no quieres ir a la escuela? —Miré la Lilian, con expresión de «¿ahora sí?», Y ella me contestó con una sonrisa condescendiente y un ligero asentimiento de cabeza.

—Me aburro.

—Entonces el problema no es el cole, sino tu aburrimiento. Y es eso lo que deberíamos trabajar. Además, tampoco es tan malo. A menudo, de un rato de aburrimiento, surge una gran creación.

—Sí. Ya lo sé eso. Me lo has dicho muchas veces—ups ... —, pero en la escuela es un aburrimiento diferente. No es que no sepa qué hacer ... Es que no puedo hacer lo que me gustaría y no tengo ganas de hacer lo que me mandan. Y, al final, lo único que queda es esperar a que termine la hora—Xavier hizo una pausa antes de seguir—. Y las horas se me hacen interminables.

«Pues dibuja, hijo mío, dibuja ...»

—¿No encuentras interesante lo que explican los profesores?

—A veces lo que hacemos en clase es sencillo y aburrido, muy poco motivador. Otras, es muy difícil y frustrante, y otras, simplemente no sé ni de qué me están hablando.

Un buen argumento. Claro y bien estructurado. Difícil de rebatir.

—No siempre podemos hacer lo que queremos. Estás en una clase, con otros alumnos. Hay unas materias y los profesores han de tomar las decisiones que consideren más adecuadas para el buen funcionamiento del grupo.

—Por eso no quiero ir a la escuela—contundente. Buscábamos el origen de su tedio, y lo hemos encontrado en la estructura del aula y la manera de impartir las clases. Esto nos lleva de nuevo al punto inicial—. No es sólo eso. Son también los cambios constantes de asignaturas. Las pocas veces que he encontrado alguna tarea interesante, después he tenido que dejarla a medias porque se ha acabado la hora. «Cerrad el libro de matemáticas y abrid el de medio social». No lo he entendido nunca.

—Sí, eso sería mejorable ...

—A mí me gusta mucho leer. Y en la escuela no lo puedo hacer. Sólo cuando me castigan sin patio tengo un momento para leer lo que yo quiera.

—¿No te gusta ir al patio? —No es ningún secreto que a Xavier el fútbol no le dice nada y que ésta es la actividad exclusiva de los niños de su colegio a la hora del descanso. Pero de ahí a preferir quedarse en clase con un libro ...

—Sí, pero también me gusta leer. Y a veces, los juegos a los que puedo jugar tampoco me atraen mucho. Lo que haría sería leer en el patio. Pero no es posible, porque no se pueden sacar los libros fuera.

—¿Lo has hablado con la tutora, todo esto?

—Sí. Dice que también debemos aprender a esperar, a hacer cosas que no nos interesan y a esforzarnos. También dice que a la escuela no sólo se va para aprender contenidos. También vamos a socializarnos y a relacionarnos con los demás.

—¡Y tiene razón!

—Quizá sí, pero en clase no podemos hablar, no podemos elegir el lugar donde queremos sentarnos. Estamos sentados en filas, uno tras otro. No puedo estar con las personas que quiero y, muy a menudo, tengo que quedarme con personas con las que no quiero compartir casi nada.

—Pero puedes estar después o el fin de semana. Ya seguiremos hablando. Ahora es hora de ir a este lugar tan horrible. Son casi las tres—y me levanté de la mesa, dando la conversación por terminada. Xavier también se levantó. Recogió su plato de mesa, lo llevó a la cocina y fue a su habitación. Al cabo de un rato, sentí que se despedía y el ruido de la puerta al cerrarse.

—¿Qué piensas? —Me preguntó Lilian cuando nos quedamos solos.

—¿No tienes que ir a trabajar?

—Estoy esperando a Rudolph. Tiene que pasar a buscarme. Parece convencido.

—¿Quién? ¿Rudolph?

—No te hagas el tonto. Hablo de Xavier—a veces podía ser exasperante, inoperativa e, incluso, un poco ofensiva la confianza con que la Lilian me trataba, pero tenía la ventaja de que

podía estar seguro de que me decía las cosas tal y como las pensaba. Y esto puede ser una gran ayuda, sobre todo en según qué edades en las que la comunicación entre padres e hijos se vuelve complicada.

—No lo sé. Ha debido tener alguna historia en el colegio y ahora está cruzado. Ya sabes que su tolerancia al fracaso no es muy elevada.

—No me lo parece. Ya hace días que le da vueltas a este tema.

Ante las ausencias cada vez más prolongadas de Julia, totalmente volcada en su carrera profesional, Lilian había recogido el testigo y añadía a las funciones habituales de hermana mayor, (gruñona y tiquismiquis), algunas de maternales. Revisaba las idas y venidas de Xavier y cuidaba de su bienestar, sobre todo desde el punto de vista emocional. Con el tiempo se había convertido en su confidente y consejera, y a su intervención atribuía yo bastante más que una influencia casual en los cambios madurativos del niño en aquellos últimos años.

—¿Qué quieres decir?— le pregunté

—El otro día me confesaba que no entendía qué hacía en la escuela. No ve utilidad a lo que está estudiando. Y eso de tener que hacerlo a la fuerza, dice que le quita la poca gracia que puede tener.

—¿Y tú qué le contestaste?

—¿Qué querías que le contestara? En el instituto, cuando Rudolph y yo cursábamos el ciclo formativo de informática, íbamos a la nuestra en clase. Lo que los profesores explicaban, o era demasiado sencillo, o no nos interesaba nada. Y cuando

algún profe tocaba un tema que a nosotros nos parecía atractivo y empezábamos a profundizar un poco, la clase se perdía y se descolgaba. Al final llegamos a la conclusión de que aprenderíamos mucho más por nuestra cuenta que no allí sentados. Y así fue ...

—¿Y eso le has contado? —Exclamé. —Con contribuciones como ésta, poco ayudaremos a Xavier.

—Es mi vivencia y le he dicho tal cual. Que él saque sus propias conclusiones.

—Entonces, para ti, ¿la escuela no te ha servido de nada?

—¡No es eso lo que le he dicho! ¡Ahora estás pasando! Yo sólo le he expuesto que, a veces, puede ser que el colegio no responda a nuestras necesidades o que nosotros no seamos capaces de sacar provecho a lo que nos ofrecen las escuelas.

—¿Y qué quieres hacer entonces? ¿Que deje de ir?

—¿Pero qué ...? Yo no he dicho, eso—le había levantado la voz y me había puesto en tensión. Por un momento, evoqué una otra discusión que habíamos tenido, hacía más de quince años, cuando ella iba a la escuela de Sant Cugat. Y, en sus ojos, vi que ella también lo recordaba. Pero Lilian ya no era una niña pequeña a la que se pudiera acorralar. — ¿Qué pasa? ¿Ya no te acuerdas de la asertividad, el respeto y de todas estas teorías que nos explicas sobre el diálogo, la negociación y el debate?

—Veo que tú sí—me senté y respiré profundamente. Tenía razón. Había reaccionado como una bestia herida, a la defensiva ante una amenaza. Pero allí no había nadie que me atacara. Estiré mi mano hacia ella. Se me acercó, me la cogió y se sentó en mi regazo. Mi niña pequeña, que era ahora casi tan alta como

yo. La silla se quejó con un ligero crujido ante el peso que debía soportar. La besé en la mejilla y ella apoyó su cabeza en mi hombro.

El ruido del motor de un coche nos sacó de nuestro embelleso.

—¡Rudolph! ¡Me voy! —se levantó y me besó. Mientras marchaba, se volvió y me dijo: — Después continuamos la discusión. Y revisa el tema de la asertividad, ¿de acuerdo? ¡Hasta luego!—tomó sus cosas y salió.

—No quiero ir más a la escuela—vuelta a empezar. Otra vez la misma historia. Pero esta vez estaba preparado. Miré a Lilian, que ponía cara de despistada, y le envié una sonrisa confiada y algo maliciosa.

—No quieres ir más—escucha activa; repetición del enunciado para que el interlocutor tenga claro que lo has captado—. Los motivos ya los expusiste el otro día. Si no han cambiado, supongo que podemos saltarnos esta parte.

—Sí. Las razones son las que te dije, más o menos.

—Muy bien. Entonces, ahora, cambia la negación. Haz la oración en positivo. ¿Qué es lo que pides? Porque entiendo que es una petición, lo que hay detrás de tus palabras

Las negaciones nos hacen incidir aún más en lo que queremos evitar. Decimos: «No quiero fumar», y estamos pensando en esta acción. Si exponemos: «Quiero consumir únicamente productos que sean beneficiosos para mi organismo», nos estamos marcando el mismo objetivo (más o menos) y elimina-

mos el término «fumar» de nuestro discurso, evitando así que este concepto circule por nuestra mente y los diferentes niveles de procesamiento de nuestro cerebro y provocando la activación de lo que precisamente queremos evitar.

Mi objetivo era sencillo. En vez de la resistencia frontal de la anterior discusión, pretendía ahora permitirle explorar (mentalmente, se entiende) las posibles respuestas a su demanda. Por ese motivo, necesitaba saber qué es lo que quería, no lo que no quería.

—Me gustaría quedarme en casa—muy bien, ya tenemos la petición. Ahora exploremos la misma. Y él mismo verá la incongruencia de lo que pide.

—Te gustaría quedarte en casa ... ¿Me puedes concretar esto algo más? ¿Qué es lo que quieres decir? ¿Que quieres estar en casa todo el día, tú solo, encerrado en tu habitación?

—¿Eh? No, no. Encerrado en casa, no. Y en mi habitación, menos.

—¿Entonces?

—Pues, aquí, contigo y los abuelos. Hacer excursiones contigo, charlar con Lilian y tener tiempo para hacer todo lo que quiero hacer y que nunca puedo terminar ... No tener que estar siempre pendiente de los deberes, no tener que aguantar las arbitrariedades y los gritos de los profes y ...

—De acuerdo, de acuerdo, ya lo he entendido. O sea, estarías en casa como si siempre fuera fin de semana, ¿no?

—Sí, exacto.

—Y entonces, aprender... ¿Como lo harías?

—Esto no es un problema. Aprendo más en casa que en clase, ¿verdad Lilian? Vosotros me podéis ayudar, y los abuelos también. Podemos comprar los libros o cogerlos de la biblioteca, o buscar recursos por Internet, ir a museos ...

—De acuerdo, de acuerdo. Aprender ya veo que lo harías, no te digo que no. Pero hay cosas que te proporciona la escuela que no se pueden enseñar en casa.

—¿Cuáles? —Claro, por supuesto, Lilian a la carga.

—Hombre, pues el trabajo en equipo, el respeto, los valores, las normas, integrarse en la sociedad en que vivimos ... —me defendí, intentando responder a su cuestión.

—¿Tiene que ir al colegio para aprender todo esto? ¿No lo puede adquirir en ningún otro lugar más? Antes de que se inventaran las escuelas, ¿la gente no trabajaba en equipo? ¡Vamos, va! Sigue, que lo estabas haciendo muy bien antes de tu “iluminación”. Neutral, papa, neutral. Las incongruencias llegarán por sí solas— Lilian tomaba parte y partido en el debate.

—Pero es verdad ... —me defendí, insistiendo en mi razonamiento.

—Es un argumento ambiguo, inconsistente, que puedo cambiar fácilmente: «En casa se producen aprendizajes que no se pueden adquirir en la escuela ...» y echártelo por la cabeza. Pura demagogia. Si discutimos es para llegar al consenso y para encontrar entre todos la mejor solución. No por convencer al otro e imponerle las ideas. O, al menos, eso es lo que tú decías.

—Está bien, está bien. Intentaré mantenerme imparcial, ¿de acuerdo? —Y también rezaré para que aparezcan ya estas es-

quivas incongruencias—. Muy bien. Podemos considerar el aprendizaje garantizado con los recursos que tenemos al alcance. Al menos, a corto o medio plazo. Pero, después, quizás querrás estudiar una carrera o un ciclo formativo. Aquí nosotros poco te podremos ayudar. Tendrás que ir a un instituto o a una universidad. Te pedirán la ESO y, en la universidad, el bachillerato y la selectividad. ¿Cómo lo harás para obtener estos títulos?

—Pues no lo sé. Supongo que debe de haber un examen por los que van por libre— contestó Xavier.

—Yo tampoco lo sé ... —Le confesé. Y nuestras miradas se dirigieron hacia Lilian.

—Puedes sacarte la ESO a los dieciocho años realizando un examen. Y puedes acceder a la universidad, a partir de los veinticinco, con un curso de acceso.

—¿Y tú como lo sabes esto?

— «Pato» se sacó la ESO el año pasado haciendo esta prueba. Y la madre de Montse se miraba la prueba de mayores de veinticinco años porque quería estudiar psicología a distancia.

—¿«Pato» no iba al cole?

—Cuando cumplió los dieciséis años, cogió y abandonó. A medio curso. Pim-pam. «Aquí os quedáis», dijo. Luego le pidieron la ESO para hacerle el contrato en la empresa donde trabajaba y tuvo que realizar este examen.

—Pero, entonces, en el mejor de los casos pierdes dos años.

—Depende de qué consideres perder un año ... —expresó Lilian.

—Lilian, ahora eres tú la que no estás siendo neutral. Va, seguimos, que se está haciendo tarde y mañana tengo que bajar a Barcelona. De acuerdo. Tenemos los aprendizajes y una vía para obtener el título. ¿Pero qué pasa con los compañeros? Ellos estarán dentro del colegio y tú, fuera. Serás un marginado, ¿no? ¿Qué me dices? ¿Cómo lo ves?

—Con los que me entiendo, nos veremos después de las clases y en las actividades extraescolares. Con los demás, pues si no trato, mejor. Por otro lado, podemos aprovechar para ir a visitar otros amigos que hace tiempo que no veo.

—Los otros chavales estarán todos en clase. No podrás ir a visitar ningún amigo tuyo como no sea que esté enfermo.

—Puedo ir a ver a Marc.

—¿Marc? ¿Quién es Marc?

—Ese amigo mío del camping.

—Debe de ser el hijo de aquella mujer que me contaste que hacía quesos. ¿Cómo se llamaba? ¿Queralt?

—Quar, se llamaba Quar ...

Acuerdos

Aquella sesión de debate concluyó con dos acuerdos.

Por un lado, hablaría con la tutora y le explicaría por encima la situación, para ver si podíamos intentar tomar alguna medida que aliviaran el tema. Xavier era partidario de no tener que asistir a algunas asignaturas. Yo era más partidario de que los profesores realizaran algún cambio metodológico que hiciera las clases más llevaderas a mi hijo.

Por otro, miraría de contactar con Quar e iríamos a visitar a Marc. Por supuesto, yo daba por hecho que Marc ya estaría asistiendo a la escuela con normalidad, como cualquier otro niño, lo que supondría un golpe decisivo en el debate que manteníamos mi hijo y yo.

La entrevista con la tutora fue muy positiva. Montse y yo nos conocemos desde pequeños. Nunca nos habíamos tratado mucho, pero desde que es tutora de Xavier hemos charlado varias veces y nos entendemos bastante bien. Le planteé la cuestión suavizándola un poco, le expliqué las quejas (algunas, no todas, sólo las digamos «políticamente correctos») que me había hecho llegar mi hijo y le propuse las alternativas que habíamos comentado .

Respecto al tema de ir a algunas clases y a otras no, se mostró poco entusiasta. Si un alumno empieza a escoger a qué clases quiere asistir y a cuáles no, los otros también lo querrán. Y esto podría ser realmente problemático. También está el conflicto de cómo organizar los horarios y los contenidos. Y de salir y entrar en el colegio fuera de las horas establecidas. Además, si esto se hiciera, ¿qué pasaría? Si los niños eligen las clases a las que quieren ir y a las que no ..., algunas estarían llenas y otras vacías. Y el profesor que se quedara sin alumnos, ¿qué?

Para mí, esto último no me parecía un problema. Si un profesor o profesora tiene más alumnos que otro, y estos obtienen buenos resultados, quiere decir que su método educativo y su práctica docente son más atractivos y motivadores. Pero me guardé para mí el comentario.

Respecto a la cuestión de modificar o al menos adaptar el planteamiento de las clases, fue mucho más receptiva. De hecho, según me explicó, esta era la idea. Dejar de lado la docencia magistral y tender más hacia sesiones participativas, dinámicas, basadas en proyectos, donde los estudiantes tuvieran mucha más capacidad de decisión y pudieran implicarse fácilmente. Aulas abiertas, menos rigidez en los grupos, posibilidad de colaborar con niños y niñas de otras clases; dejar de utilizar el libro como eje vertebrador de la impartición de las asignaturas, pasar a emplearlo como material de consulta y potenciar la inclusividad y la transversalidad de los aprendizajes. Todos estos cambios se proponen desde el *'Departament d'Ensenyament'* y responden a los nuevos planteamientos pedagógicos promovidos por las diferentes leyes educativas, tanto a nivel estatal como autonómico, y también en el aprendizaje por competencias.

Ya se habían logrado avances significativos en esta línea. En la asignatura de matemáticas habían dejado el libro de texto, la lengua catalana se impartía de manera inclusiva, y la lengua castellana se había trabajado con una prueba piloto de trabajo por proyectos, con un resultado muy positivo.

Quedamos que ella miraría qué podía hacer sobre de las dos propuestas que le había hecho llegar, con respecto a la desmotivación de Xavier y que en un par de semanas volveríamos a hablar.

El otro punto, el de encontrar a Quar e ir a visitarla, a ella y a su hijo, fue un poco más complicado.

En realidad, sabía muy poco de ella. Pero con un nombre tan poco común, pensaba que no tardaría en encontrarla. Suponía que con un par de búsquedas en Google ya lo tendría. Pero no fue así. Las búsquedas por «Quar» y «queso» me remitían, por una parte, a la población de Quar, pueblo vecino del mío, y, por otra, a toda una serie de tiendas, productores, exportadores y comerciantes relacionados con el mundo del queso. Uno de ellos, «Quesos Quar», parecía prometedor, pero pertenecía a una empresa de Lleida. Refiné la búsqueda, filtrando por Vic y comarca, y finalmente obtuve una lista de productores y comerciantes de productos lácteos de la comarca de Osona.

Ya me preparaba para la tediosa tarea de llamar a una por una las veinte o treinta empresas de aquella lista, cuando llegó Lilian. Si había algo que no soportaba era que me diera lecciones de informática. Por supuesto, como profesional del sector que era ella, tenía unos conocimientos tanto teóricos como prácticos muy superiores a los míos. Pero yo también tenía un amplio bagaje y una larga experiencia de utilizar estos utensilios, suficiente como para no necesitar ninguna ayuda para llevar a cabo las tareas normales o incluso, para reinstalar un sistema operativo o cambiar algún dispositivo. Mucho menos para hacer una sencilla investigación por Internet. Lilian vio el buscador en la pantalla del portátil y la lista de empresas en mi mano.

—¿Qué buscas?

—Nada. Ya lo tengo—la palabra «queso», repetida en las diferentes entradas devueltas por el buscador, delataba sutilmente que en realidad no tenía nada.

—¿Intentas localizar a Quar?

—¿Eh? Sí. Busco a Quar. Tengo el teléfono de los productores de productos lácteos de Osona y ahora llamaré para encontrarla.

—¿A todos? —Y examinó la relación de nombres—. ¡Te pasarás toda la mañana! Y quizás ni está en la lista—se acercó y miró la pantalla. Estaba a punto de decirlo ...

—Déjame probarlo — ¡ya lo ha dicho!

—¡Ten! ¡Pruébalo! Pero no encontrarás nada. Ya lo he intentado utilizando todo lo que sé de ella y no la he localizado.

Me levanté de la silla y dejé que ella se sentara. Se colocó bien, me oteó y comenzó a escribir. En el cuadro de búsqueda de Google apareció: «Quar Marc educar en casa». Apretó «Intro». Casi instantáneamente apareció el resultado de la búsqueda. La primera entrada era la participación en un foro de alguien que se llamaba Quar, en respuesta a una consulta sobre el homeschooling. Lilian hizo clic sobre la entrada. Delante nuestro apareció la respuesta completa, en la que una persona llamada Quar explicaba que ella educaba en casa y que su hijo Marc no había ido nunca a la escuela. Con la dirección de correo electrónico.

—¿Quieres también el teléfono?

—Sí, por favor—le contesté entre dientes. Lilian tecleó la dirección de correo electrónico encontrada, seguida del prefijo de Barcelona y apretó «Intro». Instantáneamente, Google nos mostró los resultados. Ahora sí. Una entrada que trataba de productos lácteos, en la que Quar quería asesorarse sobre un producto biológico para la conservación de quesos y dejaba su contacto electrónico y su teléfono para recibir la respuesta.

Reencuentro con Quar

Por supuesto, cuando llamé a Quar, no le conté nada sobre las circunstancias que nos llevaban allí. Simplemente que Xavier hacía tiempo que me pedía volver a ver a su amigo Marc. Nada más. Nada sobre la reciente oposición de mi hijo ir a la escuela o sobre nuestros debates en torno a este tema.

Pude contactar con ella mediante el número de teléfono encontrado por Internet. Enseguida se acordó de nosotros y nos invitó a visitarla en la granja de sus padres, donde vivían y también hacían el queso. Quedamos en pasar el sábado allí.

Después de dar un par de vueltas más de las necesarias, encontramos la masía. Estaba formada por un edificio principal, rodeado de algunas construcciones más sencillas. Un poco más allá, una nave de tamaño considerable y de aspecto más moderno se extendía hacia el sur.

Marc y Quar salieron a recibirnos. Después del reencuentro y de las preguntas y respuestas acostumbradas, nos acompañaron en una visita guiada por las instalaciones de la masía. Pronto quedó claro que el ritmo al que realizaban la visita los dos niños era ligeramente más rápido que el nuestro. Fueron dejándonos atrás progresivamente hasta que ella y yo nos quedamos solos. Aproveché para sacar el tema que nos había llevado hasta allí.

Marc y la escuela

—¿Marc ya va a la escuela?

—¿Tienes ningún interés en que vaya? —Se detuvo y me observó con un gesto ligeramente desafiante.

—¿Eh? No, no. Es que pensaba que ya iría al colegio. Como que ahora ya tiene diez años ...

—Sigue educándose en casa ...

—¡Ah!

—¿Qué pasa? Pareces decepcionado—pues sí, lo estaba. En realidad, me daba igual si su hijo iba a la escuela o no. De hecho, es uno de los chavales más agradables que he conocido, con respecto al carácter, y seguramente la educación en casa tiene algo que ver. Pero yo había dado por hecho que Marc a estas alturas ya iría al colegio, y que podría utilizarlo como argumento incontestable en la disputa que mantenía con Xavier.

—¿Pero no es una irresponsabilidad? Quiero decir, estás jugando con su futuro.

—¡Eh! Que los quiero mucho yo, a mis hijos—intentaba mostrarse indignada, pero su sonrisa delataba que mi observación había estado lejos de ofenderle.

—Perdona. No lo dudo. Pero hay que pensar en su futuro, ¿no?

—¿Hablas de mis hijos o de los tuyos?

—No, no. Sólo pensaba en voz alta. Yo tengo muy claro que la mejor opción es que vayan a la escuela.

—Y por eso Xavier va. Y yo tengo muy claro que deben ser mis hijos quienes decidan si quieren ir o no. Y por eso no van.

—No sé qué quieres decir.

—Que ahí está la gracia. En que cada uno pueda hacer lo que considere más adecuado o más conveniente para sus intereses.

—Pero aquí estamos hablando de los intereses de los niños.

—¿Y qué es lo que les interesa?

Nos quedamos en silencio unos segundos, mientras observábamos las cisternas de fermentación.

—En ocasiones lo que interesa a los niños no coincide con lo que es conveniente para su futuro.

—E ir a la escuela es conveniente para su futuro ...

—Indudablemente. Les abre el camino para obtener titulaciones en el día de mañana, y éstas serán necesarias para acceder al mundo laboral con un mínimo de garantías—podría haber seguido toda la mañana con mi ferviente defensa de la institución escolar, si no hubiera sido por la sonrisa picaresca, un poco irónica, que se dibujaba en la cara de Quar—Tú no lo ves como yo, ¿verdad?

—No, más bien no. Pero no pasa nada. Podemos ser amigos igualmente, si tú quieres, ¿eh?

—Es que me sorprende que no te preocupes por el futuro profesional de tus hijos. Ahora están muy bien, pero algún día se tendrán que ganar la vida por sí solos.

—Y tú piensas que educando en casa no podrán hacerlo.

—Pues no me lo parece. Lo veo más difícil, sinceramente. Para sacarse la ESO, tendrán que ir al instituto. Y no estarán acostumbrados al ritmo de trabajo de la clase. Fracasarán, seguro. Si ya los que llevan desde los seis años yendo a clase les cuesta, imagínate a alguien que no ha ido nunca.

Quar me miró largamente, como cuestionándose a que venían tantas preguntas. Acabábamos ya la visita a la nave donde se realizaba la producción de quesos y me enseñaba, en ese momento, las salas frigoríficas donde los almacenaban ya acabados. Cerró la puerta de la sala frigorífica y salimos al exterior. Por la parte trasera de la nave se abría una pequeña extensión de terreno rodeada de árboles grandes y frondosos.

—Vayamos por partes, porque aquí hay mucho que contar. Por un lado, no es necesario ir a clase para obtener la ESO. Puedes hacer el examen para mayores de dieciocho años. Y ahora se está negociando con la Administración para que esta prueba se pueda realizar a los dieciséis años. También hay vías de acceso a ciclos formativos sin tener la ESO, o la posibilidad de obtener el título a distancia, entre otras.

—Pero todo desde casa ... No lo sé. ¿No es algo empobrecedor?

—Una cosa tras otra, ¿de acuerdo? Ahora hablaremos de si lo es o no. Pero déjame contestar primero lo que me has preguntado antes.

—De acuerdo. Perdona. Adelante, adelante.

—En cuanto al ritmo de estudio, por otras experiencias que conozco te puedo decir que los niños que se han educado en

casa tardan como mucho entre uno y dos meses para adaptarse. Como mucho.

—Me cuesta creer ...

—¿Cuántos niños conoces que se hayan educado en casa y hayan tenido problemas para incorporarse al sistema educativo?

—¿Eh? Yo ninguno. Sólo sé de tus hijos que se eduquen a casa.

—Entonces, ¿de dónde sacas que estos niños tendrán problemas para incorporarse?

—Ostras, pues, no lo sé. A mí me lo parece.

—Yo conozco unas sesenta familias que educan en casa, aproximadamente unos ciento cincuenta niños. De éstos, un buen número ya son adolescentes y han comenzado estudios secundarios. Y siento decírtelo, pero las dificultades que profetizas no han aparecido.

Llegamos a una construcción abierta. En el interior, Marc, Xavier y Bernat (el hijo mediano de Quar) daban de comer a una yegua inmensa y su a potro. Un poco más allá, en el patio trasero de la casa, una mujer entrada en la cincuentena (con toda seguridad, la madre de Quar) acompañaba una niña (que supuse que era Ada con tres años más) mientras daba de comer a las gallinas.

No me convencía en absoluto lo que me contaba. Para mí estaba clarísimo que un niño que había pasado toda su infancia desescolarizado tendría graves problemas para adaptarse al ritmo de trabajo y los horarios de un aula de secundaria. Pero tenía que admitir que no conocía a nadie en esa situación. Y ella

sí. De momento dejé de lado mis argumentaciones y presté un poco más de atención a lo que me rodeaba.

Quar me presentó a su madre. Era una mujer fornida, llena de energía, de pelo negro y corto, con algunas canas espaciadas, mirada penetrante y dura, y voz generosa y vehemente. No era la anciana afable de pelo blanco y delantal bordado que yo imaginaba cuando pensaba en su familia. Más bien parecía una sindicalista dispuesta a responder abruptamente la más mínima provocación.

Pasamos al interior de la vivienda. Era una construcción antigua, de gruesas paredes de piedra. Los espacios eran amplios. En el primer piso, las ventanas y los balcones abiertos dejaban pasar la luz que iluminaba las estancias. En aquella planta destacaba una sala, el antiguo comedor, adaptada ahora a las nuevas necesidades de las familias. En las paredes había estanterías llenas de libros, lápices de colores, cartulinas, plastilina, materiales de manualidades, juegos de construcción, juegos de mesa, puzzles, juguetes y otros elementos. Los espacios no ocupados por las estanterías aparecían cubiertos de pósteres diversos: un mapa de Cataluña, las partes del cuerpo humano, las aves rapaces de la Península, murales hechos por los niños y fotografías diversas. El centro de la habitación estaba dominado por una mesa muy amplia, sobre la cual descansaba un ordenador, un pequeño ejército de muñecos de plastilina, cuadernos y lápices de colores. Dos ventanas y un balcón llenaban de luz la estancia.

La riqueza de materiales y de opciones, la iluminación, la calidez y la serenidad de la sala invitaban a la actividad, a coger cualquiera de las cajas de montaje o los materiales manipulativos, sentarse en la mesa y dejar volar la imaginación. Y eso es lo que hicieron los niños.

Sobremesa en familia

En la granja trabajaban el padre de Quar, su hermano y Pedro, un hombre de unos cincuenta años que vivía en Castellterçol y que trajinaba en la granja desde los quince años. En la distribución de tareas que conllevaba la producción de quesos, Quar se encargaba de las administrativas: facturas, pedidos, proveedores, nóminas y contabilidad.

Estábamos terminando de comer, niños y adultos, sentados en la gran mesa de la cocina, mientras conversábamos animadamente sobre la crisis económica, el Barça, el precio de la gasolina y de lo buena que estaba la comida. Todos juntos, como una gran familia. El padre de Quar era grande, voluminoso, con una barriga inmensa que recordaba la forma de los quesos que producía. Encima de la enorme papada, un rostro redondo y bronceado, marcado por las arrugas del tiempo y el trabajo, mostraba la felicidad y la satisfacción del que se sabe con el trabajo realizado.

—Chico, ¿cómo te llamas? —preguntó, dirigiéndose a mi hijo—. ¿Tú tampoco vas a la escuela?

—No, no. Él sí que va —aclaré—. Está cursando quinto y se lo está sacando con buenas notas. Dentro de dos años comenzará el instituto—Xavier me dedicó una mirada entre desafiante y despectiva.

—¡Ah! Tú llegarás lejos, universitario y todo eso..., no como mis nietos que se tendrán que quedar aquí, cuidando de la granja.

—¡Papa! Te lo he explicado mil veces. Que ahora no vayan al colegio no significa que después no puedan ir a la universidad—intervino Quar, visiblemente molesta.

—Y tanta universidad y tantos estudios, ¿para qué? —Entraba la madre sindicalista en el debate— ¿Para terminar trabajando por cuatro duros en algún trabajo que no tenga nada que ver con lo que han estudiado? ¿Para que se tengan que ir a Barcelona o al extranjero, si quieren trabajar de lo suyo? Mira a tu hija. Tanto estudiar y tanto ir a Barcelona para el final acabar haciéndote de secretaria.

—¡Ja, ja, ja! —De la garganta de aquel hombretón salió una enorme carcajada—. De acuerdo, de acuerdo, me rindo. ¡Ja, ja! No puedo con vosotras dos ni por separado, ¡imagínate las dos a la vez! —Entonces, su rostro se serenó. Bajó la mirada hacia su plato, donde un buen número de huesos daban cuenta del festín de que había disfrutado. Restó unos instantes pensativo, mientras apilaba los huesos en el plato. Luego levantó la mirada, seria e intensa ahora, y clavó sus ojos en mí—. Yo no sé si eso que dicen estas mujeres es verdad o no, y si como dice mi hija, cuando mis nietos empiecen a estudiar lo harán con ganas y convicción. Quizás sí, quizás no. Lo que sí sé—y observó sus nietos—es que tenerlos aquí es para mí media vida. Eso y un poco más.

Después de comer y de lavar los platos, acompañamos a los niños al desván. Éste no se correspondía con el estereotipo de buhardilla que yo tenía. En lugar de un espacio en penumbra, lleno de polvo y telarañas, con enseres viejos por todas partes, nos encontrábamos en una sala espaciosa, iluminada por ventanas de aluminio recientemente colocadas en el techo. El suelo era de madera de color roble, cálido y agradable. Y en vez de montañas de trastos inservibles, ante mí se extendía un espacio abierto amplio y limpio. En los alrededores de la sala se distribuían estanterías y cajones llenos de juguetes. Enseguida, el orden y la quietud que reinaban en el desván se vieron rotos

por las carreras y los gritos de los niños, y por los juguetes que esparcían por el suelo. Marc le explicó rápidamente las reglas a Xavier, cuando lo vio lanzarse decidido a una estantería llena de cajas de piezas de LEGO.

—Coges un juguete y juegas. Cuando acabes, lo recoges y lo dejas en la estantería donde estaba.

—¿Y con el LEGO?

—Toma las cajas, pero NO las vuelques, que luego hay un lío que no veas.

Quar y yo nos sentamos en el suelo, en unos cojines que había junto a una de las paredes, y contemplamos a los niños mientras jugaban.

—¿Y cómo te organizas el día a día? —Cuanto más iba conociendo los aspectos de la educación que recibían Marc y sus hermanos, más crecía mi curiosidad y más en segundo plano quedaba mi oposición a este tipo de enseñanza—. Quiero decir con el trabajo, dar clases a los niños y todo eso.

—¡Je, je! Veo que estás interesado.

—Me parece curioso, la verdad. Todo el mundo lleva a sus hijos al colegio y tú no.

—No soy yo sola. Hay más familias que también han optado por este tipo de educación. No muchos, pero hay. Y cada vez más. Es un movimiento consolidado. La gente que educa en casa lo hace convencida de que es lo mejor para sus hijos. Y luchan y priorizan poder hacerlo.

—¿Todo el mundo lo hace igual?

—No, no. Cada uno adapta el proceso educativo a su realidad y a la de sus hijos. Y lo hace de la manera en que se siente más cómodo. Hay quien lleva el modelo de la escuela a casa, literalmente hablando, con el esquema escolar, los libros de texto, las asignaturas, el horario, los deberes y todo eso, y también quien no hace ninguna tarea dirigida, sólo prepara el entorno y los materiales, y deja que sean las criaturas las que aprendan por sí mismas, con el acompañamiento del adulto, pero sin su intervención.

—¿Y los niños hacen lo que quieren todo el día?

—¡Ja, ja! ¡Pues sí! Nosotros estamos un poco en esta línea, aunque sin llegar al extremo. Combinamos este *unschooling*, que es como lo llaman, con la elaboración de proyectos.

—¿Qué es eso de los proyectos?

—Un proyecto puede ser cualquier cosa. Desde la construcción de un nido para los pájaros hasta realizar un estudio sobre las plagas de la peste negra en la Europa medieval, pasando por fabricar un globo aerostático o, incluso, programar un juego de ordenador.

—¿Pero tú sabes hacer todas estas cosas?

—Hombre, unas cuantas sí, y las que no sé, trato de aprenderlas. Tenemos la suerte de vivir en una época donde disponemos de acceso directo a una cantidad impresionante de conocimientos. De todos modos, la idea no es que sea yo quien les enseñe a hacer lo que quieren hacer.

—¿Ah, no? ¿Y entonces quién se lo debe enseñar?

—Creo recordar que cuando nos conocimos en el camping me comentaste que estabas mirando cosas de *coaching*, ¿verdad?

—Asentí por la cabeza—. Pues viene a ser algo por el estilo. El experto aquí es el niño, que es quien sabe qué quiere conseguir. El adulto le debe mostrar las puertas que tiene disponibles, pero sin indicarle cuál es la correcta. Simplemente porque no lo sabe. Sólo lo sabe el niño o niña. Y es él o ella quien debe escoger. Yo me limito a ayudarles con preguntas a acabar de concretar qué quieren hacer, a plantearse tareas que sean asumibles, a tener en cuenta todas las opciones posibles, incluso las más es-trambóticas, y a darse cuenta de los problemas, dificultades y obstáculos que encuentran.

—¡Uau! —La quesera, además de saber de educación, también tenía conocimientos de *coaching*, y lo aplicaba en las tareas de aprendizaje de sus hijos. La verdad es que lo que estaba escuchando chocaba bastante con la imagen que yo me había formado.

—Pero ya te digo. Así es como lo interpreto yo. Es mi opinión particular. Y cada familia que educa en casa tiene la suya. De hecho, creo que todas las familias, eduquen en casa o no, tienen su propia interpretación de cómo funciona el aprendizaje del niño.

—O por lo menos, deberían tenerla, ¿no?

—Para ir bien sí. Es lo que te comentaba antes. Hay quien emplea libros, asignaturas y horarios; quien no lo tiene en cuenta en absoluto; quien sigue la línea de la pedagogía activa (Mauricio y Rebecca Wild, no sé si te suenan); quien utiliza materiales Montessori o quien se basa en los planteamientos de las escuelas Waldorf, o Freinet y el aprender haciendo, o la *slow education*, o recogen las propuestas de la ciudad de los niños desarrollada por Francesco Tonucci y otros pedagogos italianos. Hay quien pone mucho énfasis en los idiomas o en la música,

quien cuenta con el ordenador como eje central del proceso de aprendizaje de los niños, y quien retrasa uso de las computadoras y otros aparatos electrónicos hasta los catorce o quince años. Algunos aprovechan la proximidad geográfica para organizarse en pequeños grupos y compartir un proyecto pedagógico común. Hay quien se pasa todo el día en el bosque. Y también, quien visita dos o tres museos cada semana o vive viajando por el mundo. El aprendizaje de los niños se adapta a las circunstancias que le rodean, a sus características y a las de su familia y entorno, buscando generar sinergias y optimizar los recursos disponibles.

—Vaya, uau, uau y más uau. Realmente impresionante. Lo tenías preparado, ¿verdad?

—¡Je, je! No, no exactamente. Pero me han preguntado tantas veces que ya lo tengo bastante por mano, je, je.

—¿Pero no es un poco caótico? Quiero decir, con tantas metodologías diferentes—al menos, con tantos nombres y procedimientos, mi cabeza sí era un lío.

—¿Caótico? No me lo había planteado nunca en este sentido. Pero no. ¿A ti te ha parecido caótica mi casa?

—¿Eh? No, no. Me ha parecido, y perdona la expresión, asquerosamente idílica. Envidia sana, ya sabes. Estaba pensando más bien en alguien que tenga que evaluar lo que los niños están aprendiendo. ¿Como lo haría?

—¡Uf! Este es un tema complicado—dijo con cierta resignación.

—Pues ya lo trataremos en otro momento. Quiero que termines de explicarme cómo os organizáis. Porque tú trabajas, ¿verdad?

—Sí. Ya has visto la mesa de la sala de abajo. Nos sentamos allí los cuatro y, a veces, mi madre también. Cada uno hace su trabajo o lo que quiere llevar a cabo en ese momento. Y cuando tienen una duda, me la comentan. Cuando se cansan de estar allí sentados, suben aquí a jugar (respetando la norma básica que Marc le ha explicado a tu hijo) o salen a fuera. A veces van al huerto, a dar de comer a los animales o a ver a mi padre en la nave. Cuando estamos en la mesa yo les ayudo y acompaño, y también aprovecho para contestar correos electrónicos y avanzar algún trabajo. Todas las comunicaciones se realizan por e-mail. Antes cogía el teléfono, pero eso sí que era caótico. Poco a poco he ido acostumbrando a mis clientes y proveedores a utilizar la mensajería electrónica y el Messenger, y a prescindir del teléfono.

—Eso es verdad. Con las llamadas se pierde mucho tiempo. El correo electrónico es más efectivo—coincidí con ella.

—No es sólo eso. Era sonar el teléfono y ponerse todos los niños a llorar, a gritar, a pelearse...

—Lo que todavía no veo claro es el tema de la socialización. No lo sé. Todo el día aquí, sin jugar con otros niños...

—Moià está a diez minutos. Marc va a fútbol y a teatro como actividades extraescolares. Por la tarde, bajamos todos. Mientras Marc lleva a cabo sus actividades, nosotros vamos a la biblioteca o al parque, y mis hijos juegan con otros niños. En Moià hay tres familias más que educan en familia. Algunas mañanas vienen a vernos o vamos nosotros a verlos a ellos. Una o dos veces al mes bajamos a Barcelona y nos encontramos con otras familias que también hacen EeF. Vamos a museos o exposiciones. En Manresa se llevan a cabo dos encuentros mensuales de familias de la Cataluña Central y uno de juegos. Cuando Marc ter-

mina algún proyecto, vamos a un encuentro de proyectos que se hace en Barcelona y lo expone. Hay una cita semanal en la playa de Mataró y una mensual en el parque Joan Brossa, en Montjuïc. También hay un encuentro semanal en Sabadell y otro por la zona de Girona.

—¡De acuerdo! ¡También lo tenías preparado, eso!

—Y también hay un núcleo de socialización que no se tiene en cuenta y que es muy importante, el familiar. Este proceso en familia también requiere tiempo y dedicación. Y en la sociedad actual, con la escuela, los deberes, la televisión, los video-juegos y otros entretenimientos, el tiempo que resta para esta socialización es muy escaso y de mala calidad.

—¡Es verdad! Ahora que lo dices, ¿donde tenéis la tele?

—¡Je, je! Pues no tenemos. Bueno, de hecho hay una, en la habitación de mis padres, pero no está conectada a la antena. Tiene un DVD y, algunas noches, mis hijos van con mis padres a su habitación, se estiran en la cama con ellos y ven todos juntos una peli que han cogido de la biblioteca. El resto del día vivimos en un territorio libre de las interferencias televisivas.

—¿Lo dices de verdad? No he conocido nunca a nadie que no tuviera tele en su casa. Pero esto es como estar desconectado del mundo.

—Pues vaya conexión más patética, ¿no? Hay muchas maneras de estar en comunicación con el mundo, y también hay muchas vías para mantenerse informado. Además, a menudo estamos puntualmente al tanto de lo que pasa en el otro extremo del mundo y no tenemos ni idea de lo que le sucede a nuestro vecino.

—La verdad es que eres la quesera más rara que he conocido nunca.

Se quedó parada, con la boca medio abierta, abriendo y cerrando los ojos durante unos instantes, como intentando procesar lo que le acababa de decir. Por un momento temí recibir una buena (y quizás merecida) bofetada. Finalmente, sonrió un instante y soltó una fresca carcajada. Los niños interrumpieron su juego y nos miraron, para averiguar a qué venía tanta alegría. Se sonrieron entre ellos y continuaron jugando.

Volviendo a casa

—¿Has visto los caballos? Dice que el próximo día montaremos uno e iremos a dar un paseo. Es superchula la sala de juegos. Es el desván más auténtico que he visto nunca. Le tenemos que decir a los abuelos que hagan lo mismo. ¿Y sabes qué? Hace dos semanas hicieron una feria de *playmobil* en Barcelona. Se ve que había muchas exposiciones de gente que tiene *Playmobil* y las exhibe. Un amigo suyo participó. Me ha dicho que tiene muchos *Playmobils* de Egipto.

Puse el intermitente de la derecha. Al final, la jornada se había alargado más de la cuenta y fue inevitable aceptar la invitación para cenar pizza casera (de masa delgada y crujiente, como nos gusta en casa). Eran las once y media cuando dejábamos la nacional 141 y nos incorporábamos a la autovía del Llobregat. Y desde que subió al coche, Xavier no había parado de hablar. Ni mostraba señales de ir a hacerlo en breve.

—Bajan los viernes porque no hay tanta gente. A los museos también van entre semana, aunque en el CosmoCaixa, entre semana, casi no realizan actividades. Sólo las exposiciones. Con la escuela sólo hemos hecho dos salidas culturales en todo el año, y ellos hacen dos cada mes. ¿Podremos ir a Manresa, a los encuentros? Pedimos fiesta en el colegio y les decimos que vamos al médico. ¿Has visto cuántas piezas de LEGO tenía? Hay un amigo suyo que también se educa en casa, que tiene el *Mindstorms* de LEGO y hace robots con estas piezas. Cuando le explique todo esto a Lilian flipará.

Empezaban a caer algunas gotas de lluvia. Puse en marcha el limpiaparabrisas. Las pocas gotas de agua que habían caído se mezclaron con el polvo que había en el cristal y formaron un barro marrón que se extendió por toda la superficie y me dejó casi a tuestas.

—Es muy fuerte, papá. No tienen que hacer deberes. ¿Sabes que quiero decir? ¡NO TIENEN QUE HACER DEBERES!

Presioné hacia el interior el mando del limpiaparabrisas. Sentí el ruido de la bomba de agua, pero sólo un chorrillo mezquino llegó al vidrio, lo que empeoró aún más la situación.

—No tienes que estar todo el rato pensando qué debes llevar el día siguiente. Esto me angustia mucho.

—Porque siempre lo dejas para última hora. Si lo hicieras cuando llegas de clase, no te angustiarías tanto.

La autovía estaba desierta a esa hora de la noche. Disminuí la velocidad del coche y puse a toda marcha del limpiaparabrisas. En la parte baja del cristal había un espacio por el que aún podía medio ver la carretera. Me incliné sobre el volante, fijando la mirada en esa pequeña zona del cristal que se mantenía translúcida.

—¿Has visto que no tienen tele? ¿Qué harías tú sin tele? —
Le pregunté a Xavier.

La lluvia se intensificó ligeramente y el barro comenzó a diluirse. Poco a poco fui recuperando la visión de la calzada.

—A veces la miro y no sé por qué. Supongo que esperando ver si hacen algún programa bueno.

Todavía le faltaban un par de centímetros para tener la altura, pero ya le dejaba ir en el asiento delantero del coche. En los últimos años había crecido mucho. Sí, es verdad, ya lo hacen esto de crecer, los niños, pero no por sabido dejaba de ser impaciente. No sólo se había hecho grande físicamente. También había madurado como persona. Ahora tenía una inquietud y

había tenido suficiente confianza en sí mismo como para plantearla. Con respeto pero con firmeza, con argumentos y aceptando los diferentes puntos de vista. No podía compartir su postura, ni siquiera con las vehementes disertaciones de Quar, pero no podía evitar sentirme satisfecho, incluso orgulloso, de cómo estaba llevando este tema mi hijo.

Nubes bajo el sol

Aquel lunes prometía. Soleado, limpio y fresco después de la lluvia del fin de semana. El recuerdo de la jornada del sábado, en casa de la Quar, todavía reciente en la retina. En el trabajo iniciábamos un nuevo proyecto, después de que la semana anterior se aprobara una de las propuestas que había preparado. Quería ponerme enseguida a trabajar, pero pensé que debía aprovechar aquella mañana tan maravillosa y salir a dar un paseo por el campo. Me estaba atando las botas cuando sonó el teléfono. Era la secretaria de la escuela, y me preguntaba si esa misma mañana me iba bien tener una entrevista con la directora.

Ya no me cambié, y fui a la escuela con la ropa (y las botas) de campo, con la idea de hacer la excursión después. El colegio está situado en la parte nueva del pueblo, una zona de reciente urbanización con casas unifamiliares aisladas. Desde mi casa hay unos escasos quinientos metros, que recorrí alegremente, pisando descuidadamente algunos de los charcos que aún no se habían secado con el sol de la mañana.

La directora me hizo pasar a su despacho y fue a buscar a la tutora de mi hijo. Por un momento, tuve una sensación de *déjà-vu*, y me vino a la memoria la entrevista que había tenido quince años atrás por los problemas de Lilian en su escuela.

Después de unos instantes volvió la directora acompañada de Montse, la tutora de mi hijo. Mientras la directora se mostraba natural y jovial, amable y sonriente, la cara de Montse era un poema. Casi no me había saludado al llegar y mantenía la mirada clavada en el suelo.

—La semana pasada se trató el tema de Xavier en el equipo docente y decidimos pasarlo al EAP—la directora era una mujer

alta, de unos cincuenta años, del pueblo de toda la vida, de trato exquisito, pero que por lo que veía era capaz de matarte con las palabras sin perder la sonrisa.

—¿Pero qué tiene que ver el EAP con que Xavier no quiera venir al colegio? —El magnífico lunes recién empezar estaba convirtiendo en uno de sucio y deprimente.

—Pues por lo visto, mucho. Tanto la psicopedagoga como el psicólogo del EAP coinciden en el diagnóstico.

—¿Diagnóstico? ¿Diagnóstico de qué?

—Comentan que por los síntomas descritos, por el historial del niño y por los resultados de la entrevista, con toda seguridad se trata de evitación a la escuela.

—¿No querer ir a la escuela es una enfermedad?

—He estado hablando por teléfono con el psicólogo esta mañana. Me ha comentado que lo primero que tenemos que hacer es una revisión médica a Xavier, para descartar que lo que le pasa pueda tener un origen físico. En estos casos es normal que aparezcan dolores de origen psicogénico.

—Psico ..., ¿qué? ¡Pero si mi hijo no se queja de nada! Lo único que dice es que no quiere ir al colegio.

—Pues no es lo que Xavier dijo en la reunión—cogió unas hojas de una carpeta que tenía encima de la mesa—. Dolor de cabeza, vómitos, dolor de estómago, mareos— Montse se encogió aún más en su asiento, con los ojos clavados en algo extraordinariamente interesante situado prácticamente debajo de su silla—. Cuando tengamos los resultados de las pruebas, entonces veremos qué hacemos. En cualquier caso, parece que

con Xavier esa evitación es fuerte, por lo tanto, probablemente los ejercicios de meditación o de relajación no serán suficientes y necesitará algún tipo de terapia cognitiva o conductual. Pero ya lo iremos viendo sobre la marcha. Si esto no remite, como último recurso, habría que plantearse un cambio de centro.

La directora se levantó de su silla, dando por finalizada la reunión, mientras yo intentaba desesperadamente salir de mi estupor.

—¿Y el tema que haga menos horas? ¿No podría ser una posibilidad de ...?

—No. En este punto, el psicólogo ha sido tajante. Debemos transmitir a tu hijo el mensaje de que, haga lo que haga, no le servirá de nada y no logrará evitar venir a la escuela. Además, si él comienza a faltar, los otros lo verán y también querrán hacer lo mismo. No me gustaría que esto se contagiara y provocara una epidemia. Estos niños, de aquí a poco más de un año irán al instituto, y deben estar centrados en lo que toca.

—Yo también le había propuesto a Montse si se podía cambiar un poco la forma de impartir las clases y que así Xavier no se aburra ...

—La línea pedagógica del centro se decide en el claustro y en la comisión, teniendo en cuenta la legislación actual, el proyecto pedagógico del colegio y las recomendaciones de la inspección educativa. En el nuestro hemos incorporado ya prácticamente todos los elementos nuevos de la LOE y gran parte de la LEC, en todo lo que respecta al trabajo por competencias y la escuela inclusiva. Me parece que Montse ya te comentó todo esto. Además, el problema no lo tiene la escuela... Quedamos así, ¿de acuerdo, Frank? Cuando tengas el informe del médico, volvemos a hablar.

A media tarde las nubes aparecieron por detrás de Queralt y de la Figarassa, oscureciendo el cielo. A las cinco, prácticamente parecía de noche, y una lluvia cerrada caía por encima del Berguedà. Mi hijo, después de la escuela, hacía actividades extraescolares. A las siete lo pasaría a recoger por el gimnasio. Mientras tanto, miraba los borradores del nuevo proyecto sin ser capaz de concentrarme en su estudio. Desde la ventana de la habitación, que había habilitado como estudio, podía observar los rayos que cruzaban el cielo y el chaparrón que caía en la calle. Por la acera se acercaba una figura femenina cubierta con un paraguas demasiado pequeño para una tormenta como aquella.

Bajé las escaleras corriendo cuando oí sonar el timbre de la entrada principal para, al abrir la puerta, ver en el umbral a Montse empapada de arriba abajo. La hice pasar y la acompañé hasta el lado de la chimenea. Le puse una manta por encima de los hombros y le preparé una infusión de Roibos.

Me senté delante de ella. Todavía me rehuía la mirada.

—Pero, ¿qué ha pasado hoy? —Le pregunté.

Levantó la cabeza y me miró. Una lágrima, o quizás una gota de lluvia, resbalaba por su mejilla.

—No ha pasado nada. Ya lo has oído. Xavier sufre evitación en la escuela—me dijo con una serenidad aparente.

—Pero eso es una absoluta tontería. Él no tiene ningún problema en ir al colegio. Simplemente no encuentra sentido a ir a clase, y por ello no quiere ir.

—Todo lo que me cuentas no tiene mucha importancia. Pero quizás te deberías plantear cambiar a Xavier de centro.

—¿Buscar otra escuela? —Me parecía escalofriante que la profesora me lo propusiera— ¿Pero por qué? ¿Qué problema hay?

—No, no. No hay ninguno. Pero pienso que quizás él estaría mejor en otro tipo de colegio. Él tiene muy claro qué quiere y qué no. Se está aburriendo. Está pidiendo a gritos un cambio. Pienso que deberíamos escucharle.

—Yo ya lo hago. Por eso vine a hablar contigo. Lo que me estás diciendo ya lo sé. Pero no. Si mi hijo se aburre, si no encuentra sentido a lo que está haciendo, si tiene la sensación de estar perdiendo el tiempo, el problema es suyo y hay que llevarlo al psicólogo y ponerlo en tratamiento. Esto es lo que me habéis dicho esta mañana—me sentía realmente dolido e indignado. Se volvía a repetir la historia. Primero con Lilian, ahora con el pequeño. Y de nuevo esa sensación de impotencia, de invisibilidad. No importaba la fuerza de mis gritos. Nadie me escuchaba.

—Hay escuelas que utilizan metodologías educativas más respetuosas con el niño, que le proporcionan más autonomía y capacidad de decisión, más libertad a la hora de escoger qué es lo que quiere hacer. Pienso que es lo que nos está pidiendo Xavier. Ha cambiado mucho en estos últimos años. Ha crecido, ha madurado, ha cogido confianza en sí mismo. Nunca lo había visto tan bien en el colegio, tan integrado en el grupo, tan participativo, tan dinámico. Siempre había sido un poco miedoso y retraído. Y ahora ya no. Se ha ganado el respeto de sus compañeros y, en algunos aspectos, incluso se ha convertido en un punto de referencia. Por eso me sorprendió cuando me dijiste que no quería venir a la escuela. Hace unos años no me hubiera extrañado tanto, pero ahora... Pienso que estamos ante un mo-

mento muy delicado en lo que respecta a tu hijo. Y me da miedo no prestar suficiente atención a lo que nos pide, no estar a la altura...

—¿Y por eso quieres que vaya a otra centro? ¿Por que tienes miedo de no estar a la altura?

¿Como habíamos llegado hasta aquí? Sentía que la situación se me escapaba de las manos, que se degradaba por momentos. Y todo por compartir con ellas las preocupaciones de mi hijo. Sabía que Montse estaba de mi parte, que quería ayudarnos, que nos había defendido. Pero no podía evitar mostrarme desagradable con ella. Me observó unos segundos. Sus ojos mostraban resignación y tristeza. Luego giró la cabeza, y dejó que su mirada se perdiera por los rincones oscuros de la sala.

—Yo conozco el Martinet y el Ítaca, que son escuelas públicas con pedagogías alternativas. En el Martinet tienen diferentes espacios organizados y las criaturas escogen en qué quieren participar. Ítaca se organiza por proyectos interdisciplinarios con grupos de niños y niñas de edades diversas. También hay escuelas privadas, como la Montessori en Girona o la Waldorf en Barcelona, el Liberi en Premià de Mar, o también el Roure, en el Penedès. En el Roure y en el Liberi siguen la pedagogía activa. Un ex compañero mío de magisterio lleva a su hija al Roure. Si quieres, te doy su teléfono y quedáis para te explique cómo funciona.

—¿Y tengo que irme de la comarca para que mi hijo pueda ir a colegio? ¿No sois una escuela inclusiva, progresista, laica y no sé qué más? ¿Y eso hacéis? ¿Cuando alguien se queja lo echáis fuera?

—Aquí, en el Berguedà, hay una escuela de estas de educación alternativa, pero sólo llega hasta los seis años. Cerca de

Moià había un proyecto educativo con niños más grande, aunque no sé si sigue en funcionamiento. Hay una asociación, la Xell, que coordina un poco todo este movimiento. Puedes pedir información allí—se levantó y miró por la ventana. La tormenta había amainado y sólo algunas gotas dispersas continuaban cayendo—. Ya casi no llueve. Tengo que irme—recogió su chaqueta, todavía empapada, y su paraguas—. Yo sólo quería que supieras que hay otras opciones. Aguanta esto un momento—y me pasó sus cosas, mientras buscaba en su bolso un boli y un papel. Escribió un número de teléfono—. Ten. Se llama Jordi. Llámale y habla con él. Dile que vas de mi parte—tomé la nota con la mano que me quedaba libre y me la guardé, sin mucha convicción, en el bolsillo. Cogió la chaqueta que le sostenía y se la puso. Cuando quiso coger el paraguas, lo retuve, hasta que me miró.

—A ver si nos entendemos, Montse. Has venido a verme, en medio de una tormenta, sin pasar por tu casa y con los ojos llorosos—una mano involuntaria fue a la mejilla—, ¿sólo para decirme que conoces un tipo que lleva a su hijo a una escuela libre y darme su teléfono? Esto lo podrías haber hecho con una simple llamada.

—No es hijo. Tiene una niña.

—No importa. Mírate. Estás empapada. ¿Qué pasa, Montse? ¿Por qué quieres que Xavier vaya a otra escuela?

—Frank, haz lo que quieras. Yo me comportaré con tu hijo como hasta ahora. Lo continuaré respetando y tratando como el niño despierto y espabilado que es.

—¿Qué quiere decir que lo continuarás tratando igual? ¿Qué pasa? ¿Que los demás no lo harán? ¿Acaso se comportarán de manera diferente ahora?

—Xavier está pidiendo libertad... Y a partir de ahora le darán disciplina—abrió la puerta y traspasó el umbral. Desde la calle se volvió y me miró, mientras abría el paraguas—. La reunión de la semana pasada fue horrible—susurró en una voz casi inaudible—. Se dijeron verdaderas tonterías. De tu hijo y de ti. Hazle un favor y búscale otro centro. Aquí lo destrozarán.— Empezaba a llover de nuevo. Se despidió con la mano y se encaminó apresuradamente calle abajo. Cuando desapareció, cerré la puerta, recuperé la nota de mi bolsillo y me dirigí al teléfono.

Por tierras de vinos

—Son los responsables de nuestros hijos y eso es lo que esperamos, responsabilidad, implicación. Que se pongan en nuestra piel y en la de los niños y vean las cosas como nosotros. Pero no somos conscientes de que no sólo tienen a nuestro hijo a su cargo. El tutor tiene veintí tantas criaturas más de las que debe preocuparse. Los especialistas, alrededor de unos cien. Y si hablamos de secundaria, ya nos vamos a ciento ochenta o doscientos. Sería ideal ofrecer una atención personalizada a cada niño o niña, pero con estos ratios, con estas cargas lectivas y con la presión que hay sobre todo el sistema educativo, es inviable. Sin hablar de las exigencias de los padres, de los problemas familiares, de las dificultades económicas que ahogan algunos hogares, de la violencia, del *bullying*, de los informes PISA, de la Consellera, de los recortes...

La casa de Jordi se levantaba por encima del torrente de Mediona, en el noreste de San Juan de Mediona, cerca de los lavaderos. En el patio de la casa, soleado durante todo el día, Jordi había construido un invernadero donde cultivaba diferentes tipos de hortalizas. Hablábamos de educación, mientras él aplicaba un fertilizante ecológico a las macetas de las hortalizas.

—A mí lo que me saca de quicio es que, ante cualquier problema, culpen siempre los niños o a sus padres—le expresé, con indignación.

—¿Y qué quieres que hagan? ¿Que digan: «Mis clases son monótonas y aburridas. Lo siento. Intentaré mejorar»? Seamos realistas. Organizar unas sesiones dinámicas, participativas, en las que tengas en cuenta las características, intereses, necesidades y ritmos de cada uno de tus alumnos y respondas a sus inquietudes, requiere una dosis enorme de energía, tanto para

preparar las clases como para impartirlas. Y a menudo, cuando introduces innovaciones, puedes encontrarte con la oposición de tus compañeros, que no entiendan tus métodos. O que, simplemente, se sientan cuestionados.

Antes de nacer su hija y durante los primeros años de vida de la niña, Jordi y su mujer vivían en Barcelona. Cuando tuvieron claro que querían una educación diferente para su hija, se mudaron a Sant Joan de Mediona y apuntaron la niña al Roure. Ya hace cuatro años de esto. Jordi ahora es profesor de educación física en un centro público de primaria de Vilafranca. Su mujer sigue trabajando en Barcelona.

—Sí. Supongo que esto es lo que ha ocurrido en el caso de Xavier. Que se han sentido cuestionados o criticados y han reaccionado a la defensiva.

—Pero es que no puede ser de otra manera. Los profesores y los equipos directivos de las escuelas nos volveríamos locos, si tuviéramos que hacer caso de todo lo que se nos dice. En tu caso, han debido ligar la negativa de Xavier a continuar yendo a la escuela con tus demandas para modificar el modo de impartir las clases y les ha debido sonar a chantaje, del tipo: «O cambiáis cómo enseñáis, o mi hijo no vendrá más».

—No era la intención. En absoluto. Simplemente quería transmitirles una inquietud, y que la escuela y nosotros pudiéramos colaborar para darle respuesta.

—Pero lo que pides es muy difuso. Muchos niños se aburren en el colegio. ¿Y qué quieres hacer? ¿Preguntarle a cada chaval cómo quiere la clase? Hay un único espacio común. No se puede adaptar a las demandas de cada uno. Y además, ¿cuántos niños o niñas tienen una idea clara de lo que cambiarían para no aburrirse en clase?

Entramos dentro de la casa, pero antes dejamos los zapatos en la entrada. Jordi siguió con su explicación.

—Como profesor, tienes muchas limitaciones. Estás reducido a un tiempo y a un espacio determinados. A unos contenidos e, incluso, a una metodología concreta. Como padre, no tienes estas imposiciones. Puedes plantearte todas las opciones, sin más restricciones que las estrictamente operativas. De este modo, partiendo del conocimiento que tienes de tu hijo, puedes construir el entorno educativo más adecuado para él. Es lo que hicimos nosotros con nuestra hija. En casa la educamos con respeto, como a una persona, que es lo que es en realidad, y no sólo una niña. La hacemos participar en la vida cotidiana, le damos espacio y responsabilidades, la escuchamos y apreciamos sus opiniones. Y queremos que el centro donde asista sea congruente con el trato que recibe en casa. Por este motivo la llevamos aquí, al Roure.

—¿Cómo ha ido la experiencia? —le pregunté.

—Muy positiva. La escuela es una extensión del propio hogar, enriquecida con la presencia de los educadores y de los compañeros, y con la existencia de espacios y materiales que no están disponibles en casa.

—No me había planteado nunca esto que comentas de la congruencia entre el hogar y la escuela. Por lo menos, desde este punto de vista.

—Las diferencias enriquecen, porque te proporcionan un punto de vista adicional, pero sólo cuando puedes apreciarlas. En la edad de empezar a ir a la escuela, un niño todavía está creando su propia concepción del mundo. Si las contradicciones con las que se encuentra son demasiado fuertes, puede encon-

trarse en una disyuntiva conflictiva. Tanto el colegio como su casa tienen un peso específico muy importante en su vida y desarrollo. Cuando las contradicciones son importantes, aceptar una concepción supone en cierto modo traicionar la otra parte. Tienes un ejemplo de lo que te comento con los chavales de origen magrebí. Según leí, es común que las madres de la comunidad alauí no vean con buenos ojos que sus hijos estudien en una cultura que no es la suya. Esto pone los chicos en una situación terrible, y explicaría parte del elevado fracaso escolar de los niños de esta comunidad. Si quieres que tu hijo se desarrolle bien en la escuela, la vida en tu casa debe estar en sintonía con la vida en el centro, en cuanto a los valores, actitudes, creencias, ritmos vitales, costumbres sociales, etc. Y si tu manera de vivir y de entender la vida no coincide con la de la escuela, o la cambias o te buscas otro colegio. Si no, quien sufrirá las consecuencias será el niño.

—¿Pero qué quieres decir con eso del respeto? ¿Qué insinúas? ¿Que en las escuelas no se respeta a los niños?

—No, no. Por norma general, se dispensa un trato muy considerado. Pero se tratan a los niños como eso, como niños, no como personas.

—Son ambos a la vez, ¿no? Personas pequeñas—no acababa de entender qué quería decir. Yo no veía la diferencia.

—A un individuo no se le dice lo que debe hacer y se le obliga a hacerlo. Sólo a los esclavos y a los prisioneros. Un trabajador, por ejemplo, siempre puede negarse a ejecutar un trabajo y plegar. Pero los niños, no. Ellos están obligados a realizar lo que el maestro designa.

—Pero son criaturas pequeñas. Necesitan alguien que les enseñe.

—Obedeciendo aprendes a obedecer. Creo que es más interesante aprender a tomar decisiones. Y eso se aprende haciéndolo. Decidir cada día a qué dedicas tu tiempo, es una manera de tomar decisiones.

—Me suena eso que me cuentas.

—No puedo asegurarte que sea lo más correcto. Y podría simplemente hacer lo mismo que hace todo el mundo. Pero esto tampoco es ninguna garantía. Y yo pienso que si me tengo que equivocar, como mínimo, que sea haciendo lo que creo que debo hacer, y no siguiendo lo que hace la mayoría.

La tentación de la escuela alternativa

Volví a hablar con Montse, la tutora de Xavier. Le expliqué mi conversación con Jordi y que probaríamos el nuevo colegio. O sea, que durante un mes no esperasen a mi hijo. Me sonrió y asintió. Se comprometió a hablar con la directora y a explicárselo. Me dijo que no creía que hubiera ningún problema.

Una vez resuelto el tema de la escuela, me dirigí a casa a preparar las maletas.

El sábado siguiente, de buena mañana, cargamos las bolsas en el coche y nos fuimos Xavier y yo en dirección a Sant Joan de Mediona. Seguimos la autovía C16 hasta pasar Sallent, donde cogimos el Eix Transversal en dirección a Lleida, en plenas obras de desdoblamiento. Posteriormente, la flamante y remodelada C15, que nos llevaría hasta Igualada, Mediona o la playa de Vilanova, si fuera necesario. Por último, diez kilómetros más por carreteras locales, atravesando Sant Pere Sacarrera, antes de llegar a nuestro destino.

Nos quedaríamos los primeros días en casa de Jordi, y ocuparíamos una habitación que tenía libre. Después, miraríamos de alquilar algún apartamento pequeño y amueblado.

Paré el coche delante de la casa. Llamé a la puerta y empecé a descargar las bolsas, mientras Xavier, de pie junto al vehículo, observaba en silencio el entorno.

Jordi salió y me ayudó a descargar las maletas. Estaba entrando una mochila especialmente pesada, llena de libros y otro material de consulta, que probablemente no utilizaríamos en todo el mes, cuando me sorprendí al ver a Xavier observándome con rostro de profundo disgusto.

—¿De verdad pretendes que nos quedemos un mes aquí? — me preguntó.

Dejé caer la bolsa al suelo. Por un momento sentí un repentino mareo, mientras el mundo se distorsionaba delante de mí. Voy parpadear y miré fijamente mi hijo.

—¿Perdona?

—¿Para qué hemos venido aquí?

Me quedé allí plantado, en plena calle, observándolo, sin poder articular palabra. No es que esperara agradecimiento por su parte por todo lo que estaba haciendo. Yo soy su padre y es mi responsabilidad velar por las condiciones de su desarrollo. Pero la falta de empatía que estaba demostrando en ese momento me irritaba.

—¿Como... que a que hemos venido? ¿No decías que no querías ir a la escuela?

—¿Y para no ir debemos estar aquí? ¿Cómo iré a teatro o a jugar a la plaza? ¿Cuánto tiempo hemos tardado en llegar? ¿Una hora?

—Casi dos ...

—¡Casi dos! ¿Y nos pasaremos cuatro horas cada día en el coche para venir hasta aquí? ¿Para ir al colegio este de la encima?

—Se llama el Roure. Y no, no estaremos cuatro horas cada día de viaje. Nos quedaremos aquí. No podrás ir a las actividades extraescolares. Miraremos a ver si por los alrededores también hacen teatro y dibujo.

—¿Y mis amigos?

—Harás nuevos.

Se quedó en silencio, de pie en medio de la calle, mirándome fijamente sin parpadear, pensativo, mientras Jordi nos observaba desde la acera.

—Pues entonces prefiero seguir yendo a mi escuela—y volvió a subir al vehículo.

La tentación no seduce

Era ya casi la una de la tarde y todavía no habíamos desayunado. Pasábamos ahora por encima de la A7, en dirección a Manresa, volviendo a casa después del último fracaso.

Tras la escena patética de Xavier, negándose a quedarse en San Juan de Mediona y encerrándose dentro del coche, Jordi se acercó. Me disculpé por el espectáculo que habíamos ofrecido. Me sentía realmente avergonzado, por todas las molestias que le estaba ocasionando a Jordi, que se había portado tan bien conmigo y me había ayudado tanto, ofreciéndonos incluso dejarnos vivir en su casa unos días. Le expliqué que el niño estaba cansado del viaje, que no sabía lo que decía y que ahora hablaría con él y lo arreglaría todo. Me miró a los ojos, apoyó su mano en mi hombro y me sonrió amigablemente.

—No sufras. El Roure no se moverá de sitio. Si no lo tiene claro, no lo fuerces. Déjale tiempo.

—Pero ahora ya lo hemos organizado todo. Lo hemos dicho en la escuela, hemos quedado con los del Roure, contigo...

—No, no. Tranquilo. Vete a casa. No pasa nada. No te debes disculpar. Ni conmigo, ni con la gente del Roure, ni con los del colegio de tu pueblo. Lo habéis intentado y no ha podido ser. No pasa nada.

—Ni hablar. Xavier el lunes irá al Roble, lo quiera o no. Ya te lo aseguro. Llevamos demasiado tiempo con esta historia.

—Como te comentaba el otro día, pienso que es importante que los pequeños tomen sus propias decisiones. Esto les ayuda a aprender a decidir. Por eso llevo a mi hija a esta escuela. Y la primera decisión que el niño toma es precisamente esta. Si quiere ir o no. Y tu hijo, hoy por hoy, no quiere.

—¡Oh! —Miré a Jordi unos segundos, intentando acabar de entender lo que trataba de decirme— Sí, sí, claro.

Volvimos a cargar las maletas en el coche y fuimos a hacer una visita al colegio, para que Xavier tuviera más elementos de juicio a la hora de tomar su decisión.

Y ahora volvíamos a casa, con un mes de antelación, caras largas y pocas opciones. Había depositado muchas expectativas en este nuevo centro, en este nuevo proyecto; ilusiones que mi hijo había destruido en cuestión de segundos. ¿Y ahora qué? No podía evitar sentirme enfadado con él por su egocentrismo y su intransigencia, pero también preocupado. ¿Qué haríamos ahora? Teníamos que volver a la escuela del pueblo. ¿Y qué explicaríamos? ¿Que a Xavier le parecía demasiado lejos? ¿Que no se quería alejar de sus amigos y de sus abuelos? Era la verdad, pero me sentía ridículo. Haber montado toda aquella movida, para volver al colegio de siempre al día siguiente.

—Es mejor así—la voz de mi hijo llegaba como un murmullo tembloroso, afectada.

—¿Es mejor así? ¡Me has hecho hacer el ridículo! ¿Tú sabes a cuántas personas hemos molestado? ¡No se puede hacer eso!—le dije realmente cabreado.

Le miré. Me observaba con la boca entreabierta y expresión de enfado, a punto de soltar una respuesta que seguramente sería punzante, del tipo «el ridículo lo has hecho tú solito, no necesitas ayuda” o algo parecido. Pero las palabras no salieron de su boca. Desvió la mirada hacia la ventana y se quedó pensativo.

—Si hubiera ido, habría hecho amigos, habría conocido los profesores, el lugar, los vecinos y, después, habría sido más difícil marcharse.

—Grrrumphh ... —No estaba de humor para articular ninguna palabra. La interjección era suficientemente significativa.

—Yo lo que quiero es estar contigo, Lilian, los abuelos. Verme con mis amigos cuando tengamos ganas, el tiempo que nos apetezca, y no que me obliguen a verlos o no en función de los horarios de clase.

—Tú lo que quieres es hacer lo mismo que Marc. Y eso no puede ser. Tienes que ir a la escuela. Lo hemos discutido ya varias veces...

—¡Y no hemos llegado a ninguna conclusión! Cuando hablas con Quar de este tema, primero te pones muy gallito y lo cuestionas todo, pero después sólo habla ella y tú lo único que haces es decir que sí con la cabeza.

Si las miradas mataran, en ese mismo instante, mi hijo hubiera caído fulminado.

Volví la vista a la carretera. Nos acercábamos ya a Manresa, a la incorporación con la C25.

—A ver cómo le explicas lunes a tu tutora qué haces en clase...

Xavier miraba por la ventana, con los ojos enfocados en un horizonte lejano, absorto en sus pensamientos. Por un momento pensé que no me había oído. Luego, sus labios comenzaron a moverse.

—A ver cómo se lo explicamos a la directora—y me dirigió una mirada tristemente elocuente. Permanecimos en silencio el resto del viaje, sumidos en negros pensamientos y más oscuras perspectivas.

Retorno al punto de origen

Cuando llegamos a casa, Lilian, Anaís y Rudolph ya habían terminado de comer. Lilian y Anaís estaban cómodamente sentadas en el sofá viendo una peli. Rudolph ya se había ido. Seguramente estaría en su taller, trasteando con algún servidor perezoso o intentando erradicar una infestación viral del portátil de turno.

Como en otras ocasiones, me sorprendía cuando veía a mi hija, brusca y explosiva como era, comportarse con tanta serenidad y afecto cuando estaba con Anaís. Estaban las dos sentadas en el sofá, la cabeza de su amiga apoyada en el pecho de mi hija, que le acariciaba el cabello. Miraban *Brokeback Mountain*. En otra ocasión, hubiera aprovechado la ocasión para soltar algún comentario sarcástico. Pero no estaba de humor.

La mesa del comedor aún estaba parada, los platos sin recoger (y ni rastro de comida comestible a la vista, nada, ni siquiera un triste trozo de pan). Entonces, sí. Solté cuatro exabruptos que hacía rato que tenía ganas de dejar ir. Los gritos fueron rápidamente contestados por Lilian, que ya se acercaba con mirada desafiante y espetaba improperios, mientras recogía los platos de mesa y Anaís daba saltitos nerviosa a su alrededor. Me di media vuelta y me encerré en mi despacho.

Estuve trabajando hasta pasadas las diez de la noche. Trabajar me serenó y me permitió ver las cosas con un poco más de objetividad y perspectiva. En cierto modo, Xavier tenía razón. No tenía sentido profundizar en una vía que sabíamos ya de buen principio que no era la que estábamos buscando. Y sí, también me había puesto en ridículo yo solito, moviendo todo el tema, precipitándome innecesariamente y sin tener la certeza de que era eso lo que mi hijo buscaba.

Salí del despacho y me dirigí a la cocina. Desde la mañana no había comido nada y estaba famélico. En la nevera encontré unos espaguetis cocidos. Los recalenté en una sartén y les añadí un poco de salsa *al pesto*.

La casa estaba desierta. No había nadie en la sala de estar. Me senté en el sofá, con mi plato de pasta recalentada sobre la mesita de madera de cuando Xavier era pequeño. La pared de enfrente al sofá estaba desnuda, limpia. La utilizábamos para proyectar las películas, a modo de cine casero. El proyector estaba apagado. Había entrado en estado de ahorro de energía. Toqué el ratón del portátil. La pantalla se iluminó y apareció la figura del Jake Gyllenhaal a caballo, recortándose por delante de un paisaje montañoso sublime.

No habían retomado el visionado de la película después de nuestra interrupción. Entendí que mi hijo les había explicado nuestra “experiencia” por las tierras del Penedès. Ahora probablemente estarían en el taller de Rudolph o tomando un refresco en algún bar.

Acabé mi improvisada cena y llevé el plato en la cocina. Dudaba entre ver la peli de los vaqueros o volver con mi trabajo cuando volvieron. Aún estaba Anaís con ellos.

—¿Ya has salido de tu agujero?

—Sí. Pero quizás vuelvo.

—Qué día, ¿eh? —El tono de Lilian era conciliador. Se sentó en una silla, delante de mí. Me preguntó—: ¿Y ahora qué?

Anaís fue a la cocina. Xavier subió arriba, supongo que a su habitación.

—¿Habéis cenado?

—Sí. Hemos comido un bocadillo—Anaís volvió de la cocina con una manzana. Lilian me miraba, esperando la respuesta a su pregunta. Cuando le quedó claro que esta no llegaría tan fácilmente, volvió a formular la pregunta—. ¿Y ahora qué?

—¿Ahora? Pues, el lunes al cole, ¿qué si no?

—¿No quieres probar otras opciones?

—No hay más. No hay otras escuelas de este tipo por aquí cerca, y tu hermano no quiere alejarse de casa ni de sus amigos.

—¿Y otros colegios normales?

—Ya lo he pensado. Pero, por aquí arriba, no hay diferencias significativas entre unos y otros. De estos que utilizan metodologías diferentes, el más cercano está en Manresa ...

—¿Y los rurales?

—Sí, es una posibilidad. Este mismo lo era, cuando tú ibas. Pienso que Xavier se encontraría más a gusto. Pero a medio curso no podemos cambiar. Debería ser de cara al próximo año ...

—¿Y?

—Y luego viene el instituto... Y no hay institutos rurales... Debemos pensar en ello, también. El Roure estaba bien precisamente por eso... Porque allí mismo, en Sant Joan de Mediona, un grupo de padres ha organizado una especie de centro de enseñanza de secundaria.

—¿Y que se eduque en casa?

—No toquemos este tema.

—¿Por qué no? ¿Pones límites? ¿No decías que teníamos que pensar en todas las posibilidades, por absurdas que parecieran?

Miré largamente a Lilian.

—No lo haremos, eso de educar en casa. Y plantear algo que no haremos, lo único que puede provocar es alimentar unas expectativas que no se cumplirán.

—Xavier no está... —Y me mantuvo la mirada con una sonrisa retadora.

—¿Tú de parte de quién estás?

—De parte de él, claro. ¿Por qué?

—Claro, claro... —Me levanté del sofá y recogí mi plato. Se lo acerqué a Anaís, que depositó el corazón de la manzana que se acababa de comer, y me dirigí hacia la cocina—. ¿Qué habéis estado tramando? ¿Qué propuestas tienes?

—Pues ahora que lo dices... —Hizo una pausa y esperó que volviera a sentarse en el sofá, después de haber cogido una manzana yo también—. El lunes, Marc y sus hermanos bajan al CosmoCaixa. Se ve que han quedado con otra familia. A Xavier le gustaría ir con ellos.

Levanté una ceja y la examiné de reojo...

—Ah... Y que no vaya a la escuela—le respondí.

—Claro que no. Os han dado un mes para probar otra metodología educativa. ¿Pues por qué no intentar la educación en casa, a ver cómo va?

—Lo habíais planificado todo esto, ¿verdad? Dejar que pidiera un mes en el centro, para luego no querer ir al nuevo colegio y así tener un mes de vacaciones gratis, ¿eh? Pues no os saldrá bien.

—Tú sabes que no es así. Lo del Roure te lo has montado todo tú por tu cuenta, sin consultar a nadie.

—Os lo comenté...

—Dos días antes, cuando ya lo habías organizado todo... Es normal que Xavier no haya conectado.

—Ni siquiera lo ha probado...

—Pues déjale probar esto de educar en casa.

—Pero es que tampoco le gustará. Se aburrirá, se pasará todo el día en la tele o jugando con el ordenador. No aprenderá nada. No querrá estudiar nada. Y se descolgará de sus amigos. Lo dejarán de lado. Será un desastre...

—Pues con más razón todavía. Déjase lo intentar. No es tonto. Si ve que no funciona, será el primero en decírtelo. Y aunque no te lo diga. Tendrás argumentos de peso (que, por cierto, hoy por hoy te faltan) para recomendarle con vehemencia la conveniencia de volver a la escuela.

Me quedé pensativo unos segundos. Lilian podía ser muy persuasiva si se lo proponía. Y sí, tenía razón. Por esta vía se abrían una serie de posibilidades que podían ser interesantes.

Se dio cuenta de que yo no replicaba y aprovechó para seguir insistiendo en el mismo punto.

—De hecho, si tan seguro estás de que educarse en casa es malo y que lo mejor es ir al colegio, ¿de qué tienes miedo? Enseguida lo veremos, si es tan negativo... ¿O es que nos quedaremos tontos de golpe y ya no habrá vuelta atrás? Es una posibilidad. Tú me lo has dicho cientos de veces. Cualquier alternativa es una opción que hay que explorar. Tú mismo no podrás sentirte muy satisfecho de cómo gestionas la educación de tu hijo si no exploras esta vía, si te limitas a lo establecido, a la comodidad... —El discurso sereno, pausado, pero con la energía habitual en las disertaciones de la Lilian se había transformado hoy en una defensa vehemente y emocionada que, en momentos, le entrecortado la voz. Sus ojos estaban ligeramente enrojecidos, más cerca de las lágrimas de lo que a ella le gustaría reconocer. Era un tema que le tocaba profundamente. No sólo por el afecto intenso que sentía por su hermano. También porque conectaba con la época en que ella también era una niña pequeña que padecía—. Sé valiente y decide por ti mismo.

Me sentía superado, desconcertado. ¿Valiente? ¿Tomar una decisión? Precisamente, esto era lo último que podía hacer en ese momento. Necesitaba tiempo.

—Estoy confuso y cansado. Y me parece que no soy el único. Creo que todos necesitamos un poco de tiempo para reflexionar sobre este tema con calma.

—Pues sólo tenemos un día para tomar una decisión.

—No, no. Tienes razón. En la escuela no esperan Xavier hasta dentro de un mes. Tenemos tiempo.

—Entonces, ¿le dejarás que pruebe la educación en casa? — Sus ojos brillaban y la sonrisa le llenaba el rostro. Suspiré cansadamente.

—No. Simplemente no volverá al centro hasta que decidimos qué hacer. ¿Lo comprendes eso?

—De acuerdo, de acuerdo. Lo entiendo. En *standby*, como si dijéramos, ¿verdad?

—Exactamente.

Un ruido de pasos provenientes de las escaleras llegó a la sala. Giré la cabeza y vi a mi hijo que nos miraba desde el umbral.

—¿Y el lunes? ¿Podré ver a Marc?

Ciencia en Barcelona

A pesar de las mejoras en las infraestructuras viarias, bajar a Barcelona es toda una excursión. Entre llegar, buscar aparcamiento y todo, puedes contar casi dos horas de trayect. Y allí estábamos, lunes a las ocho de la mañana, en la puerta de casa, con la mochila de los bocadillos preparada para la excursión y esperando a que llegara Anaís. Tanto ella como Lilian se habían apuntado a la salida al Museo de la Ciencia con entusiasmo.

Anaís llegó cuando sólo pasaban un par de minutos de las ocho, puntualidad inusitada en ella. Venía alegre y risueña, con su bolsa de la Hello Kitty a la espalda y una gorra a juego en la cabeza. Nos saludó con euforia, quizás un poco demasiado escandalosamente para la hora que era, y empezó a hablar animadamente con Lilian y Xavier a la vez que daba saltitos de aquí para allá.

Mientras ponía la bolsa “HelloKittiana» en el maletero del coche observaba cómo charlaban y reían. Por un momento me vi como el conductor de un autobús escolar. Me sentía un poco al margen, desplazado, aunque todos íbamos al mismo lugar. Pero no podía compartir plenamente su alegría, su optimismo desenfadado. El peso de las responsabilidades me lo impedía. Y no era, como en el caso del conductor, la responsabilidad de llevar y devolver los niños sanos y salvos, o al menos, no sólo ésta. Lo que nos estábamos jugando era el futuro de Xavier. Y tenía un miedo asfixiante, casi doloroso, a tomar una decisión equivocada.

Pero era innegable que aquel era un día especial. Los compañeros de mi hijo hoy irían a clase. Y él no. Y no porque estuviese enfermo.

Me preguntaba a menudo a mí mismo qué debía haber causado que Xavier no quisiera volver a la escuela y me sentía culpable por no haber sabido despertar en él un interés más fuerte, por no haber sido capaz de hacer que entendiera la importancia de ir al colegio. Quizás el hecho de distanciarnos un poco del día a día le permitiría reflexionar y le ayudaría a ver la escuela como un elemento más de su proceso educativo, y no como el tipo de campo de concentración con trabajos forzados incluidos que describe ahora.

Quería que fuera él quien decidiera volver a la escuela. Pero por sí mismo, no a causa de presiones por mi parte. Ni activas ni pasivas.

Habíamos quedado con Quar y la otra familia en el vestíbulo del museo, frente a la tienda. Me presentó a Pilar y a Anna, su hija. Anna era algo mayor que Xavier y Marc. También se educaba en casa. Tenía una hermana mayor, Ester, que se había educado en casa igualmente y que ahora hacía bachillerato en el instituto.

Marc, Anna y Xavier enseguida se «perdieron» en la exploración de las salas y los espacios del museo. Los adultos y los más pequeños hicimos la visita a nuestro ritmo, mientras íbamos charlando sobre educación, por supuesto.

Pilar y sus hijas seguían libros de texto. No con un horario rígido, pero sí que dedicaban unas horas cada día a trabajar las diferentes materias.

—Cuando con Ester hacíamos ESO en casa, dedicábamos dos horas al día, y acabamos todo el temario. En el instituto hacen seis, y no tienen tiempo de terminar los contenidos de los libros.

—¿Y cómo le ha ido la incorporación? ¿La han aceptado bien? —Le pregunté.

—No ha tenido ningún problema. Piensa que son ya los estudios postobligatorios. Se supone que quien está, es porque quiere. El ambiente es bastante diferente.

—¿Y no ha tenido ninguna dificultad? Quiero decir, dentro del aula hay unas normas y unas pautas de comportamiento, y si no ha ido nunca a la escuela...

—Hombre, ya sabe qué es una clase y cómo se debe comportar. Sí que le parece un rollo que sea todo tan rígido, pero supongo que eso les pasa a todos. Ella se levantaría, charlaría aquí y allá, miraría qué hacen los demás... Pero es lo que hay.

—¿Y no has pensado en alguna escuela alternativa?

—¿Bachillerato en un centro alternativo? —Pilar me miró divertida—. ¡Cuando te enteres de uno que lo haga me avisa! ¡Je, je, je! De todos modos, tampoco podríamos pagarlo. Con lo que gana Pau, vamos bien justos. Si tuviéramos que pagar un instituto privado a Ester debería ponerme a trabajar yo también. Y entonces, ¿Anna qué? Ya no podría educarse en casa.

—Sí, claro. No había pensado en eso.

—Estamos en una sociedad que da por hecho que en las familias, tanto el hombre como la mujer trabajan. Así, cuando uno de los dos no lo hace, te ves obligado a controlar mucho los gastos.

—Y a prescindir de muchas cosas, supongo.

—Bueno, la idea es gestionar bien los recursos para no tener que privarnos de nada. Al menos de nada importante, ya me

entiendes. Es una cuestión de prioridades. Y de sentido común también—concluyó.

—¿Y las notas? ¿Qué notas está sacando, si no es mucho preguntar? —Pilar me observó un momento, como sorprendida por la pregunta. Esperó unos segundos antes de contestarme, supongo que meditando la respuesta.

—Las notas tienen una importancia relativa. Lo que es importante es la adquisición de conocimientos. Y también de competencias. Centrar los estudios en la puntuación, para mí es un error—me respondió.

—Pero de alguna manera se ha de valorar cómo lo ha hecho cada uno, para que pueda subsanar lo que no está haciendo bien—insistí.

—Pues le explicas qué es lo que está haciendo mal y cómo corregirlo, ¿no? Sería lo más lógico. Y seguramente es mucho más útil que te indiquen qué haces bien y qué haces mal, no que te digan «tienes un 6». Si tienes un seis, significa que has hecho bien un 60% de lo que te pedían. ¿Pero qué es lo que has hecho mal? La nota no te lo dice.

—Pero es una orientación. Y, además, necesitamos las puntuaciones para saber quién aprueba y quién no, ¿verdad?

—Si un niño tiene dificultades para desenvolverse con una asignatura, ¿qué hacemos? ¿Lo suspendemos y ya está? ¿O lo tenemos en cuenta y le adaptamos el temario? La Ley educativa dice que lo que hay que hacer es lo segundo, con lo que las notas serían un aspecto secundario. Otro tema es si las escuelas y los institutos hacen esto o no. O incluso si pueden, si disponen de recursos y capacidad para llevarlo a cabo. Y si no, ¿por qué no

puntuamos a las escuelas? Si el niño no aprende, quizá es culpa del centro, que no sabe motivarlo o hacerle llegar los aprendizajes. No suspende el chaval, sino la escuela.

—¿Y entonces qué? ¿Títulos para todos? ¿Independientemente de si están preparados o no?

—¿Y qué garantía te da a ti, una nota? ¿Y si ha copiado? ¿Y si ha aprobado el examen y ha suspendido la parte práctica, pero con la media obtiene el título? —Hizo una pausa y me miró intensamente—. ¿Sabes qué pienso? Que tenemos demasiada prisa por sacarnos estas titulaciones. Y a veces hay que ir más despacio. Si quieres aprender un oficio, por ejemplo, necesitas que un maestro te lo enseñe, y será éste quien te dirá si ya estás preparado o no. Pero claro, con las ratios que tenemos en los institutos y en las universidades, el profesorado no tiene ni idea de lo que sabes y necesita las pruebas y las puntuaciones.

—Pero exámenes y notas no es lo mismo. Se puede puntuar sin hacer exámenes.

—Sí. Y también me puedes decir que las notas no necesariamente califican, sino que evalúan. Pero en el fondo son notas, y todos queremos que sean buenas. Es el primer paso hacia la *titulitis*. Y luego te pasas la mitad del resto de tu vida acumulando títulos y diplomas. No recuerdas nada de lo que habías estudiado cuando los obtuviste, pero ya los tienes. Ya me dirás de qué sirve un trozo de papel que asegura que sabes hacer algo, si no sabes hacerlo.

Estábamos yéndonos totalmente del tema. Yo sólo quería saber qué notas sacaba su hija, para ver si su incorporación al sistema educativo había sido tan positiva como decía su madre. Y en lugar de recibir la respuesta que esperaba, me veía arras-

trado a un debate sobre la conveniencia o no de las puntuaciones, tema que para ser sinceros me importaba realmente poco, sobre todo en ese momento. Empezaba a sospechar que no quería decírmelo, probablemente porque no habían sido muy buenas, y eso seguramente debía ser difícil de admitir para ella. Un fracaso doblemente doloroso; de su hija, pero también de ella y de su método de enseñanza.

—No me has dicho qué notas saca tu hija — un poco brusco, pero realmente tenía interés en saberlo. Podía ser un nuevo argumento en defensa de la escuela y no lo pensaba dejar escapar.

—¿Que tienes *titulitis* tú? —Me preguntó Pilar. Y comenzó a reírse como una tonta. No entendí ni la broma ni sus risas, y me quedé allí plantado, mientras el resto le reían la ocurrencia. En ese momento llegaban los niños, que se cruzaban con nosotros de camino a la entrada.

—Ya lo hemos visto entero y volveremos a empezar. Ahora nos pararemos más tiempo en los lugares que más nos gustan— nos explicó Marc. Xavier nos miraba con curiosidad.

—¿De qué reís? —Nos preguntó.

—¿Sabes que tu padre tiene una enfermedad? —Le contestó Pilar—. Una muy contagiosa.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

— ¡*Titulitis!* —Y volvió a reír alegremente. Xavier y Marc también rieron con ganas, aunque creo que entendían incluso menos que yo por qué lo hacían. Aquella mañana de lunes, en la planta cero del Museo de la Ciencia, yo era el único que estaba serio, como si echarnos a reír en un museo fuese habitual, y mantenerse en silencio, sorprendente y extraño.

—Pues yo también tengo *titulitis*. ¡Ja, ja, ja! —Intervino Lillian— ¿Hay cura?

—Se está investigando. ¡Ja, ja, ja! Pero no dan muchas esperanzas.

Aún rieron con ganas un rato. Luego las risas amainaron.

—¿Y Ester, tu hija? ¿Tiene *titulitis* también? — Lillian examinó a Pilar con aire inquisidor. Marc, Xavier y Anna habían perdido ya el interés por nuestra conversación y seguían su ruta.

—Quizá un poco. Pero la tiene controlada. Ya te digo, a todos les gusta tener buenas notas y ser esto o lo otro, pero al instituto vamos a aprender, no a obtener buenas puntuaciones. Si esto no lo tenemos claro desde el principio, a la larga es contraproducente. Porque si te centras sólo en sacar buenas notas, te olvidas de aprender. Y al final sólo tendrás eso, puntuaciones.

—Si, ya entiendo a qué te refieres—le comentó Lillian.

—Pues yo no entiendo nada—cada vez me estaba poniendo más nervioso. Me sentía totalmente fuera de juego, incómodo. Volví a insistir—. Entonces, tu hija Ester ¿saca buenas o malas notas?

Todas me observaron como si acabara de caer de una higuera. Miré a Pilar, con expresión de «¿me lo dices o no?», Pero fue Lillian quien contestó.

—Todo excelente, papa—me soltó con suavidad, casi con condescendencia.

—El curso pasado, sí. Y este, por ahora, también—me confirmó Pilar.

Todo excelente en bachillerato. Por favor. ¿Pero qué era aquello? ¿Una conspiración para venderme las bondades de la educación en casa? ¿O es que me estaban tomando el pelo todas juntas?

—Pues lo siento, pero me cuesta creerlo.

—Pues, de hecho, no es tan extraño que Ester saque buenas notas—continuó Pilar—. Además, ya te digo, en casa intentamos no darles importancia.

—¿Qué quieres decir? ¿Que esto hace que Ester saque excelentes? —Lo que proponían era totalmente absurdo. No es tan sencillo sacar buenas notas. ¡Qué más quisiéramos!

—Pues influye. Es lo que te digo. Si damos importancia a la puntuación, acabamos focalizándonos en ella, y en el hecho de sacarlas como más altas mejor. No en aprender. Y precisamente, aprender es lo que hace que obtengamos buenas notas.

—Entonces, ¿qué motivación tienes? —Intervino Lilian.

—Pues el aprendizaje por sí mismo. Disfrutar mientras estudias. Disfrutar, incluso, haciendo los exámenes. Es posible, una vez te has desprendido de la presión, de las expectativas, de las exigencias. Lo haces porque quieres, y mientras lo estás haciendo, estás presente y consciente, concentrado en lo que tienes delante. Si estás pensando en otra cosa, déjalo y ponte luego, cuando hayas dado respuesta a la otra necesidad que te ha surgido—hizo una pequeña pausa—. Hablas de motivación. Las notas son una pura motivación extrínseca, muy utilizada en los planteamientos conductistas. Una herramienta muy poderosa. Pero sólo a corto plazo, porque cuando desaparece la motivación extrínseca que impulsa la acción, ésta también se

extingue. Con la motivación intrínseca esto no ocurre, porque es la propia acción la fuente de motivación. Pero, claro, no se puede hacer de una manera salvaje. Esta motivación hay que cuidarla, mimarla, alimentarla para que crezca. Pero cuando crece es imparable e insaciable.

¿Clase de psicología en el Museo de la Ciencia? Oh, por favor, cómo se complica todo. Yo sólo quiero que mi hijo vaya contento a la escuela. ¿Qué es todo esto de la motivación intrínseca y la extrínseca?

—Alguien criticaba el método Estivill diciendo precisamente eso. Que se basa en planteamientos conductistas— Lillian parecía muy interesada en todo este tema. ¿Se estaba planteando tener un hijo? ¿Quizás ser madre soltera, como Quar? ¿O que ella y Anaís adopten un niño?

—Es método es fantástico. Para los animales domésticos, claro. Las personas pienso que merecemos un poco más de respeto y de sensibilidad. Este es otro tema que también tiene cola. Pero lo dejamos para otro día.

—O sea que, según tú, las notas bloquearían esta «motivación buena» y la sustituirían por una mala? —Le pregunté, medio resumiendo, medio ridiculizando lo que explicaba Pilar.

—Si lo quieres decir así... Pero no es tan sencillo. No son incompatibles. Pueden ser complementarias. Además, que no haya motivación extrínseca no quiere decir que automáticamente nazca la motivación intrínseca, ni mucho menos. A veces es necesario un poco de motivación extrínseca para iniciar una actividad. Después, el niño o niña puede conectar o no con la actividad. Y esto se debe respetar. Que conecta, adelante. La motivación intrínseca se está activando. Que no, dejémoslo. No

es el momento. Quizá en otra ocasión. El problema surge cuando no lo respetamos, cuando a pesar de que el niño no muestre interés, insistimos en obligarle a hacer la actividad en cuestión, sólo mediante motivaciones extrínsecas. Los premios y los castigos también entrarían dentro de esta categoría.

—¡Pero todo el sistema educativo funciona partiendo de premios y castigos!

—¿Y por qué crees que educo yo a mis hijos en casa? —Y volvió a soltar su risota—. Bromas aparte. En la escuela no hay más remedio. Muchos chavales. Muchas obligaciones. Poco tiempo. Pocos recursos. Unos resultados a obtener. Es inevitable acabar utilizando métodos conductistas.

—Entonces, un chaval que estudie por motivación intrínseca obtendrá buenas notas... —propuse como resumen.

—¡Ja, ja, ja! Vayamos por partes, por favor. Primero de todo, olvídate de las notas. Un niño o una niña que estudie por motivación intrínseca aprenderá. Y aprenderá todo lo que pueda. Luego también hay que adaptar la forma de aprender. Mis hijas se encuentran muy cómodas con los libros y con un ritmo más o menos constante. Pero es mi caso. Quar lo hace totalmente diferente, y a ella le va bien. Cada criatura es un mundo. Segundo, olvídate del resto de la gente que te rodea. No, no quiero decir que pases de ellos. Simplemente que no te compares. Si eres el último de la clase, no te hundas. Y si eres el primero, no te lo creas. Tú a la tuya. A adquirir todo el conocimiento que puedas, huyendo de entrar en comparativas absurdas o en competiciones estériles.

—Pero me estás hablando de bachillerato. Aquí ya aprietan bastante. Y que tu hija saque excelentes, así, como quien no quiere la cosa...

—Pero tampoco tiene tanto misterio. Piensa que fue ella quien quiso ir. Yo también lo quería, pero la decisión fue suya. Si ella no hubiera querido ir, yo lo habría respetado, por mucho que me hubiese costado. O sea, que va porque lo quiere.

—De acuerdo. Lo hace porque quiere. ¿Qué más?

—Tanto la primaria como la ESO son repetitivas. Se insiste en los mismos conceptos una y otra vez, ampliándolos lentamente. ¿Por qué se hace esto? Porque los contenidos no se asimilan y hay retomarlos una y otra vez. ¿Y por qué no se asimilan? En parte por lo que te decía de las notas, en parte por la falta de motivación intrínseca, en parte también porque no es el momento, en parte porque no es la manera adecuada de hacerlo. En casa, todo esto lo hemos tenido presente. Entonces, el aprendizaje se realiza con asimilación y naturalidad, y no es necesario volver una y otra vez sobre el mismo aspecto.

—De acuerdo. No dais vueltas a las cosas. Directos al grano. Todo adaptado al niño. Aprendizaje con asimilación. ¿Qué más?

—Vaya, al final te cobraré, ¿eh? ¡Qué clase que te estoy dando!—me dijo Pilar.

—No, no. De clase, nada. No veo nada claro todo esto que me cuentas – le respondí, manteniéndome en mi postura suspicaz.

—Más. Mi marido, Pau, este punto lo comenta a menudo. Los compañeros de Ester, en su clase, llevan ya entre once y catorce años de escolarización, entre infantil, primaria, ESO y primero de bachillerato, al margen de la guardería. Cuando llegan al final de la ESO muchos están quemados, cansados. Mi hija no. Ella está fresca como una rosa, llena de ganas, de ener-

gía, encantada con la novedad. Pau dice que los estudios son como una carrera con una etapa prólogo de diez años, en la que un 30% de los participantes abandonan y un 20% más, cuando terminan esta etapa, no quieren saber nada más del resto de la carrera. Y, además, ¿sabes qué? Es una etapa que encima no puntúa.

Me quedé pensativo, con la imagen de una carrera con un montón de coches estropeados y de pilotos cansados y aburridos dando vueltas en mi cabeza.

—¿Más, papá? — Lilian me sacó de mi ensimismamiento.

—¿Eh? Sí, sí, claro. Más, más.

—Como quiera el señor. ¿Ya te vas haciendo una idea, verdad, de cómo funcionamos en casa? Mi marido y yo preparamos actividades, resolvemos dudas, colaboramos en la búsqueda de información, participamos directamente día tras día en el proceso de aprendizaje de nuestras hijas. Es un trabajo en equipo. Todos juntos. Toda la familia. No es que yo sea muy casera ni clásica ni nada de eso, pero está claro que si con alguien mantendremos la relación toda la vida es con los padres. Pues bien, esta relación intensa de colaboración que hemos tenido y tenemos con nuestras hijas ha hecho que entre todos constituyamos un grupo de trabajo formidable. Un equipo que se conoce a la perfección, con plena confianza los unos con los otros, y con una larga experiencia de trabajo en común. ¿Sigo?

—Sí, por favor — le pedí, un poco turbado. Uno de los argumentos más contundentes para defender la escuela es precisamente las tareas grupales. ¿Cómo puede aprender una criatura a trabajar en equipo si está en casa y no va a la escuela? Pues acababa de recibir una formidable respuesta.

—¿Sabes qué es la «zona de desarrollo próximo»? ¿Vygotski?

—Ni idea. Me suena la «zona desmilitarizada» de las redes de ordenadores, que alguna vez me ha comentado Lilian.

—A mí, sí—mi hija, otra vez—. Es la diferencia entre lo que el niño o niña puede hacer por sí sola y lo que puede hacer con la ayuda de un adulto.

—Y define su ámbito potencial de aprendizaje. Muy bien, Lilian, estás puesta en el tema—le felicitó Pilar.

—Un día sentí que lo mencionaba la maestra de Xavier y busqué información. Me pareció un concepto interesante.

—Y está muy en boga desde la irrupción de la perspectiva constructivista del aprendizaje; Bruner y demás. Precisamente estos planteamientos pedagógicos son los que quieren llevar las diferentes reformas educativas a los centros escolares, tanto si se quiere como si no — continuó Pilar.

—¿Y eso qué tiene que ver con lo que estamos hablando? —le pregunté.

—Pues que Piaget nunca habló de escuelas. Y Vygotski murió antes de que tuviera tiempo de hacerlo. Los conceptos que se incluyen en esta perspectiva constructivista se han adaptado, a toda costa, para funcionar en los colegios. La zona de desarrollo próximo entre ellas.

—Pilar, me estoy perdiendo. Yo sólo venía al museo a acompañar a los niños y a darle vueltas a mis preocupaciones. Toda esta disertación sobre escuelas de pensamiento, autores y conceptos de psicología me va un poco grande.

—No, no, espera. Te explico. Imagínate esta zona de desarrollo próximo como una estructura que crea el niño. Entre lo que él sabe y es capaz de hacer por sí solo, y lo que es capaz de hacer con la ayuda de un adulto. ¿Sí? ¿Lo tienes?

—Sí—le confirmé, sin mucho entusiasmo—. Parece una especie de árbol que sale de la cabeza del niño o la niña.

—Sí, sí. Lo tienes. El aprendizaje del niño es esta estructura, que se va haciendo cada vez más sólida y consistente, hasta que al final es lo suficientemente resistente para funcionar de manera autónoma, sin el apoyo de la persona más experta.

—Y entonces el adulto ya puede irse... —Le dije, no sin cierta ironía.

—¡No! Y aquí es donde radica el engaño, el calzador para poder aplicar la ZDP al aprendizaje escolar. La ZDP no es estática, es dinámica. Según aumenta el aprendizaje del niño, también se hace más grande la ZDP. Pero también crece a medida que la criatura conoce más a la persona adulta o experta con la que está construyendo la ZDP. Y cuando esa persona conoce al niño, profundamente, ya me entiendes, también refuerza el crecimiento de la ZDP. Y cuando el adulto incrementa sus aprendizajes, muchas veces empujado por la necesidad, el deseo de aprender de la criatura, también aumenta y enriquece la ZDP que han construido ambos, profesor y alumno. Porque la ZDP no es una, sino muchas. Una para cada persona con quien el niño interactúa y con quien aprende. ¿Lo ves esto?

—Creo que sí, pero no sé dónde quieres ir a parar.

—¿Qué ZDP compartimos mis hijas y yo?

—Ya veo—me quedaba claro ahora qué quería comunicarme. Si lo que me había dicho tenía algún sentido, cosa que

no me quedaba demasiado clara, la zona esta de aprendizaje potencial compartida con sus hijas sería inmensa—.Pues si tenemos que hacer caso de lo que dices, de la cabeza de tus hijas debe de salir una ZDP del tamaño del árbol de la peli de Avatar, donde vivían los Navi.

—¡Ja, ja, ja! Sí, más o menos. ¿Y con un profesor? ¿Qué ZDP pueden construir? Es necesario conocimiento mutuo, tiempo y continuidad. Los maestros marchan. Salen de la vida de los alumnos. Las ZDP construidas quedan abandonadas. Dejan de recibir alimento. Dejan de funcionar.

Nos quedamos todos mirando a Pilar en silencio, con la mente llena de imágenes de árboles secos y viejos saliendo de la cabeza de los niños.

—¿Más? —Pilar me miró interrogadoramente.

—No. Me parece que por hoy ya he tenido bastante.

Encuentros y reflexiones

Sin embargo, la experiencia del lunes había sido bastante positiva. Me chocó la idea de que alguien que no había ido a la escuela pudiera obtener un buen resultado académico. Y además, con sólo dos horas diarias de estudio. Dos horas al día solamente, y a pesar de ello, acababan el temario. Claro que, en boca de Pilar, todo lo que contaba (excepto lo de la ZDP, que me sonaba completamente surrealista) parecía normal, incluso lógico. De sentido común, vaya. Yo todavía me aferro a la idea de que, posiblemente, Ester debía ser una niña muy inteligente, incluso superdotada. Pero aunque fuera así, la decisión de educar en casa parecía como mínimo apropiada en este caso, si tenemos en cuenta el rendimiento que Ester estaba obteniendo en comparación con la inversión en horas que había realizado. Congruente con lo que Pilar (y Quar, y Jordi) comentaba de adaptar el proceso de aprendizaje a las necesidades, características e intereses del niño.

Si educarse así le había permitido adquirir todos aquellos conocimientos, con la inversión de sólo dos horas diarias de estudio, entonces debía de haber dispuesto de mucho tiempo libre para dedicarlo a otras actividades que le resultaran interesantes de llevar a cabo. Y eso, tener tiempo libre, es un aspecto que yo valoro muy positivamente.

Tras la visita, mientras comíamos, hablé de este tema con Quar, le expliqué que me parecía sorprendente que un niño educado en casa obtuviera buenos resultados académicos. Me habló de la realidad del movimiento *homeschooling* en Estados Unidos, donde hay más de dos millones de chicos que reciben este tipo de educación, y donde éstos, en las pruebas académicas oficiales, obtenían en promedio treinta puntos sobre cien más que sus homólogos escolarizados.

Tenía que reconocer que mi imagen del *homeschooling* estaba empezando a verse seriamente alterada. Hasta ahora, había considerado sectaria la gente que educaba en casa, casi fanáticos religiosos que encerraban sus hijos y los alejaban del mundo real por convicciones totalmente irracionales, entre los cuales, Quar era una extraña excepción. Pero a medida que iba profundizando y conociendo más la realidad de este movimiento, iba viendo que quizás ella no sería una excepción tan extraña.

El día a día seguía, en nuestra nueva situación doméstica, en aquel limbo de indecisión en que nos encontrábamos. Por las mañanas, Xavier estaba conmigo, utilizaba su ordenador (Marc le había pasado algunos programas muy interesantes, uno de ellos, el Phun, es un simulador del mundo físico en dos dimensiones con el que Xavier estaba realizando montajes realmente espectaculares), escribía, leía, dibujaba o, simplemente, jugaba. A veces marchaba con Lilian a la tienda, o ayudaba a mis padres en casa o en el taller. Después de comer, la misma dinámica hasta las cuatro y media, cuando sus compañeros salían de clase y empezaban las actividades extraescolares. Entonces Xavier cogía su mochila y se iba. Mientras nos encontráramos en esa situación, habíamos reducido drásticamente el consumo de televisión y de jugar al ordenador. Lo que no quería era que Xavier pasara los días apoltronado en el sofá o pegado al *joystick*. Y la verdad es que me sorprendió la facilidad con que lo aceptó y lo integró en su comportamiento. En realidad tuve más dificultades yo, y me encontré alguna vez con el aparato de televisión en marcha sin ser consciente de haberlo encendido.

Sin televisión ni otros... ¿cómo me las habían llamado..., barreras de comunicación?, pues eso, sin televisión ni otras barreras de comunicación, ni tampoco escuela, los días daban para mucho. Pero rápidamente ocupábamos todo aquel tiempo. Xa-

vier me acompañaba en mis excursiones por los alrededores del pueblo. Estos ratos de paseo eran realmente relajantes, y mi hijo y yo podíamos conversar tanto como queríamos sobre lo que nos interesara. La verdad es que, si dejaba de lado la angustia que me producía la situación, estaba disfrutando mucho de aquellos días.

Aquel viernes había un encuentro en Manresa, en el Parc de l'Agulla. A diferencia de la salida del lunes en el Museo de la Ciencia, la cita en Manresa no respondía a ninguna propuesta cultural o de actividad educativa concreta, más allá de servir de punto de encuentro y de relación de diferentes familias *homeschoolers* de Cataluña.

Desde las doce del mediodía hasta la caída del sol, decenas de familias que educan en casa se encuentran en este parque para pasar el día y jugar, conversar y realizar o preparar diferentes tareas. Familias del Berguedà, del Bages, de Lleida, de Osona, de Barcelona y alrededores se reúnen dos viernes cada mes en este espacio y comparten experiencias, inquietudes, angustias y alegrías. Aprovechan el contacto directo para organizar actividades, intercambiar materiales y proyectos, o trabajar en los diferentes eventos que el colectivo lleva a cabo a lo largo del año. Se convierte en un foro abierto, en el que las diferentes familias cuentan sus vivencias diarias, sus planteamientos educativos y los contrastan con los de otras familias.

Había mucha criatura pequeña, bebés y niños de uno o dos años, con sus padres y sus madres, en brazos, tomando el pecho o jugando a su alrededor. También había un buen número de niños y niñas mayores, que se juntaban en grupos espontáneos sin tener en cuenta la edad ni el sexo. Se divertían en las áreas de juego, hacían excursiones alrededor del lago o jugaban con los adultos. Algunos de los más grandes, los preadolescentes de

once, doce o más años, se sentaban y hablaban con los padres, se ponían un poco apartados y charlaban entre ellos, o bien iban de excursión por los diferentes lugares de este parque de trece hectáreas de superficie, con su lago de doscientos millones de litros de capacidad y cerca de un kilómetro de perímetro, que recibe las aguas del canal de la Acequia.

Me sorprendió ver a tanta gente. Pero sobre todo, la naturalidad, la espontaneidad y la confianza con la que se reunían, mientras conversaban abiertamente, bromeaban y reían.

Aún subsistían en mí los prejuicios que consideraban esta opción educativa como minoritaria, sectaria, cerrada, oscura... Y ver toda aquella gente con sus mantas extendidas en el suelo, sentados, de pie, conversando, jugando, mirando a sus hijos, allá, esparcidos por el parque, a la sombra de los árboles, en un día soleado, fresco y primaveral como aquel, producía en mí una disonancia difícil de gestionar.

Le mencioné mi sorpresa en Quar, sobre todo por la cantidad de gente que había y por la alegría y apertura que se respiraba.

—Hombre, si tenemos en cuenta que aquí están la mayoría de familias de la Cataluña central y algunas de Barcelona y de Lleida, es normal que haya unas cuantas.

—Sí, claro, visto así no son tantas... —Veinte familias en una zona donde vive más de medio millón de personas. Y algunas habían venido de más lejos todavía. Pero igualmente me parecía impresionante.

—En Cataluña, según las estimaciones de la Administración, hay unas quinientas familias que educan en casa, si contamos sólo los chicos en edad de escolarización obligatoria. En todo

el estado, unas dos mil familias. Esto hace que Catalunya sea el espacio más representativo y pionero, en cuanto al *homeschooling*, en el conjunto del estado.

—Quinientas familias. ¡Ahí es nada! ¿Y os reunís todos alguna vez? Quiero decir, ¿en un macroencuentro? —le pregunté.

—¿Eh? No. De hecho, no nos conocemos todos los que hacemos EeF. Este encuentro lo organiza gente de la Coordinadora, y muchas de las familias que hay aquí forman parte de esta asociación.

—¿La Coordinadora?

—Es una asociación de ámbito catalán que trabaja para el reconocimiento y la regulación de la educación en casa en Cataluña. El nombre de la asociación es «Coordinadora Catalana para el Reconocimiento y la Regulación de la Educación en Familia»—me explicó la Quar.

—Un nombre muy largo.

—Es la organización de referencia en Cataluña. Agrupa a cerca de cien familias. Como su nombre indica, busca el reconocimiento y la legalización de esta opción educativa.

—¿No es legal? —le pregunté, un poco sorprendido.

—Es una pregunta difícil de responder. En Europa sólo hay un país donde es ilegal educar en casa, que es Alemania, por una ley que data del Tercer Reich. En el resto de países está regulada de una manera u otra, excepto en España, donde hay un vacío legal. Hasta hace unos años, las leyes educativas sólo hacían referencia a la educación obligatoria. Pero la LOE ya habla de la escolarización obligatoria. Sin embargo, algunos jueces

consideran que recibir una educación en casa es estar escolarizado. Una situación compleja.

—Me habías explicado que en Cataluña la situación es diferente.

—La LEC contempla implícitamente la EeF, con lo cual educar en casa en Cataluña sería legal. Pero es una legislación que todavía no está desplegada y, a efectos prácticos, no es ninguna garantía.

—¿Hay familias con problemas legales?

—Cuando una criatura en edad de escolarización obligatoria deja de asistir a la escuela, el centro tiene la obligación de ponerlo en conocimiento de los Servicios Sociales, que tienen que ver qué pasa. Normalmente, Servicios Sociales no tiene ni idea de que esta opción educativa exista ni saben cómo funciona. Entonces hay que hacer mucha pedagogía y explicarles relajadamente en qué consiste esto de educar en casa. La mayoría de veces dejan morir el caso y el tema queda ahí.

—¿Y si no?

—A veces Servicios Sociales no lo ven claro o no quieren tomar la decisión, y lo pasan a Fiscalía de Menores. Nosotros siempre decimos a Servicios Sociales que lo deriven a *Ensenyament*, que es realmente a quien pertenece, pero no siempre ocurre así.

—¿Y entonces?

—Cuando llega a Fiscalía de Menores, es el Fiscal es quien lo archiva, tras estudiar el informe de los Servicios Sociales y de entrevistarse con la familia.

—¿Y si no lo hace?

—Entonces a juicio, donde la mayoría de los casos quedan sobreesidos al no corresponderse la denuncia con ningún delito estipulado en el Código Penal. Pero también hay jueces que obligan a escolarizar. En cualquier caso, es un proceso largo y siempre puedes recurrir la sentencia; muy a menudo, cuando ésta llega, el niño o la niña ya ha cumplido los dieciséis años o está a punto de hacerlo. Pero es una situación angustiosa que provoca desgaste, y consumir energías y dinero en un tema que no lleva a ninguna parte. Algunas familias que se encuentran en esta situación optan por escolarizar. Otros, acaban marchando al extranjero.

—¿Y no os da miedo mostrar vuestra opción tan abiertamente, con este riesgo?

—Aquí, en Catalunya, la situación es relativamente tranquila, al menos estos últimos años. Tenemos contacto tanto con el Departamento de Enseñanza como con Servicios Sociales, y ambos entienden nuestra realidad. Es cuestión de tiempo que dispongamos de una regulación que establezca los requisitos para acceder al título de ESO y un registro para las familias acogidas a esta opción. Además, cualquier regulación que sea sostenible debe basarse en un reconocimiento social, y este se consigue precisamente mostrando la realidad del movimiento, con encuentros como este, con charlas, con la participación en ferias y demostrando de todas las maneras posibles que la nuestra es una opción educativa más, ni mejor ni peor que ir a la escuela, simplemente diferente.

—¿Y las otras familias que educan en casa? ¿Están en otras asociaciones?

—Hay otra asociación, ALE, que es de ámbito estatal. De hecho, la Coordinadora es una escisión de ALE, para poder trabajar de manera más cercana y, también, por discrepancias en los planteamientos.

—¿Discrepancias?

—La gente que constituyó originariamente la Coordinadora formaba parte de ALE y estaba a favor de negociar con la Administración, a lo que la dirección de ALE se negaba.

—¡Ah! Vaya...

—ALE comprende cerca de doscientos cincuenta socios, pero no todos son familias, ni necesariamente educan en casa. También existe XELL, la Red de Escuelas Libres, centrada principalmente en escuelas alternativas, pero que últimamente y cada vez más también tiene gente que enseña en casa entre sus asociados. También hay diferentes organizaciones de crianza, como *Nacer y Crecer* o *Crianza natural*, con foros muy activos. Por otra parte, hay familias que no consideran necesario formar parte de ninguna asociación, o que no disponen de tiempo para colaborar con ella y prefieren mantenerse al margen. Y claro, también hay que educan en casa, pero que prefieren hacerlo discretamente, para ahorrarse posibles problemas.

—¿A ti te han llamado desde Servicios Sociales?

—En Moià hay unas cuantas familias que siguen este tipo de enseñanza y, hasta hace poco, también había una escuela libre, o sea que la asistenta del pueblo ya está suficientemente puesta en este tema. Cuando Marc hizo los tres años, me llamó la directora de uno de los colegios. Le comenté que pensaba educarlo en casa. Unos días después me llamó la asistenta para

preguntarme los motivos, cómo pensaba hacerlo y si disponía de suficientes recursos económicos. Hablé con ella un rato y ya está. No ha vuelto a ponerse en contacto conmigo desde entonces.

—Mejor, ¿no?

—Pues, sí. A veces, tanto el personal de Servicios Sociales como la Fiscalía pueden ser realmente desagradables y hacértelo pasar muy mal. Algunas familias me han contado experiencias verdaderamente desoladoras, con amenazas de quitarles los hijos, insultos, prejuicios, estereotipos y menosprecios, y sobre todo la sensación de impotencia ante la imposibilidad de poder explicar de manera civilizada lo que estás haciendo. Es triste que sea así, pero te pueden destrozarse. Por eso, en estas entrevistas es mejor ir acompañado de otra persona, un amigo de confianza o, incluso, un abogado.

—Uf. Yo creía que todo esto estaba más definido.

—Sí. Mucha gente lo piensa. La verdad es que esta situación no beneficia a nadie. Pero ya te digo. Es cuestión de tiempo que esto se normalice. Ven, que te presentaré a la gente.

Comparaba mentalmente este día con los encuentros y fiestas que se realizaban en la escuela. Me impactó el contraste en cuanto a la espontaneidad y la naturalidad que se respiraba en aquel parque, frente al comportamiento estereotipado, como si se tratara de una exposición de hijos, que percibía a los encuentros escolares.

Hablé con varias de las personas, padres y madres, e incluso con alguno de los niños, que había reunidos allí, y constaté que lejos de tratarse de un grupo social homogéneo, allí estaban re-

presentados los más diversos motivos y circunstancias para escoger o llegar a esa opción educativa, así como las diferentes maneras de llevarla a cabo. Era diverso origen social, la realidad económica, la zona geográfica o el ámbito: rural o urbano. Un grupo heterogéneo unido por un único hecho: hacerse cargo de la educación de sus hijos en primera persona.

Las motivaciones de esta decisión son diversas, pero muchas de éstas tienen en común un trasfondo pedagógico. Como me comentaba Marcel, un padre que también vivía en el Berguedà, no es que se eduque en casa porque no se esté de acuerdo con el sistema educativo.

—No tiene nada que ver. Podríamos tener el mejor sistema educativo inimaginable, y muchos de nosotros continuaríamos educando en casa (por cierto, un sistema educativo medio en condiciones daría cabida a nuestra opción y a otros intermedias, como el *flexischooling*). De hecho, el sistema educativo que tenemos actualmente es el mejor que hemos tenido nunca, y gracias a ello, muchos chavales tienen una oportunidad o una vía de escape de una realidad muy dura. Pero ir al colegio no es una acción neutra. No es sólo la manera de aprender. También consiste en una serie de aprendizajes implícitos, «currículum oculto» le llama Ivan Illich. No sólo eso. También es todo lo que el niño deja de adquirir por ir a la escuela. ¿Qué es mejor? Yo no lo sé. De hecho, probablemente ninguna opción sea la mejor por sí misma, sino que dependa de las circunstancias concretas, del entorno, de la criatura, de la familia ... Por eso es importante que tengamos la oportunidad de escoger, y que cada familia pueda decidir libremente si lleva a su hijo al colegio, si lo educa en casa, si opta por el *flexischooling*, si lo lleva a una escuela libre, si pone en marcha un proyecto educativo con otros padres, o si simplemente deja elegir al niño qué quiere hacer.

—¿Dejar elegir al niño? —¡Je! Más valía que Xavier no escuchara esto.

—¿Sabes qué son los límites? —Me preguntó Marcel.

—¿Los límites? Por supuesto. Los límites son... lo que su nombre indica, vaya. Sinceramente, no sé a qué te refieres.

—En educación, quiero decir. Los límites establecen qué es lo que el niño no puede hacer, o mejor dicho, lo que el adulto no le permite. Dentro de estos límites, es libre de llevar a cabo lo que le apetezca. Fíjate que normalmente educamos al revés. Le decimos al pequeño qué es lo que debe realizar en cada momento.

—También le indicamos qué es lo que no puede hacer—le contesté.

—Los límites deben ser claros, concretos, definidos y lo más estables posibles. No podemos estar cambiándolos a cada momento, si queremos que los niños los conozcan. Unos límites lógicos, estables, que no respondan a arbitrariedades y que garanticen su libertad de acción.

—¿Pero qué tienen que ver los límites con que la criatura elija si quiere o no quiere ir a la escuela?

—Esta decisión, en función de los planteamientos y de las circunstancias de la familia, puede estar dentro de los límites de decisión del niño o fuera.

—¿Qué quieres decir?

—Puedes considerar que es una decisión que debe tomar el niño, pero ésta tiene consecuencias para toda la familia. A veces,

las circunstancias mandan y simplemente es inviable permitirle decidir no ir a la escuela, en ese momento concreto.

—Sí, claro... Pero no lo sé. Me parece una responsabilidad muy grande, con consecuencias de largo alcance, que pueden marcar su vida, su futuro... Uf!

—Entonces para ti esta decisión estaría más allá de los límites.

—¿Para ti no?

—Tomar decisiones es uno de los aprendizajes más importantes que debe llevar a cabo una criatura. En la escuela, la toma de decisiones se posterga hasta prácticamente tercero de ESO. Los límites permiten al niño decidir. Determinar qué hacer y qué no. Y recibir un *feedback*, una experiencia en base a la decisión. Y aprender.

—Supongo que quieres decir que normalmente decidimos por ellos—comenté.

—Y luego queremos que se hagan responsables. Pero a las personas nos cuesta mucho asumir las decisiones que los demás han tomado por nosotros o que alguien nos ha coaccionado a tomar. Cosa bastante lógica, de hecho. Por ello, si queremos que un niño saque provecho realmente de la escuela, es él quien tiene que querer ir.

—Sí, sí. Precisamente es lo que le he dicho a Xavier, que me gustaría que sea él quien opte por volver al colegio.

—Realmente, ¿tiene esta opción? Quiero decir, ¿puede optar por no ir?

Guardé silencio. Busqué con la mirada a mi hijo. Estaba a pocos metros, agachado junto a una mujer que le preparaba un sándwich.

—¿Te gusta, chaval? —Le preguntó ella.

—¿Eh? Claro, es salami—y se marchó corriendo.

La mujer se volvió hacia mí.

—No lo es. Es embutido vegetal.

—¡Ah! ¿Hay embutido vegetal? —le pregunté.

—Sí. Y a tu hijo le gusta. Me llamo Rebeca.

—¿También educas en casa, no?

—Sí. Tenemos tres hijos y no han ido nunca al cole—me explicó.

—He visto que hablabas en inglés a tus hijos. ¿Que eres de fuera?

—No, pero soy profesora de inglés, aunque ahora no trabajo. Les hablo en esta lengua desde que nacieron. Están creciendo aprendiendo tres idiomas. Y vosotros, ¿qué? ¿Os lo estáis planteando esto de educar en casa?

—No del todo. Xavier no quiere ir a la escuela y nos hemos tomado unos días de descanso, a ver si le vuelven las ganas.

—¿Ganas de qué? ¿De ir al colegio? No lo necesitan para nada. Ya están preparados para aprender. Lo único que tenemos que hacer es dejar de intervenir, de dictaminar qué deben alcanzar y qué no. ¿Tú quieres que te digan qué es lo que tienes que hacer?

—A mí ya me pasa eso. O hago lo que me dicen, o no cobro.

—Pero puedes buscar otro trabajo o si te hartas, plegar.

—Y morirme de hambre.

—Sí, pero puedes hacerlo. Puedes decidir. Tu hijo no. No puede cambiar de centro ni dejar de ir. No tiene otra opción ni alternativa. Bueno, el tuyo sí, por lo que veo. Pocos harían lo que ha hecho tú.

—Y pocos padres se lo permitirían... —Le respondí.

—Sí, eso también.

Marcel me tocó el brazo.

—¿Sabes lo que me hace mucha gracia? —Me comentó.

—No. ¿Qué?

—¿Cuánta gente conoces que no tenga televisión?

—¿Que no tenga tele? ¿Y por qué no han de tener? ¿Es mala?

—No, de verdad. ¿Cuánta gente conoces? —Insistió.

—Ostras. Tengo unos amigos que se fueron a vivir en una casa sin agua ni luz, o sea que supongo que no deben tener. El resto de gente que conozco, que yo sepa la tienen. Teles grandes. Ah, sí, Quar no tiene tele. Pero no sé de nadie más.

—Pues hoy ya has conocido a unos cuantos más.

—¿Ah sí? ¿No tienen tele?

—Nosotros, no. Rebeca tampoco. Y me parece que la gente con la que has hablado, la mayoría no tiene. Es curioso. ¿Cuántos hogares no tienen tele? Qué? ¿Un 2 o un 3%? Seguro que ni un uno por ciento. Pues por lo que yo he visto, más de la mitad de las familias que aplican este tipo de educación no tiene. Es curioso, porque en principio una cosa no tiene relación con la otra. Pero ya ves... No sé si es que cuando educas en casa dejas de mirar la tele, o si es que cuando dejas de mirar la tele, empiezas a cuestionarte cosas y, al final, acabas por sacar a los niños del cole...

—Nosotros ahora también hemos restringido mucho el uso de este aparato. No quiero tenerlo todo el día en el sofá con el mando a distancia—le dije.

—Vivimos cerca. Venid un día a vernos. Así os podremos enseñar cómo lo tenemos montado todo. En el Berguedà hay alguna otra familia más que educa en casa. Muchos martes vamos de excursión a la ermita de Sant Marc, en Gironella o al parque de Avià.

—Este martes me parece que vamos a Mataró, a la playa, a otro encuentro que se hace allí, y espero que el martes siguiente Xavier ya vuelva a la escuela. En cualquier caso tomo nota.

Quar me presentó a una amiga suya, también de Moià. Marcel comentaba divertidamente sorprendido el montón de gente que enseñaba en casa y no tenía televisión. También era curioso el número de familias que había en el parque con tres hijos.

—A veces se asocia la educación en casa con movimientos antisistema. Pero es absurdo. Si tienes hijos, necesitas un sistema, una sociedad en la que se desarrollen. Sí puede ser que no te guste el actual y creas que hay cambiarlo, mejorarlo. Y

precisamente el colegio lo que hace es reproducir la sociedad actual. ¿Cómo quieres mejorarla si te han estado insistiendo desde pequeño en este modelo? Lo único que puedes hacer entonces es o seguirlo o enfrentarse a él. Y lo que necesitamos es una tercera vía. Frescura, creatividad, iniciativa, espontaneidad, libertad. El modelo actual se ha agotado. Pero se resiste a caer del todo, a renovarse—me explicó la amiga de Quar, Berta.

—Uf. Pero todo esto es muy complicado. Y nos estamos saliendo del tema.

—No, no. La escuela marca la base. Empezamos la vida compitiendo, comparándonos y acumulando cosas. Primero notas. Después dinero y bienes materiales. Y no sabemos ni por qué ni para qué. Producimos, consumimos, producimos, consumimos, y así hasta que morimos. Pero realmente, ¿es eso lo que deseamos? Quizá sería mejor plantearnos primero qué es lo que queremos y luego tratar de conseguirlo.

—Pero bien hay que trabajar, ¿no? Quiero decir, que ya es eso. Trabajas para ganar dinero y así poder comprar lo que necesitas o quieres.

—O lo que crees que necesitas o crees que deseas...

—Que supongo que es diferente, ¿no? —le pregunté.

—¿Has oído hablar de la disonancia cognitiva?

—Pues, no. No tengo el placer de conocer esta señora.

—A veces las personas no actuamos como creemos que debemos hacerlo. O no pensamos igual que sentimos. Esto provoca disonancia cognitiva. Y esta lleva al sufrimiento, es dolorosa, y el organismo intenta minimizarla todo lo que puede.

La manera más sencilla de disminuir la disonancia es mediante la congruencia entre lo que hacemos, lo que sentimos, lo que pensamos y lo que creemos. Cuando no somos capaces de ser congruentes, el organismo tiene un mecanismo de reserva para escabullirse del malestar producido por esta disonancia. Piensa en un ingeniero en telecomunicaciones. Se ha pasado toda la vida estudiando, se ha sacado una carrera superexigente, ha pasado por un proceso de selección muy duro y, finalmente, acaba trabajando de teleoperador para Siemens.

—No te sigo.

—¿Crees que está equilibrada la inversión en tiempo y esfuerzo de esta persona con el puesto que ha obtenido? Y él aún lo ha conseguido. No hablemos de los que se han quedado por el camino—continuó Berta.

—Hombre, está en una gran empresa, con posibilidades de promocionar. Además, bien había que estudiar, ¿no?

—Exactamente. Este es el mecanismo de protección. Dar más valor a lo conseguido o quitar importancia a lo que ha tenido que hacer, al esfuerzo invertido, para llegar hasta allí. O mejor aún, una combinación de ambas estrategias.

—Pero todo esto es psicología. Me parece que a mí me viene un poco grande. Yo no soy psicólogo, ¿sabes?

—¿Conoces qué es el cientificismo? —Me preguntó Berta, sin dejar la presa.

—¿Eh? No lo sé. ¿Un primo de la disonancia?

—Es cuando decimos que sólo los expertos están capacitados para entender y opinar sobre un tema en concreto.

—¿Y no es así?

—La tarea de los científicos e investigadores es generar conocimiento y ponerlo al alcance de la sociedad. No convertirse en crípticos oráculos de la verdad absoluta. No sé si me explico... —Soltó Berta con seriedad.

—Pues no mucho, la verdad. No sé qué tiene que ver todo esto con lo que hablábamos del trabajo y del ocio.

—Hace doscientos años, en pleno *boom* de la Revolución Industrial, los pensadores de la época elucubraban sobre cómo sería el mundo cuando la gente no tuviera que trabajar. Ahora, dos siglos de progreso tecnológico después, tenemos la respuesta: trabajar aún más; trabaja el hombre y la mujer, y los hijos en la escuela. Y todo esto cuando sólo con el empleo de un 20% de la población activa podría mantenerse (e instaurar allí donde no exista) el estado del bienestar. Y quien dice con un 20% de la población, también puede decir con jornadas laborales de ocho horas semanales.

—Eso me cuesta creer—le confesé.

—No me lo invento yo. Lo confirma el informe de los expertos que se reunieron en San Francisco en 1995 para evaluar los conflictos que nos ofrecería el siglo XXI. Pero esto tiene un problema. Si es necesario reducir la jornada un 80% para todo el mundo tenga trabajo, ¿qué haremos con todo el tiempo restante?

—Ah, pero tú tienes la respuesta, ¿verdad?

—En un futuro cercano, la actividad estrella será la educación. Dar formación y recibirla. No contamina, no genera residuos, ocupa tanto al formador como al aprendiz y es tan diversa que casi cualquiera puede enseñar algo.

—Pero, claro, no te pasarás la vida sólo estudiando. En algún momento tendrás que poner en práctica lo que has aprendido.

—Supongo que sí. Pero, para mí, la dificultad radica en el concepto actual de trabajo. Lo que te decía al principio. Trabajar para luego poder consumir. Y para poder tener trabajo, hay que formarse.

—Es la idea, sí.

—Y el objetivo es poder consumir— añadió Berta.

—Para satisfacer las necesidades que tenemos, o que pensamos que tenemos, vamos.

—Pero es que estudiar y trabajar también lo son. O mejor dicho, aprender y tener una actividad que nos permita sentirnos realizados. Quiero decir que no necesitamos la zanahoria del consumo para hacer cosas. Las personas, por nosotras mismas, ya somos activas por naturaleza, ya queremos hacer cosas. Pero desde pequeños nos coaccionamos a estudiar y a trabajar, y reaccionamos negativamente, porque lo consideramos una carga, una responsabilidad, una obligación, un precio a pagar.

El encuentro dura hasta bien entrado el anochecer. Algunas familias comienzan a marchar a media tarde. Otras lo alargan tanto como pueden, y unas cuantas acompañan al guarda del parque cuando éste cierra las puertas a las diez de la noche.

En la playa

Sin saber muy bien cómo, acabé formando parte de un par de listas de correo de familias *Homeschooler*, una de la Cataluña Central y otra del Berguedà. Estas listas se utilizan fundamentalmente para proponer y organizar actividades y salidas, y pronto empecé a recibir correos sobre visitas a museos, salidas, excursiones, encuentros, jornadas de juegos y otros. Pero la próxima era el martes. Salida a la playa, donde habíamos quedado con Pilar y su hija Anna. También con Quar y sus hijos. Pero antes de cada martes, siempre hay un lunes. Y éste aún no había terminado. Xavier había salido hacia la plaza hacía un rato y yo aprovechaba para avanzar tareas de mi trabajo, cuando sentí el teléfono. Al otro lado de la línea sonó la voz de la secretaria de la escuela, para convocarme la mañana siguiente a una reunión con la directora. Después de manifestarle la imposibilidad de asistir por compromisos previos, de ofrecer mi disponibilidad para ir otro día y reiterar repetidamente que sí, que realmente estaba fuera al día siguiente, la cita quedó establecida para el miércoles por la mañana.

En ese momento, con todas las experiencias acumuladas hasta entonces, todas las informaciones recibidas y el firme convencimiento de mi hijo, su vuelta a la escuela había pasado a un segundo plano, y prácticamente no había pensado en los últimos días.

Llegamos a la playa de Mataró pasadas las once de la mañana. El día era soleado, el mar calmado, la brisa agradablemente suave. Estábamos a principios de mayo, pero las criaturas se bañaban y jugaban en el agua como si ya hubiéramos llegado al ecuador del verano. La playa estaba desierta, salvo por las diez o doce familias que ocupábamos la arena y las toallas.

Cuando vi a los niños jugando y riendo en la playa, en un día tan excepcional como el que hacía, me sentí turbado de pensar en los niños y niñas que debían permanecer encerrados en el colegio, estudiando, mientras más allá de las paredes de su aula, el sol lucía e iluminaba todos los pequeños tesoros que el mundo nos ofrecía.

Pilar estaba sentada cerca de mí. Como si leyera mis pensamientos me dijo:

—En las escuelas donde utilizan proyectores, cuando llega la primavera, echan las persianas para que no entre la luz del sol. ¿No te parece antinatural?

La miré sin decir nada. No me interesaba ahora pensar en colegios y aulas. Sólo disfrutar del momento, sentir el sol sobre mi piel, notar la brisa del mar, respirar el aire fresco y salado. Me quité la camiseta y me metí en el agua, en medio de aquellas olas frías y suaves, que me producían escalofríos y me revitalizaban desde la punta de los pies al extremo de mis cabellos.

Ese día uno de los temas de conversación versó sobre las páginas web (educativas, claro). Muchas familias que educan en casa mantienen blogs donde cuelgan material diverso, fotografías, proyectos o simplemente lo que sale del día a día. Resúmenes de salidas, de actividades realizadas o de encuentros. También me hablaron de la página web de Madalen Goiria, una abogada que pese a no educar en casa ella misma, era una verdadera experta y férrea defensora de esta opción. En su web publica artículos sobre temas legales de actualidad relacionados con la EeF y se hace eco de noticias y de eventos. Ha realizado una tesis doctoral sobre este movimiento y esto hace que sea una de las personas más expertas, al menos desde la vertiente legal.

Una familia de Barcelona ha creado la página *radioschooling.com*, donde cuelgan entrevistas realizadas a diferentes personajes de actualidad del mundo *homeschooling* y educativo en general.

Para merendar fuimos a un parque cercano. Allí, Pilar sacó su portátil y puso imágenes a sus explicaciones, enseñándome las páginas que me había comentado. También me mostró otros que utilizaban en el día a día. Me llamaron la atención la Khanacademy, más de 3.000 de vídeos sobre los temas más diversos, con especial atención a las matemáticas; Udacity, Educaplus y el OpenCourseWare del MIT, aunque la gran mayoría de los contenidos disponibles quedaban lejos de las necesidades e intereses de Xavier. Pero ver todo aquel material de aprendizaje de altísima calidad a sólo unos pocos clics del ratón me ofreció una nueva visión de cómo podía ser el proceso de aprendizaje de mi hijo.

—Yo no le pongo los vídeos directamente a Anna—me empezó a explicar Pilar—. Algunos sí, pero normalmente los miro yo y luego se los explico. Lo adapto y lo gradúa al ritmo, interés y conocimientos de mi hija.

—¿Pero a ti te interesa todo lo que tiene que estudiar ella? —le pregunté.

—Si a mí no me interesa, quiero decir, hablamos de los aspectos básicos ¿eh?, ¿Cómo puedes esperar que llamen la atención de mi hija?

—No sé si acabo de entender.

—Lo que quiero decir es que a menudo queremos que nuestros hijos aprendan cosas por las que nosotros no mostramos nada de interés. Ellos perciben eso. Y inconscientemente pien-

san: «Si mis padres no lo necesitan, no les interesa, no lo saben, entonces, ¿por qué tengo que aprenderlo yo?».

—Pues, porque lo necesitará en el futuro.

—Quizá sí, quizá no. Pero que a nosotros nos haya hecho falta o no es un indicador suficientemente preciso de si es interesante aprenderlo o no. Y por otro lado, no sé por qué, a menudo tenemos metido en la cabeza que, cuando somos adultos, ya no tenemos que seguir estudiando. Y, sinceramente, me parece un gran error. No ya por lo que puedas aprender y el uso que le puedas dar, sino simplemente por el placer de adquirir conocimientos.

—Sí, ya veo por dónde vas. Si disfrutas aprendiendo estás enseñando a tu hija a aprender y a disfrutar de este aprendizaje.

—¡Exactamente! —Exclamó entusiasmada Pilar—. Y al mismo tiempo doy legitimidad e importancia a los contenidos que estamos adquiriendo.

—Pero, ¿y si no te motivan a ti? ¿Y si es un tema que no te gusta?

—¡Ja, ja! Pues lo aceptamos y nos adaptamos. Hay temas que me gustan a mí y hay que entusiasman a Pau. Y hay contenidos que motivan a Anna o a Ester. Y otros no. Por lo tanto, buscamos la combinación más adecuada. Si Ester está trabajando en una materia que me gusta y Anna en una que domina Pau, yo colaboro con Ester y Pau con Anna.

—¿Y si se trata de un tema que tus hijas quieren aprender y que ni tú ni Pau domináis, ni tampoco tiene interés en aprenderlo?

—Pues quizá te gustará a ti. Y si no, buscaremos a alguien que sí lo domine. La verdad es que no me preocupa demasiado. Hay un dicho que dice: “Cuando el alumno está preparado, el maestro aparece”. Déjanos limitarnos a ello, a preparar al alumno.

Ultimátum

La mañana se presentaba intensa, con mucho trabajo por hacer. Pensaba dedicar unas cuantas horas a curiosear los blogs y las páginas web que me habían recomendado, y eso hice. A media mañana, una pausa para ir a la escuela a hablar con la directora y después, seguramente, dedicarme a trabajar un rato.

—¿Qué querrá la directora? —me preguntó Xavier, cuando me ponía los zapatos para marchar.

—Pues no lo sé. Probablemente querrá preguntarme cómo te va el nuevo colegio y todo eso.

—Pero no estoy yendo a ningún colegio.

—Sí, ya lo sé, claro. Le contaré que nos hemos tomado unos días sabáticos.

—¿Y si te dice que tengo que volver a la escuela?

—Es que tienes que volver. Un día u otro. Pero cuando tú veas que tienes que ir.

—Nunca. Yo así estoy bien.

—Después hablamos. Ahora me voy que ya llego tarde.

En la escuela me esperaba la directora y una profesora del centro, Marisa. Primero no entendí qué hacía allí esta profesora, pero luego recordé que era la concejala de Educación del pueblo. Y entonces, aún entendí menos por qué estaba allí.

—Supongo, Frank, que sabes que lo que estás haciendo es delito, ¿verdad? —No había habido espacio para presentaciones ni saludos. La directora estaba sentada en su mesa, en silencio,

con expresión seria. Marisa era quien había tomado la palabra, directamente al grano, sin preámbulo.

—¿Eh? ¿Perdona? —Totalmente cogido por sorpresa. ¿Qué pasaba, que me había convertido en un delincuente? La directora seguía sin abrir la boca, pero su expresión era bastante significativa. Recriminación sorda, dolida por algo que se suponía que yo había cometido.

—En este país, la escolarización es un derecho obligatorio para todos los niños de entre seis y dieciséis años. Si impides que tu hijo asista al colegio, estás cometiendo un delito. Puedes acabar en la cárcel y perder la patria potestad de tu hijo. Lo sabes eso, ¿verdad?

—¡Pero yo no estoy haciendo nada!

—¡Pues ya va siendo hora de que hagas algo! Esperamos Xavier hoy mismo en el centro. Si no lo vemos dentro de un rato, pasaremos el caso a los Servicios Sociales, para que hagan lo que consideren adecuado, que supongo que será pasarlo a Fiscalía de menores—Marisa se levantó, dando por finalizada la entrevista .

—A ver, un momento. Hablé con la escuela. Quedamos de acuerdo en que durante este mes, mi hijo no vendría a clase.

La directora se levantó y me miró fieramente.

—Quedamos que probaría otra escuela, no se quedaría en casa y pasearía por el pueblo en horas de estudio, como si fueran vacaciones. ¡Xavier dice a todos que a partir de ahora se educará en casa! ¡Esto no es en lo que quedamos! —Me recriminó con acritud.

—En este país no existe la educación en casa. Si el niño no va a la escuela, es absentista. Y por el bien del niño, miraremos que este despropósito se solucione lo antes posible, en un sentido u otro—Marisa era contundente y clara. De repente, me encontré en el papel del protagonista de una de esas historias de terror que tantas veces había oído explicar en los últimos días, con amenazas de juicios y de perder los hijos por querer darles una educación diferente. Me levanté, saludé con una inclinación de cabeza y me fui.

Al llegar a casa, evité explicarle el contenido de la reunión a Xavier. Me encerré en el despacho y llamé a Quar para explicarle las buenas nuevas.

—¿Cómo estás? —Su voz sonaba reconfortante y cálida al teléfono.

—¿Cómo quieres que esté? ¡Cabreado como una mona! Me han acusado de tener abandonado mi hijo y me han amenazado con quitármelo.

—¿Y qué harás?

—¡Ostras! ¡Pues no lo sé! ¡Me jode por todo esto! Me han dicho que si no va hoy al cole, deberán notificarlo a los Servicios Sociales.

—Sí. Están obligados. Tranquilo, no pasa nada. Muchas familias que educan en casa pasan por esta situación. Los de Servicios sociales hablarán contigo, analizarán tu caso y, si no encuentran ningún riesgo añadido, lo archivarán.

—¡Pero es que yo no estoy educando en casa! Xavier continuará yendo a la escuela. Sólo nos hemos tomado un pequeño receso.

—¿Les has hecho saber esto, a los de la escuela?

—No. No he podido. ¡Ellas ya lo sabían todo! ¡No me han dejado ni hablar!

—¿Y a tu hijo? ¿Se lo has contado?

—No, todavía no. No quiero angustiarle con problemas y ponerlo nervioso. Primero quiero aclararme yo.

—Sí, estaría bien que te aclarases.

—Es una decisión muy importante. No quiero precipitarme. Quiero tener las cosas claras. Pero me siento presionado y amenazado.

—Falta muy poco para las vacaciones de verano. ¿Por qué no le dices a Xavier que vuelva al colegio, termine el curso y, después, con tranquilidad, lo decidís?

—No. Le he asegurado a mi hijo que será él quien tome la decisión de volver a la escuela. Y tengo la intención de mantener la promesa.

—Tú mismo, pero si se ponen muy duros deberás ceder, y más vale que el pequeño esté al corriente.

—No lo sé. Ya lo veremos.

—Volver ahora al colegio no es tomar ninguna decisión. Es actuar ante fuerzas mayores. Hay que tener mucho cuidado, porque si os trabáis en una confrontación, os pueden amargar la vida. Y eso, te lo aseguro yo, no es bueno para nadie. Y menos para tu hijo.

—Si tú lo dices... Pero ahora mismo no tengo nada de ganas de ceder al chantaje de esas dos brujas... En fin... Según tú, ¿qué debo hacer ahora?

—¿Con tu estado de ánimo? Nada, mejor que no hagas nada. Lo que sí que te aconsejo es ir a hablar con alguien para desahogarte y aclarar las ideas. ¿Por qué no vas a visitar a la familia que vive ahí, cerca de tu pueblo? Seguro que te pueden ayudar a analizar este tema con más objetividad.

—Sí, quizá sí. Tengo el teléfono de Marcel. Lo llamaré y le haré una visita.

—Después me vuelves a llamar, ¿vale?

—Quar, gracias por todo. Si no fuera por ti, no sé qué haría.

—¡Ja, ja! No me lo agradezcas. Me siento un poco responsable de todo este lío en el que te encuentras ahora.

—Bueno, pues gracias también.

De visita

Quedamos para vernos por la noche, después de las actividades extraescolares. Bajé con Xavier. Marcel y Mónica tienen tres hijos. Uno es un poco más grande que mi hijo, otro un año menor, y el pequeño, de unos cuatro años de edad. Ya se conocían del otro día en el Parc de l'Agulla, aunque no habían intimado mucho, pero cuando llegamos Xavier se integró de inmediato en los juegos de los tres hermanos. Desaparecieron los cuatro niños en la habitación de arriba, donde desplegaron todo un mundo de *Playmobil*, maderas y plastilina.

Mónica es profesora de primaria en una escuela pública. Marcel se dedica a algo relacionado con la informática. Se combinan los horarios laborales para poder estar con los niños y educarlos en casa.

—¡Vaya tela con Marisa! Ella me conoce y sabe que educo en casa. Ya sabe que todo esto existe—Mónica estaba muy indignada con el espectáculo que me habían montado en el colegio.

—Habla con ella, a ver de qué va este tema—le dijo Marcel.

—No lo sé. No creo que valga la pena. No arreglaremos nada y, seguramente, se pondrá a la defensiva. No lo forzaré. Si la encuentro, se lo dejaré caer de pasada. Pero ella aquí está actuando como concejala de educación, no como maestra. Con quien sí hablaré es con la directora. Hemos coincidido varias veces y ahora me sorprende que adopte esta actitud.

—¿Y con Servicios Sociales? ¿Qué opináis? ¿Qué debería hacer? —les pregunté.

—Si la cosa se va complicando, tendrás que buscar un abogado, pero tienes tiempo. Ahora te harán, si te la hacen, una pri-

mera entrevista. A veces, esta es muy dura. No saben a qué se enfrentan y adoptan una postura bastante agresiva. Mejor que vayas acompañado.

—¿De quién? —le pregunté a Marcel.

—Yo mismo me ofrezco, si quieres. También es una cuestión delicada y a veces en estas entrevistas salen trapos sucios y temas personales que quizás no quieras que alguien escuche.

—No, no. Para mí perfecto si vienes.

—Pues cuando te llamen, avísame y me lo combino para acompañarte. No iré a defenderte ni nada de eso. *A priori* no sabemos si tienen alguna otra información agravante. Yo me limitaré a informar de la realidad del movimiento *homeschooling*. De hecho, esta es nuestra tarea, hoy por hoy. Explicar a la gente qué es esto del *homeschooling*, para conseguir el reconocimiento social. No hay otro camino. Y estos encuentros con Servicios Sociales o con Inspección Educativa son, para mí, ocasiones extraordinarias para hacerlo.

—Pues perdona que no comparta tu entusiasmo... —le espeté.

—En realidad en estos casos los de Servicios Sociales tienen poco que hacer. Tienen problemas reales de los cuales ocuparse. Si ven que no hay ningún riesgo de exclusión social, seguramente archivarán el caso. Si no se ven capaces de hacerlo, debemos intentar que lo deriven al *Departament d'Ensenyament*, que es quien tiene que actuar, y no hacia Fiscalía. Una vez en *Ensenyament*, podemos tratar de detenerlo allí.

—¿Y si no?

—Llegará a Fiscalía, que pedirá informes a Servicios Sociales y seguramente archivará el caso. Si Fiscalía no lo archiva, entonces llegará a juicio. Y será el juez quien sobresea el caso. Si no lo archiva y finalmente sale un veredicto contrario, el juez ordenará que Xavier vuelva a la escuela.

—¿Y ...?

—Entonces puedes hacer muchas cosas. Recurrir la sentencia, llevarlo al colegio, buscarle otro centro escolar, ir al extranjero, pasar a hacer vida itinerante, matricularlo en un centro a distancia... Pero cuando llegue la sentencia, es posible que tu hijo haya cumplido ya los dieciséis años o que el *Departament d'Ensenyament* haya terminado de regular esta opción educativa.

—Lo más curioso de todo es que yo no educo en casa. Simplemente nos hemos tomado unos días para reflexionar sobre la educación que debe recibir. En realidad, estoy esperando que quiera volver a la escuela—le expliqué con resignación.

—Pues entonces quizá sería mejor esperar al verano. Ahora es meterse en unos líos que no te llevarán a ninguna parte.

—No lo sé. Las experiencias de estos días me han hecho reflexionar y me han proporcionado otra perspectiva del proceso de aprendizaje del niño. Ya no tengo tan claro que asistir al colegio sea lo mejor y no quiero que mi hijo tenga que volver porque nos presionan. Hablaré con él y ya veremos qué hacemos.

No nos rendimos

Xavier entendió perfectamente la situación y estuvo de acuerdo en poner fin, aunque fuera temporalmente, a nuestra pequeña aventura y volver a la escuela, para evitar males mayores. Pero con lo que no contaba era con la reacción de Lilian. No quiso ni oír hablar de ceder ahora, sólo porque la directora había dado un par de gritos. Me dio la energía y la convicción que me faltaban y al final decidimos que Xavier continuaría sin volver al colegio.

Dos días más tarde recibíamos una llamada del Ayuntamiento, en la que nos citaban con la asistente social y el trabajador social.

—Exactamente no sé qué hace usted aquí—Marta, la asistente social, se miraba a Marcel con desconfianza.

—Ha habido varias familias que han tenido experiencias muy malas con Servicios Sociales, que se han sentido maltratadas, humilladas, despreciadas. Y en todos los casos, había un profundo desconocimiento de nuestra opción educativa por parte de sus profesionales. Le recomendé que no viniera solo y también me ofrecí a acompañarlo, porque si se tocan temas relativos a la educación en casa, yo pueda aportar información.

—Sí, ya. Esto me ha quedado claro, pero es que, y perdone que se lo diga así, yo no me creeré lo que usted me explique.

—No hay que creer nada. Podemos contrastarlo.

—Y también has venido tú, Lilian. ¿Crees que me quiero comer a tu padre o qué?

—Pues un poco sí, qué quieres que te diga.

—Lo siento, pero yo tengo que hacer mi trabajo. Si un niño no va a la escuela, los de Servicios Sociales debemos intervenir para que vaya.

—No es el caso—espetó la Lilian con firmeza.

—Mirémoslo. Según entiendo, Xavier no va al colegio porque ahora se educa en casa, ¿no?

La Lilian y Marcel se miraron entre ellos, y luego me miraron a mí. Me tocaba...

—No exactamente. Estamos terminando de decidir qué hacemos—y le expliqué nuestro periplo de las últimas semanas, con tentativa de escuela libre incluida.

—Mira Frank, tu historial no es muy bueno. Estuviste en la cárcel por tema de drogas, ya tuviste problemas con Servicios Sociales con Lilian, y ahora el pequeño deja de ir a la escuela. Y por lo que me dices, aún no sabéis qué haréis. A mí me da sensación de dejadez. El tiempo está pasando y tu hijo está perdiendo muchas clases. Suspenderá el curso y tendrá que repetir. Si no tienes claro cómo quieres que se eduque, déjalo volver al colegio y que no esté perdiendo el tiempo.

La reunión se prolongó más de dos horas, en un tira y afloja continuo con algunos momentos de tensión. La amenaza de Fiscalía estuvo siempre presente. Finalmente, aceptó esperar al inicio del curso siguiente, antes de enviar el caso a Fiscalía. Mientras tanto, hablaría con *Ensenyament* de este tema. A nosotros nos quedaba la tarea de negociarlo con la directora para asegurarnos que Xavier no debería repetir curso.

—Marisa se disgustará, porque quería una solución rápida a este asunto, pero yo no veo un riesgo inmediato de exclusión social. Dejemos pasar un tiempo, aclaramos las ideas y a ver qué hacéis el próximo curso.

Tomar una decisión

Después de la tregua acordada con Servicios Sociales, en casa hicimos una asamblea del más alto nivel mis hijos y yo. El orden del día sólo tenía un punto: cómo se educaría a partir de ahora Xavier. La reunión se preveía larga, o sea que encima de la mesa colocamos un par de botellas de agua y algunas bolsas de patatas, para reponer las energías que pudiéramos perder en el debate.

Las opciones entre las que decidir, *a priori*, eran sólo tres: volver a la escuela, decidirnos por la educación en casa, o explorar otras opciones educativas.

El debate fue intenso e interesante. Tanto Lilian como Xavier se posicionaron desde el principio en defensa de la educación en casa. Yo empecé argumentando la conveniencia de continuar en el colegio, pero me temo que sin mucha convicción. Para bien del progreso de la conversación, suavicé mi actitud, y opté por una posición intermedia y por explorar otras opciones educativas. Pero el bombardeo continuo de razonamientos cruzados hizo mi postura insostenible. Lenta pero inexorablemente me vi obligado a retroceder, a adoptar posiciones defensivas, a justificarme. Qué motivos tenía para oponerme a la enseñanza en casa, cuáles eran mis miedos, cuáles eran mis conocimientos y experiencias negativas con la educación en casa que me hacían posicionar en contra, fueron las preguntas que tuve de contestar, con respuestas que no me parecieron demasiado convincentes.

Pronto se hizo evidente que mi posición era insostenible y que el debate no podía girarse. Sólo me quedaba recurrir a argumentos demagógicos, ambiguos, basados en el miedo hacia el futuro y en prejuicios difícilmente comprobables. Pero sabía

que, con Lilian presente, una línea de razonamiento de ese tipo tendría los minutos contados. Por lo tanto, opté por una retirada honrosa.

Resumiendo, un miércoles de mediados de mayo, reunidos en asamblea familiar, bien entrada ya la madrugada, decidimos que Xavier se educaría en casa a partir de ese momento. Tras los pertinentes formalismos y la explosión de alegría de mis dos hijos, nos fuimos a dormir, con la mirada puesta en el primer día oficial de educación en casa de Xavier.

Julia vuelve

—Xavier, despierta, Xavier.

—¿Mamá? ¿Qué pasa?

—Levántate. Tienes que ir a la escuela.

—Pero mamá, yo no...

—Shhh. Venga, cariño, que yo te acompaño hoy.

Medio en sueños todavía, Xavier se incorporó en su cama, frotándose los ojos. Deslumbrado aún por luz encendida de su habitación, pudo entrever la figura de tres hombres detrás de su madre.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Quiénes son estos señores?

La vista de Xavier iba acostumbrándose a la luz y, lentamente, sus ideas iban ubicándose. Pudo ver que dos de los hombres iban vestidos con el uniforme de los *Mossos d'Esquadra*. El tercero vestía traje y corbata. La angustia comenzó a apoderarse de él.

—¿Qué hace aquí la policía, mamá?

—Shhh, hijo mío. Venga, levántate, que nos vamos—Julia había cogido unos pantalones y una camiseta limpios del armario del niño. Había preparado también la mochila de la escuela.

—¿Dónde está papá? ¿Qué le ha pasado?

—Tu padre duerme el sueño de los justos. Shhh, no grites. No queremos despertarlo, ¿verdad?

—¿Julia? ¿Qué pasa aquí? —Lilian se había despertado y miraba la escena desde el umbral de la puerta.

—¡Lilian! Hola amor, ¿cómo estás?

Lilian vio la mochila y la ropa de Xavier en las manos de Julia. También vio a la pareja de policías y al hombre encorbatado que la miraba tenso, y entendió rápidamente la situación. Como una exhalación arrebató la ropa y la mochila a Julia de las manos y las arrojó al suelo, al tiempo que se interponía entre ella y su hermano. Uno de los policías pensó que quizás era buena idea intervenir e intentar calmar la joven morena que se había presentado repentinamente en camiseta y braguitas. Un codazo súbito y seco en la boca le mostró claramente su error. Lilian empujó a Julia, lanzándola al suelo, esquivó la acometida del segundo policía y se enfrentó al hombre de la americana y la corbata, que la miraba con pavor mientras trataba de retroceder hacia la puerta .

—¿Tú quién eres? ¿Una mierda de abogado? —Y sin decir nada más, golpeó con su cabeza el rostro del recién llegado, haciéndole perder el equilibrio y provocándole una importante hemorragia nasal.

El otro *mosso d'esquadra*, la única persona de los cuatro recién llegados que aún quedaba en pie, dudó un momento entre golpear con la porra a aquella muchacha tormentosa o simplemente intentar inmovilizarla desde atrás. Décimas de segundo de indecisión que Lilian aprovechó para descargar un contundente golpe de rodilla en la entrepierna del desdichado guardián del orden.

—Hola, Julia. No sabía que venías—el ruido de la amigable discusión que los visitantes mantenían con mi hija había terminado por despertarme. Entré en la habitación pasando por delante del abogado sentado en el suelo, que intentaba parar la hemorragia con la manga de su costosa americana. Lilian se

lanzó a mis brazos, con los ojos llenos de lágrimas. Julia me miraba mientras se incorporaba y comenzaba a recoger la ropa y la mochila.

—Hola Frank. ¿Cómo estás?

—Bueno, muy bien. Como siempre, como puedes comprobar. ¿Y tú? ¿Cómo va el proyecto de Brasil? —Los dos agentes de policía intentaban recuperar las maneras, pasándose la lengua por los labios uno, apoyándose en una silla al otro.

—Mucho trabajo. Y, encima, he tenido que dejarlo de improviso para venir aquí. ¿Pero qué estás haciendo, Frank? ¿Por qué no llevas al niño en la escuela? ¿Estás loco o qué?

—Se lo quieren llevar, papa. ¡Se quieren llevar a Xavier!— Lilian lloraba desconsolada, con su cuerpo tenso y agitado por la rabia y la impotencia.

—Podías haberme llamado para preguntármelo, en lugar de montar todo este espectáculo.

—Sí. Yo también lo he echado de menos. Una llamada tuya para explicarme qué estabas haciendo y de qué va todo esto. No sé si te acuerdas, pero Xavier también es hijo mío.

—¡Oh! ¡Vaya! Ya veo—con Lilian todavía abrazada a mí, me acerqué a mi hijo, que estaba sentado en la cama, con lágrimas en los ojos y la cabeza gacha.

—El juez ha ordenado cautelarmente la reincorporación inmediata del niño, mientras se resuelve este tema— el abogado había renunciado a parar la hemorragia, y la sangre caía libremente por su rostro y manchaba su camisa y el suelo de la habitación.

—Julia, debemos aclarar todo esto. No es tan sencillo. No es lo que tú piensas. No sé qué te han explicado, pero creo que te han dado una versión que no se ajusta a la realidad.

—Sí, Frank. Hablaremos y mucho, de todo esto. Pero cuando Xavier haya vuelto al colegio y esta situación de locos se haya normalizado. Vamos, Xavier, que se hace tarde.

El pequeño se levantó, cogió la ropa que sostenía su madre y se vistió. Se puso los zapatos, cogió la mochila y me dirigió una expresiva mirada que no quise interpretar.

—Va, vamos, hijo mío. Ya verás como enseguida todo esto te parecerá una tontería y volverás a pasártelo bien en la escuela.

Y con el brazo por encima de los hombros de Xavier, se dirigió hacia la puerta. Al pasar por delante de nosotros Julia miró a Lilian.

—Lo siento.

Lilian le respondió con una mirada dura, cargada de reproche, que hizo bajar los ojos a Julia. Sin decir nada más, ella y Xavier desaparecieron por la puerta, seguidos por la pareja de *mossos d'esquadra*. El abogado se detuvo un momento en la puerta y se volvió hacia nosotros, con su rostro que aún goteaba sangre.

—Nos alojamos en Berga, en el hotel, Frank. Llámanos allí a ver cómo podemos resolver esto de la mejor manera posible.

Lilian se libró de mi abrazo y se lanzó como una pantera hacia él. Al verla venir, el abogado se dio la vuelta y corrió escaleras abajo hasta alcanzar los policías, que cuando lo vieron venir con prisas aceleraron el paso, al tiempo que uno de ellos exclamaba: «*Joder con la niña*».

Calma después de la tormenta

Lilian se sentó en el suelo, mirando con tristeza la puerta por la que había ido Xavier. Empecé a recoger el caos en que se había convertido la habitación del niño. Había manchas de sangre por todas partes, sillas y cojines en el suelo, libros desordenados, ropa fuera de los armarios ... Y mientras recogía, intentaba serenarme, poner las ideas en lugar, pensar en qué hacer ...

—¿Qué te ha dicho Xavier cuando ha marchado? —Habían pasado ya un par de horas desde el incidente y habíamos conseguido devolver el orden la habitación de Xavier. Incluso las manchas de sangre del abogado habían desaparecido.

—¿Eh? No me ha dicho nada. Sólo me ha mirado—y recordé con pesar la mirada intensa de Xavier cuando marchaba con su madre.

—Me voy—dijo Lilian, y se marchó sin acabar de desayunar.

A primera hora de la tarde, un poco después de comer, llamé a Marcel. Lilian todavía no había vuelto y necesitaba hablar con alguien para acabar de entender qué había pasado.

—No sabía que tenías mujer.

—¿Eh? Pues sí, tengo una. Que además, es la madre de Xavier.

—Me parece que la hemos hecho buena—me confesó con voz preocupada.

—¿Qué quieres Decir?

—Pues que ya es bastante complicado aguantar estas situaciones cuando el padre y la madre están de acuerdo. Pero si encima uno va por un lado y el otro por otro, la situación es insostenible.

—¿Y ahora, qué?

—¿Ahora? Intenta hablar con Julia y ponerte de acuerdo. Con este lío, tendrás suerte si no pierdes la custodia del niño.

—Pero tú me habías dicho que esto no pasaba por educar en casa.

—Y no perderás la custodia por ello. Pero si Julia quiere, puede utilizarlo en tu contra. Y ya te aseguro yo que el juez no se quedará impasible. ¿Sabes si Julia quiere separarse de ti?

—No lo sé. La he llamado, pero no me coge el teléfono. Además, va con ese abogado amigo suyo, que todavía lo hace todo más difícil.

—¿Quién es éste?

—No lo sé. Hace años necesitamos la ayuda de un abogado y recurrió a uno del Departamento Legal de su empresa. Pero era ya un hombre mayor. Supongo que este debe ser su relevo.

—Todo esto es un mal rollo. Debemos intentar hablar directamente con ella. ¿Dónde está?

—En el hotel de Berga. ¿Qué quieres hacer? ¿Ir a verla?

—No. Yo no. Aún empeoraría las cosas. Pero quizás...

—Tengo que dejarte. Lllaman a la puerta.

Colgué el teléfono y me dirigí a abrir. Dos *mossos d'escuadra* esperaban al otro lado.

—¿Frank? —Me preguntó el más alto.

—Sí, soy yo.

—¿Está Lillian?

—No, no está. ¿Quieren verla?

—No, no. Veníamos a buscarlo a usted. ¿Nos puede acompañar?

Y así es como me apunté la segunda detención en mi historial criminal personal.

La fuga de Xavier

Aquella mañana, a las once y cuarto, un vehículo que los testigos habían descrito del mismo modelo y color que el mío (que, por cierto, no estaba en el garaje) había pasado por delante de la escuela, justo en el mismo momento en que Xavier, que se encontraba en el patio, echaba a correr por sorpresa de profesores y compañeros, saltaba la valla de la escuela y se deslizaba en el interior del vehículo, sin que éste prácticamente redujera la marcha. Inmediatamente, el coche aceleró y desapareció calle abajo.

El caos subsiguiente fue considerable, y las reacciones, realmente sorprendentes. Por ejemplo, la acusación formulada por el abogado de Julia, que me apuntaba como responsable de aquel, para él, «rocambolesco y patético secuestro».

Ya de noche, mi hijo se presentó en la comisaría de los *Mossos* de Berga, donde me tenían retenido, y exigió al oficial que estaba de guardia que me liberase inmediatamente. Unos escasos veinte minutos después, llegaban Julia y su abogado (de nombre Ernesto, por lo que me comentaron), con aire trascendental y pose compungida. Encontraron a Lilian en la puerta de la comisaría, apoyada en mi coche (aquel descrito por los testigos del supuesto secuestro), esperando a Xavier.

La estudiada pose del abogado sufrió una ligera vacilación cuando cruzó la mirada con Lilian, ataviada ahora con vaqueros, botas de montaña y un jersey negro, el cabello recogido en una cola de caballo. Ernesto se tocó el rostro, como recordando el golpe recibido por la mañana, agachó la cabeza y aceleró el paso hacia el interior de la comisaría. Julia se detuvo delante de Lilian. La relación que habían mantenido a lo largo de los más de quince años que hacía que se conocían había sido profunda,

emotiva, llena de confidencias y de sentimientos. Julia era para la Lilian más que una amiga, mucho más que la mujer de su padre. Lilian había sido para Julia un referente, una piedra de toque, alguien capaz de atravesar todas las capas emocionales que la protegían y que había llegado a alcanzar sus sentimientos. Y ahora, esa relación especial, íntima y profunda había quedado destruida en sólo un día. La mirada de mi hija, dolida y dura, mostraba claramente que, para ella, Julia se había convertido ahora en la peor de sus enemigas. Las cosas no estaban saliendo como Julia había previsto. Las palabras murieron en sus labios. Bajó la mirada y siguió los pasos de su abogado hacia el interior de la comisaría.

Entre rejas

—¡Yo no me muevo de aquí!

—Xavier, es tarde. Vamos a casa.

—¿A casa? ¿A qué casa? Mi padre está cerrado allí dentro. Yo me quedo aquí hasta que salga.

Las voces resonaban en la sala de espera de la comisaría. El oficial de guardia intercambiaba miradas incómodas con Ernesto, que no sabía ya qué cara poner. A través de los cristales de la puerta podía ver la figura de Lilian, todavía apoyada en el coche, esperando en el aparcamiento. No podía verle el rostro en la oscuridad, pero adivinaba su mirada amenazadora, vigilante, preparada para intervenir, si así lo consideraba necesario. Julia discutida en voz baja con Xavier, agachada a su lado, intentando que éste controlara el volumen de su voz y entrara en razón. Pero el pequeño estaba profundamente indignado y decidido a mantenerse allí hasta que su padre fuera liberado.

Finalmente, con un suspiro de resignación, Julia se incorporó e hizo una señal a Ernesto.

—¿Ahora? —Eran cerca de las doce de la noche. Julia se mostraba agotada. Por el viaje, por la tensión acumulada, por el cariz que estaban tomando los acontecimientos. La situación se le estaba escapando de las manos—. Está bien. De acuerdo— Ernesto cogió su móvil y se retiró a un rincón a hacer algunas llamadas. Un rato después volvió.

—Antes de mañana por la mañana, imposible. Lo siento— Ernesto se mostraba también cansado, preguntándose qué hacía allí, mezclado demasiado de cerca en lo que parecía cada vez más un problema doméstico vulgar. En sus veinte años de ejer-

cicio legal, nunca había sido golpeado en ninguno de los casos en los que había participado. Y al observar la silueta de Lillian, que esperaba imperturbable, apoyada en el coche, ahora con una chaqueta para protegerse del frío de la madrugada, temía que no fuera la última.

Xavier había quedado dormido en su silla. Julia lo miraba con ternura. Habían pasado casi tres meses desde la última vez que lo había visto y los cambios físicos eran notables. «Cómo has crecido, hijo mío», pensó.

—Xavier, despierta. Debemos irnos. Hasta mañana no lo dejarán salir.

—Pues me espero aquí.

—Xavier, es tarde. Y mañana tienes que ir a la escuela.

—Mamá, no quiero ir a la escuela. Llevo semanas discutiéndolo con papá. Y ahora llegas tú y lo estropeas todo.

—No, hijo. Estás confuso. Es tu padre quien no quiere que vayas. Es más cómodo para él, ¿lo entiendes eso?

—Si me vuelves a llevar al colegio, me volveré a escapar, ¿lo entiendes tú? —Se agarraba a la silla con las manos, como mostrando la firmeza de su decisión de permanecer allí hasta que su padre saliera. Su mirada era dura, resentida. Julia no pudo evitar sentirse dolida, desconcertada y triste.

—¿Como hemos llegado hasta aquí? —murmuró.

—Julia—Ernesto le tocó el brazo—. Son casi las tres, y mañana tengo movida con el juez. Si no tienes inconveniente, me voy a dormir. Aquí ya no hago nada.

—Perdona. Sí, por supuesto. Muchas gracias por todo.

—Las cosas no están saliendo como esperabas, ¿verdad? Lo siento.

—No, no. Muchas gracias, de verdad.

—Quizá si fueras tú también, el niño se rayaría y te acompañaría.

—No lo creo. Además, está Lilian esperándolo.

—Sí, Lilian—y se tocó de nuevo su nariz magullada—. Nos vemos mañana—Ernesto recogió sus cosas y se dirigió a la puerta. En ese momento, Lilian caminaba hacia el interior de la sala de espera.

Ernesto sujetó la puerta cediéndole el paso, escondiéndose involuntariamente detrás. Luego, salió y desapareció en la noche.

—¿Cómo va, Xavier? —Le consultó Lilian, mientras tomaba asiento en una de las sillas de la sala.

—No saldrá hasta mañana.

—¿Qué quieres hacer?

—Me espero aquí hasta que salga.

Un rato más tarde, Xavier dormía de nuevo, con la cabeza apoyada en el regazo de Julia, que le acariciaba el cabello.

Desde su mesa, el oficial de guardia observaba las dos mujeres sentadas una frente a la otra, en silencio, resignado ya a tener esa extraña compañía durante toda la noche. A no muchos

metros de distancia yo descansaba cómodamente en una celda con televisión y ventana con barrotes.

—¿Por qué crees que lo hace? ¿Para llamar la atención? ¿Por que quiere que vuelva, que esté con él? ¿Crees que quizás es este el motivo? —Preguntó Julia en voz baja, casi para sí misma.

—¿El motivo de quién? ¿De Xavier o de Frank? —Le respondió la Lilian.

Julia examinó unos segundos a Lilian. Luego volvió a mirar Xavier, dulcemente dormido con la cabeza en sus rodillas.

—No lo sé. Quizás de ambos...

Lilian no contestó. Continuó guardando silencio. Las horas pasaban lentamente en aquella noche extraña. Algunos vehículos empezaban a circular. Los más madrugadores de la ciudad ya se ponían en marcha. Pronto el cielo comenzaría a cambiar de color anunciando la llegada de un nuevo día.

—¿Quién ha sido? —Lilian rompía el silencio y sobresaltaba Julia, que había cerrado los ojos y estaba medio adormecida.

—¿Eh? ¿Quién ha sido qué?

—¿Quién te avisó de que Xavier no iba a la escuela?

—Me llamó la secretaria. Me dijo que hacía semanas que no aparecía por el colegio. Luego hablé con la directora. Me explicó que Xavier estaba todos los días por la calle y que Frank se comportaba de manera extraña. Me dijo que Xavier iba diciendo que ahora se educaba en casa.

—¿Y te lo creíste? ¿Por qué no nos llamaste?

—Le comenté que vendría con el primer vuelo. Y ella me dijo que mejor, mucho mejor. Tenía miedo de que Frank se fuera si se veía acorralado.

—¿Irse? ¿Por qué? ¿Dónde? Esto no tiene ni pies ni cabeza.

Julia no contestó. Guardó silencio durante unos minutos, la mirada perdida más allá de las ventanas, donde la luz del nuevo día empezaba a ser visible en los edificios de los alrededores. Algún gallo se dejaba sentir en la lejanía, dando la bienvenida al astro solar que ya despuntaba.

—Tiene otra pareja, ¿verdad? —Dejó caer la Julia.

—¿Eh?

—Quar me han dicho que se llama. ¿La conoces?

—Sí, conozco a Quar. Pero no es la novia de papa. Su pareja eres tú, ¿lo recuerdas?

—No lo culpo. Es normal. Yo paso casi todo el año fuera. Pero me hubiera gustado que fuera sincero conmigo.

—O sea que es eso. ¡Has montado todo este espectáculo sólo porque estabas celosa!

—¿Es guapa?

—Sí, es bonita. Y divertida. Y charlatana. Y vocinglera y llamativa. Y muy sensata, amable, buena chica e inteligente. Y no. No es la pareja de mi padre. Es madre soltera y me parece que ya está bien así.

—Creo que Frank ha empezado a educar en casa para tener una razón para ir a visitarla y estar cerca de ella. Creo que lo

hace por ella y no por tu hermano.

—Sí, claro. Y tú vas y lo encierras en prisión. Esto también lo haces por Xavier, ¿verdad?

El pequeño se removió en la silla, mientras empezaba a abrir los ojos. Lentamente se incorporó, bostezando y frotándose el rostro.

—Tengo hambre. ¿Aún no ha salido papá? – nos preguntó.

—No, todavía no. No son ni las ocho. Supongo que hasta pasadas las diez de la mañana no lo dejarán salir—le dijo Lilian.

—Yo también tengo hambre. Si os parece bien, podemos ir aquí al lado a desayunar. Invito yo—propuso Julia.

Bandera blanca

En el bar, ante un Cacaolat caliente y unos croissants, Xavier soltó su lengua y empezó a charlar por los codos, explicando las diferentes experiencias de las últimas semanas y hablando de toda la gente que había conocido.

—Este Marc es el hijo de Quar, ¿verdad? —Le interrumpió Julia.

—Sí. Y tiene un hermano y una hermana. Bernat y Ada, ¿sabes?

—¿Y quién es el padre de Marc?

—Se ve que es un antiguo novio de la Quar. Cuando su madre tiene ganas de tener un hijo, lo va a ver.

Julia miró la Lilian con los ojos abiertos como platos. La Lilian aguantaba la risa viendo la expresión en la cara de Julia.

—¿Y no lo conoce, a su padre?

—Lo ha visto en alguna foto. Marc dice que su madre todavía está enamorada de él y que algún día se casarán.

—¿Y no está enamorada de papá?

—¿De Papá? ¿Pero cómo quieres que lo esté, si él está enamorado de ti? —Miró en dirección a la comisaría, reflexionando durante unos segundos. Luego dijo—: Bueno, no sé si después de encerrarlo allí dentro continuará estando demasiado enamorado—Lilian estalló a reír. Julia sonrió y le dio un beso a su hijo.

La última confrontación

Después del desayuno, Lilian y Xavier volvieron a la comisaría. Julia estaba agotada y se fue al hotel. En la entrada le esperaba una mujer a quien no había visto nunca.

—¿Julia? Me llamo Mónica. Soy amiga de Frank. Quería hablar contigo—Mónica, la mujer de Marcel, había ido a verla al hotel.

—Pues yo ahora me voy a dormir. Llevo toda la noche despierta.

—Ya han encontrado a Xavier, ¿verdad?

—Sí, sí. Se presentó anoche en la comisaría.

—¿Cuándo te va bien que quedamos?

Julia miró su reloj.

—¿Quedamos para comer? Así habré podido dormir tres o cuatro horas.

—De Acuerdo. Nos vemos aquí mismo en las dos.

...

—¿Y bien? Tú dirás.

Después de encontrarse en la entrada del hotel a las dos, tal como habían quedado, Mónica y Julia habían ido a comer a uno de los frankfurts del Passeig de la Indústria. «Está cerca, es económico y se come bien», había comentado Mónica.

Julia sólo había podido dormir un par de horas. El resto del tiempo había estado pegada al teléfono.

—Supongo que ya te imaginas de qué quiero hablar contigo—le dijo Mónica.

—Sí, claro. Pero no sé qué puedes explicarme que no sepa ya.

—Yo soy profesora de primaria.

—Sí. Esto me han dicho.

—Y educo a mis hijos en casa...

—Lo cual es una profunda contradicción—espetó secamente Julia.

—¿Quieres Decir?

—Tú misma. Si piensas que la escuela no funciona, no es lo suficientemente buena para tus hijos, entonces difícilmente podrás hacer bien tu trabajo.

—¿De dónde sacas que yo pienso que la escuela no funciona?

—Mujer, si no llevas a tus hijos al colegio es porque piensas que la escuela falla.

—¿No se te ocurre ningún otro motivo? ¿Ninguna otra explicación?

—Ilústrame.

Habían llegado las ensaladas. Mónica aliñó la suya y se comió un par de hojas de lechuga antes de continuar.

—Educar en casa no tiene nada que ver con la escuela. El colegio es un recurso pedagógico, un potente recurso pedagógico.

gico, con unas características muy concretas. Y, a veces, es adecuado y otras, no. Depende de muchos factores.

—Y en el caso de Xavier, la escuela no es adecuada, ¿verdad?
—Le preguntó Julia.

—Eso no lo debo decir yo. Lo debéis decidir vosotros. Frank y tú. Pero también Xavier tiene algo que decir. Y Lilian.

—Él no quiere volver al colegio. Ayer se escapó. Si Frank no le hubiera metido todas estas ideas en la cabeza, ahora no tendríamos estos problemas.

—Os tenéis que poner de acuerdo. Si no, quien lo sufrirá será vuestro hijo.

—Yo tengo muy claro cómo debe ser su educación. Y estar todo el día sin hacer nada no coincide mucho con mi idea.

—Educar en casa requiere tiempo. Normalmente se necesita todo un año para adaptarse a la nueva situación.

—Un año perdido...

—O uno ganado. Depende de cómo lo mires.

Julia jugaba con su plato de ensalada, sin probarla. Por unos instantes se mantuvo ausente, perdida en sus propios pensamientos. Luego dejó el tenedor y miró a Mónica.

—Hoy me han vuelto a llamar de la escuela.

—¡Ah! ¿Y qué querían?

—Me han pasado con el psicólogo. Hemos estado hablando un buen rato. Me ha explicado todos los problemas que padece

Xavier, los posibles trastornos que está desarrollando y lo que le puede esperar en el futuro si continúa por esta vía.

—Ya veo...

—No quiero entrar en este juego, Mónica. No quiero que destrocen a mi hijo con diagnósticos y tratamientos que no lleven a ningún sitio, sólo porque ha dicho que no quiere ir a la escuela. No quiero hacerlo pasar por todo esto. Es un niño listo, inteligente y feliz. Y quiero que siga así.

—¿Qué piensas hacer?

—¿Yo? Vuelvo a Brasil esta misma noche. Lo que tenga que hacer, deberá hacerlo Frank.

—Él no quiere obligar Xavier volver al colegio.

—Para mí todo esto del *homeschooling*, con todos los respetos, es un absurdo. Pero Frank se ha encargado de la educación de Xavier todos estos años. Si ahora cree que es oportuno tomar un descanso, quizás es que ahora le conviene —manifestó Julia.

—¿Entonces?

—Quiero que Xavier estudie, que vaya a la universidad, que se saque una carrera. Es importante todo esto, y no quiero que lo pongamos en riesgo por caprichos o frivolidades. Quiero que me informes, que me mantengas al tanto, que me tengas al día de sus progresos y de cómo va su educación.

—¿No debería ser Frank quien te hiciera llegar toda esta información?

—Frank y yo tenemos que hablar. Y no sólo de Xavier. Tenemos que hablar de muchas cosas, pero sobre todo de nos-

otros. En los últimos años hemos estado alejados físicamente y nuestra relación se ha enfriado. Y quizás en estos dos días hemos acabado con lo poco que quedaba.

—Por mí no hay ningún inconveniente. Pero lo comentaré con Frank —dijo Mónica.

—Me parece bien. Le irá bien saber que le estamos encima.

Mónica levantó el platillo que tapaba la infusión que le acababan de traer. Sintió el calor del agua caliente y un tenue olor mentolado.

—Estoy contenta. Han sido unos días muy difíciles, con la entrevista con la directora y con Servicios Sociales; después tu llegada, Xavier de nuevo en la escuela, su huida y la detención de Frank —se puso la taza los labios, lentamente. Demasiado caliente todavía para beberlo. Dejó la taza de nuevo y miró a Julia —Estará bien si todo puede volver a la normalidad.

—Ernesto se quedará unos días por aquí. Irá a ver a la dirección de la escuela y a Servicios Sociales para explicarles la nueva situación y mi apoyo a todo lo que decida Frank por lo que respecta a la educación de Xavier. Y se encargará de dejarles bien claro que no toleraremos interferencias ni presiones de ningún tipo.

—¿No irás a ver a Frank?

—No. Prefiero no ir. Han sido unos días complicados. Más vale que lo dejemos reposar un poco.

—¿Quieres que le diga algo?

—Cuéntale lo que hemos hablado para que entienda mi postura.

—De acuerdo—Mónica se levantó, entendiendo como finalizado el encuentro.

Julia recogió sus cosas y se incorporó. Ambas se dirigieron hacia la caja. Mientras esperaban que el camarero les cobrara, Julia miró Mónica.

—Me gustaría poder despedirme de Xavier antes de irme. Y de Lilian. ¿Te importaría acompañarme?

Despedida

Julia paró delante de casa, antes de partir hacia Barcelona. Mónica la acompañaba. Xavier y Lilian salieron a la calle. Yo lo observaba desde una ventana del primer piso.

Julia se agachó delante de Xavier y le cogió la cara con las manos. Le dirigió unas pocas frases y lo abrazó con ternura. Tras el abrazo, le dio un beso suave y lento en la mejilla. Entonces se incorporó y se dirigió hacia Lilian. Le cogió las manos y quedaron unos segundos mirándose fijamente. Luego se abrazaron. Con fuerza, con intensidad, mientras algunas lágrimas lograban escapar de sus ojos. Lilian se retiró unos pasos hacia atrás, hasta situarse detrás de Xavier, y apoyó sus manos en los hombros del niño. Julia levantó la cabeza y miró hacia la ventana desde la que yo la observaba. Nuestras miradas se cruzaron. Entonces, sin más palabras ni gestos, se giró y se dirigió a su vehículo. Segundos más tarde, se alejaba lentamente calle abajo en dirección al aeropuerto y de vuelta a Brasil.

¿MAÑANA?

Dos meses más tarde Julia volvió a Cataluña. Su participación en el proyecto ya había finalizado. Me llamó y quedamos para vernos en un hotel de la Costa Brava, donde pasamos una semana como verdaderos turistas, ella, Xavier y yo, disfrutando del sol, de la playa, de largos paseos nocturnos, y los diversos y extraordinarios restaurantes y bares de l'Estartit, l'Escala y Roses, recuperando el tiempo perdido y calentando una relación que se había enfriado demasiado.

Volvimos a casa una semana después, con nuestras diferencias limadas y las ofensas perdonadas. Y también con la promesa de Julia de no volver a aceptar un proyecto que la alejara de nuevo de nosotros, lo que logró mantener durante más de un año, hasta que unas obras estratégicamente críticas que se debían desarrollar en Alemania se convirtieron en un nuevo canto de sirenas irresistible. Pero esta vez con una diferencia. Esta vez, Xavier pidió acompañarla, y no encontramos ninguna razón ni motivo para que no lo hiciera. No toda la estancia, por supuesto, pero sí algunas semanas en diferentes momentos en que Julia consideró que podía ser interesante y compatible con sus ocupaciones.

La vuelta a la escuela no se produjo. Mantuvimos el contacto con Marcel y Mónica, y con sus hijos y sobrinos. Dos veces por semana los visitábamos y pasábamos el día allí. Todos juntos formaban un grupo de siete niños, que en su pueblo ya conocían como «la tribu». Dos viernes al mes, cita en el parque de la aguja. Un viernes al mes, encuentro de juegos en Manresa. Otro, reunión en el parque Joan Brossa de Barcelona. Como mínimo una vez al mes, visita a algún museo de Barcelona, y los días que nos quedábamos en casa, Lilian y yo hacíamos turnos para explicarle cosas a Xavier. Lilian insistía en enseñarle contenidos de informática: administración de sistemas, programación, simulación. Yo intentaba trabajar aspectos más académicos: matemáticas, geografía, historia, lenguas, pero también, por supuesto, dibujo. Julia se había responsabilizado del aprendizaje de idiomas. Personalmente, cuando estaba en casa; telemáticamente, cuando trabajaba fuera.

Habían pasado ya cinco años. Un tiempo que había volado en un suspiro, y con Xavier ya convertido en un adolescente.

Hoy se encontraba de nuevo con su amigo Marc. Coincidíamos en una visita a la inauguración del nuevo Museo de Matemáticas, que por fin abandonaba su carácter itinerante y había encontrado una ubicación definitiva.

Quar continuaba tan bonita (y charlatana) como siempre. Nos habíamos acercado al Parc de la Ciutadella para comer.

Xavier (que era ya casi tan alto como yo) se acercó. Llevaba una carpeta que le había dado Marc.

—Mira papa. El año que viene Marc y yo estudiaremos Imagen en Manresa. Es un ciclo de grado medio. ¿Cómo lo ves?

—¿Eh? ¿Pero vosotros no os educáis en casa?

Quar me miró divertida.

—Me parece que tú aún no has acabado de entender de qué va esto del *homeschooling*.

Fin

ÍNDICE

Presentación.....	9
Ayer.....	15
Anteayer.....	135
Hoy.....	145
¿Mañana?.....	283

Este libro se terminó de imprimir
en Almería durante el mes de marzo de 2014

